



CENTRO DE ESTUDIOS DE GÉNERO

**“Mi trabajo es *mi* trabajo”: Racialización y generización del trabajo de las mujeres en
San Pedro Tututepec, Oaxaca**

Tesis que presenta

Diana Laura Flores Pinto

Para obtener el título de

Maestra en Estudios de Género

Directora

Dra. Itza Amanda Varela Huerta

México, Ciudad de México, agosto de 2022

*A los nueve días en las mañanas todas las chamaquitas, porque decíamos chamacas-niñas, nos juntábamos en esa casa y las señoras ya nos ponían un platito tapado con el pan, con chocolate y lo tapaban con una servilleta y nos mandaban a dejar el cariñito, a eso se le llama cariñito. Y nos decían vayan a la casa de María a dejar el cariñito, a la casa de Juana. Así se acostumbraba antes, a eso íbamos nosotros los niños y en las mayordomías también nos decían vayan a dejar a dónde está la mayordoma este cariño que mandaban atole, atole o champurrado, pan, comida, todo eso también nos mandaban a nosotras a dejar a la casa de la otra mayordoma, y **eso era nuestro mandado** que nosotras hacíamos.*

Refugia, comunicación personal, 7 de junio de 2021, San Pedro Tututepec, Oaxaca

Agradecimientos

Esta investigación fue posible gracias a una gran cantidad de personas que apoyaron el proyecto a lo largo de la Maestría en Estudios de Género, trataré de nombrar y agradecer a aquellas significativas en este trayecto.

Gracias a la Dra. Itza Varela, mi directora de tesis, por escucharme, guiarme y acompañarme casi desde el inicio de la maestría. Sin ti, la transformación de este proyecto y el desarrollo de mis ideas a través de la escritura no habrían sido lo mismo. Te agradezco por no disociar el espacio, el cuerpo y el afecto conmigo en el mundo académico.

A las Dras. Citlali Quecha y Cristina Herrera por su apoyo y lectura minuciosa en cada una de las revisiones. Todos sus comentarios me hicieron reflexionar profundamente sobre la academia, la generación del conocimiento y mi posicionamiento como investigadora en ciernes.

A El Colegio de México y el Centro de Estudios de Género por las herramientas académicas y espaciales para cursar la maestría en una modalidad en línea e híbrida, así como su valiosa aportación económica mensual que me permitió sostener el proyecto.

Al hogar materno y a Tututepec, porque mi vida se ha convertido en un remolino migratorio que, de una manera u otra, me devuelve constantemente al rincón del mundo en donde están las abuelas, las tías y las primas. A las mujeres de esta familia que me han querido, cuidado y acobijado con su ternura.

A Leobardo y Guadalupe, por abrirme las puertas de su hogar y sentarse conmigo a platicar durante las tardes y noches en Tututepec. Por compartirme su tiempo, su cariño y su conocimiento a cada instante. Nuestras conversaciones terminaron por llevarme hacia Juana, Silvia, Estela, Sarahi y Balbina, a quienes agradezco profundamente haber colaborado conmigo a lo largo de mi estadía en el trabajo de campo. Gracias por mostrarme sus vidas, sus anhelos e inquietudes en cada plática que sostuvimos.

A mis padres, Patricia y Rafael, porque siempre han apoyado cada uno de mis sueños. Gracias por todo el amor que me han dado a la distancia. Están conmigo en cada momento

de felicidad. Sepan que el tiempo, trabajo y amor que me han dado durante estos años me ha permitido construir un camino que soy feliz de recorrer.

A Lili, porque tu compañía y amor han hecho de mi vida un continuo de momentos felices. Gracias por darme ánimos cuando a veces las cosas no parecían tan buenas. Me has mostrado los diversos matices que la vida y el trabajo pueden ofrecer. Te adoro. Koki y tú son el motorcito de todos los días.

A Neftalí C. Rendón, por su amistad y cariño incondicional a lo largo de ocho años, y en especial en estos últimos dos, gracias por no soltarme de la mano, apoyar mis sueños, mis risas y mis tristezas. A Kevin Ramos, por las pláticas eternas, las discusiones y reflexiones en torno a los deseos y la vida. A Karla Mariana, Mónica Muñuzuri, y Mon Alvarez, Isabel Cedrés y Carla Escobar, por cuidarnos mutuamente en el camino solitario en el que a veces se convierte el posgrado, sobre todo, en medio de una pandemia. Su presencia y apoyo significan el cuidado que sostiene a la amistad para mí.

A Say Alderete, Enrique Cortés, Luis Fernando Díaz, Erandi Tavira, Gilberto Moreno, Diego Garzón, David Cortés, Diana Palestina, Iraís García, Paola, Zyon, Juan José Gutiérrez, Juan Benavides, Daniel Cazares, Miriam Llapaco, Ignacio Sánchez, Lucio Ávila y Sarahi Castellanos por acuerpar los sentires que nos desbordan. Por entender, por su paciencia, por el compromiso de mantener los afectos y la amistad incluso en la distancia.

Finalmente, a las mujeres por quienes inicié esta tesis:

A Refugia, por enseñarme la fortaleza ante la vida, por quererme y cuidarme en cada etapa, por heredarme el saber comunitario, la justicia social y la lucha;

A Filomena, por enseñarme a tener fe, a apreciar los pequeños instantes, la cocina, las plantas, los animales, las lecturas y entender que el conocimiento surge en cada recoveco en el que compartamos la vida;

A Margarita, por la gratitud y el recordatorio de que nos sostenemos en el trabajo diario a base del cuidado. Gracias por enseñarme a valorar los pequeños escapes de la norma, en la vida y en la muerte, como nuestros más grandes actos de rebeldía.

Probablemente no pueda retribuir de forma completa todo el trabajo de cuidados que han realizado por mi hermana y por mí a lo largo de nuestras vidas. Pero sepan que lo que hago es con el sincero afecto de recordarlas en mis acciones, y de llevar su cariño aquí en el pecho todos los días conmigo.

Índice

Agradecimientos	3
Introducción	8
Capítulo 1. Narrativas del espacio y las mujeres. Una mirada hacia San Pedro Tututepec, Oaxaca	17
1.1 Estado de la cuestión.....	18
1.2 La Costa Chica y Tututepec	23
1.2.1 La Costa Chica de Oaxaca	23
1.2.2 San Pedro Tututepec, el municipio	25
1.2.3 La cabecera municipal.....	27
1.3 Método, técnicas e instrumentos.....	31
1.3.1 Cómo construí la relación con las mujeres.....	34
1.3.2 Sobre las interlocutoras	35
i. Juana.....	35
ii. Silvia.....	36
iii. Estela	37
iv. Sarahi.....	38
v. Balbina	39
1.4 Más allá de los cuerpos sexuados que trabajan.....	40
Capítulo 2. Una aproximación al <i>trabajo</i> desde el género y la racialización.....	42
2.1 Descentrar al trabajo del mercado.....	43
2.1.1 La economía desde la teoría feminista y los estudios de género.....	44
2.1.2 Economía feminista y trabajo.....	48
2.1.3 Producción, reproducción y procesos de racialización	53
2.2 La división del trabajo como ordenador social en las unidades domésticas.....	60
2.2.1 Estrategias familiares y el paradigma de la racionalidad	60

2.2.2 Los arreglos familiares como una categoría de análisis.....	62
2.3 Hacia una noción ampliada de la economía.....	66
Capítulo 3. Mujeres, trabajo y arreglos familiares en San Pedro Tututepec, Oaxaca	68
3.1 Arreglos familiares y la división sexual del trabajo	69
3.1.1 Aprender a trabajar, aprender a ser productiva, aprender a ser mujer	78
3.1.2 Migración y reordenamiento del arreglo familiar	84
3.1.2.1 “Bueno, por lo menos un hijo, así yo me dedico a eso...”: cuidado y control sexual de la mujer que no migra.....	85
3.1.2.2 “Y yo ¿para qué voy?” Madres y abuelas que se quedan.....	89
3.2 Un circuito de trabajo que no acaba.....	91
3.2.1 El descanso.....	94
3.2.2 El trabajo de cuidados y el trabajo doméstico.....	96
3.2.3 El trabajo remunerado	100
3.3 El trabajo de cuidados comunitario: Las funcias	103
Reflexiones finales	108
Referencias	113

Introducción

Esta tesis tiene el objetivo de analizar la configuración del trabajo, en sus particularidades genéricas y racializadas, dentro de los arreglos familiares de las mujeres en San Pedro Tututepec, Oaxaca. Para esto, comprendo a los arreglos familiares como una categoría analítica que desentraña las relaciones de poder que existen en las unidades domésticas de acuerdo con la posición que ocupen sus integrantes al interior estas.

Para lograr este objetivo analizo a los arreglos familiares y la división sexual del trabajo en las unidades domésticas de las interlocutoras, las subjetividades que el trabajo produce para estas mujeres y la relación que sus actividades guardan con el trabajo racializado en la comunidad.

Así, en San Pedro Tututepec, el trabajo de las mujeres adquiere características generizadas y racializadas, tanto porque derivan de una división sexual del trabajo, como por sus características de reciprocidad y su dinámica ambivalente con la relación capital-salario. Esto se refleja en las actividades que las mujeres realizan de forma: las dobles o triples jornadas del trabajo, su inserción en el *pequeño* comercio, los espacios feminizados y *las funcias*.¹ Estas actividades, a su vez, responden al tipo de hogar en el que las mujeres se adscriben, en específico al *arreglo familiar*; es decir, a su posicionamiento dentro de este (y, por ende, a las labores que pueden corresponderles como madres, hijas, esposas, entre otras), la capacidad adquisitiva, la posibilidad de un empleo remunerado, la pertenencia a un grupo étnico, su edad, e incluso, la zona en la que residen.

¹ “Convivencia” y acompañamiento que se realiza cuando alguien fallece (conmemoración del aniversario luctuoso, visita a los nueve días y velación del cuerpo). Regularmente son las mujeres quienes acompañan a las familias a repartir o hacer la comida para los músicos y otros asistentes. Lo abordaré con más detalle a lo largo del apartado *El trabajo de cuidados comunitario...*

En este sentido, si las mujeres están situadas en los espacios comúnmente denominados *privados*, entonces, es aquí en donde la mayoría de sus arreglos domésticos tendrán lugar, y que, además, estarán acotados a los aprendizajes y socializaciones que han atravesado a lo largo de sus vidas, como lo es cocinar o bordar; a diferencia de los varones, quienes, por ejemplo, cumplen con un rol mayormente marcado por la proveeduría y el trabajo de las tierras de cultivo, asociadas al espacio *público*.

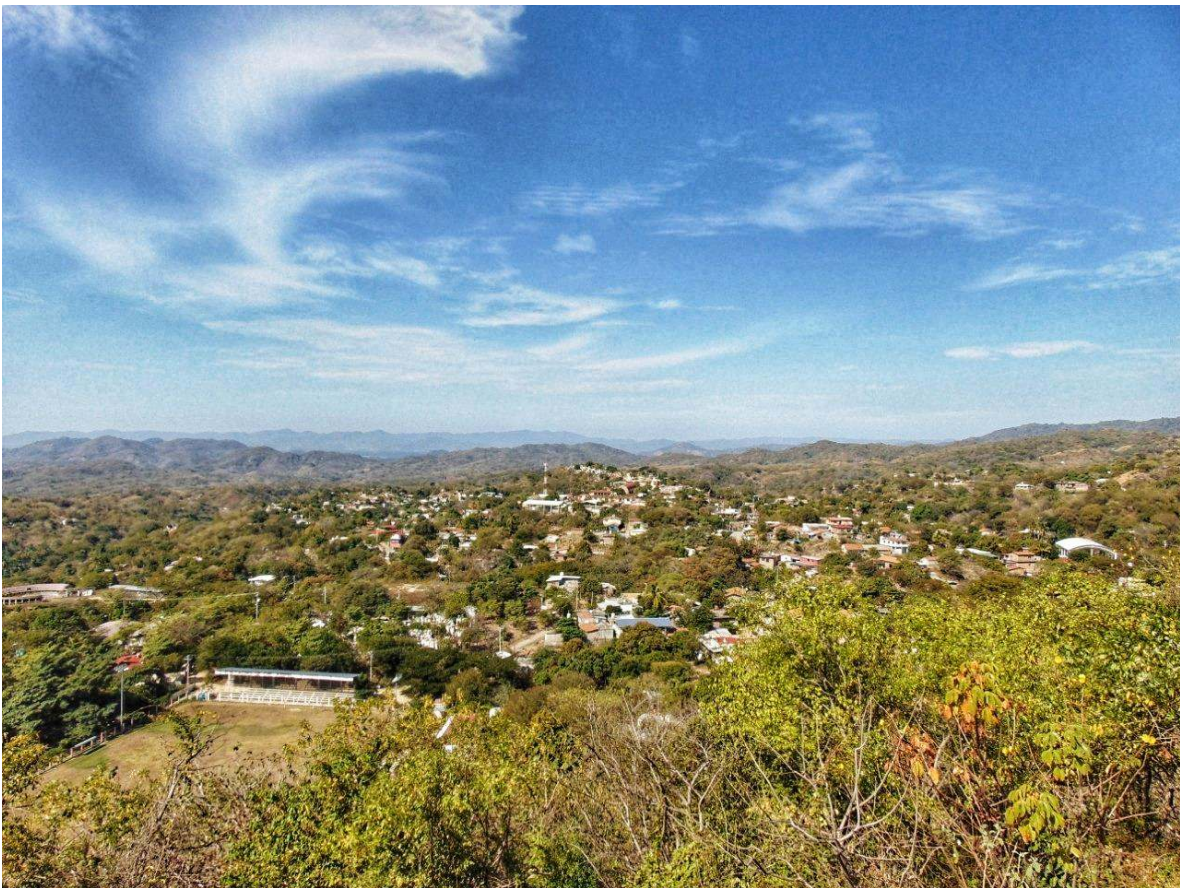


Ilustración 1. Tututepec desde el cerro de la Yucu Zaa (Cerro del Pájaro en mixteco). Archivo personal.

Si bien a estas actividades les subyace un orden de género,² como mencioné previamente, también lo hace uno de *raza*³ y clase,⁴ ya que, numerosas familias recurren a otras “soluciones” para aumentar el ingreso de dinero a los integrantes en sus unidades domésticas, siendo la principal la migración a Estados Unidos, y en su mayoría son los varones, quienes, en su rol de proveeduría, *optan* por dejar la comunidad y trabajar en otro país (o entidad federativa) para enviar dinero a sus familias a través de lo que se denomina *remesas*.⁵ De igual forma, en la realización de eventos como las *funcias*, las mujeres continúan teniendo un papel preponderante en las cocinas y los varones en la convivencia.

Lo anterior se refleja en las alternativas de las familias ante la pobreza. Tan solo en 2020, entre el 60% y 80% de la población en el municipio se encontraba en situación de pobreza y el 10% y el 20% en pobreza extrema, cuyas carencias principales se expresan en la falta de acceso a la seguridad social, a servicios básicos para la vivienda y la inseguridad alimentaria (Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social, 2020). A su vez, las *opciones* que surgen por parte de las familias para hacer frente a la pobreza impacta en las *cargas* de trabajo en las unidades domésticas, puesto que las carencias que el Estado no logra subsanar al interior de los hogares son suplidas a través de las dinámicas de reproducción social, mayoritariamente realizadas por las mujeres (Elson, 2010, p. 203).

Estas características son las que derivan en el análisis en los *mandatos genéricos* que sostienen a la permanencia y a los cambios de los órdenes de género en la comunidad, pero también a la creación de resistencias a partir de la conceptualización del trabajo que aportan las interlocutoras. Por ello, este conjunto de actividades sexualmente diferenciadas marca

² Por *orden de género* comprendo a aquellas características espaciales, actividades y actitudes diferenciadas que se atañen a los cuerpos en razón de la lectura sexuada masculino/femenino, las cuales relacionan comúnmente a las mujeres con los espacios privados, la reproducción y los afectos y a los varones con los espacios públicos, la producción y el poder (de Barbieri, 1991, p. 203) (Rubin, 1986, p. 103).

³ Al mencionar *raza* no hago referencia a las diferencias entre personas que se expresan mediante las características físicas (aunque están fuertemente relacionadas), sino a un sistema de ordenamiento social que se construye a partir de la mirada externa y se expresa como un elemento de la colonialidad en las relaciones de poder (Quijano, 2013) (Segato, 2007).

⁴ Con “clase” me refiero al agrupamiento de población en torno al poder adquisitivo (de mayor a menor), profundamente ligado a cuestiones raciales, lo que apuntala a una especie de pigmentocracia (Viveros, 2007, p. 22).

⁵ Las remesas representan dinero que se envía de un país a otro, regularmente desde Estados Unidos hacia México.

una veta importante para desarrollar el nexo entre los arreglos familiares y la división sexual del trabajo al interior de las unidades domésticas, en específico, las formas de distribución de las actividades remuneradas, no remuneradas y del descanso para las mujeres en San Pedro Tututepec.

La inquietud inicial para analizar al trabajo partió de las interrogantes que tenía en torno a la *feminización de la pobreza* y a las *estrategias de supervivencia* de las mujeres en contextos económicos desfavorables; no obstante, el contacto con las interlocutoras y sus experiencias me permitió cambiar la dirección de la tesis hacia las características del trabajo que realizan las mujeres en esta comunidad de la Costa Chica de Oaxaca.

En este sentido, el acercamiento al campo comenzó desde etapas muy tempranas en el desarrollo de la investigación, prácticamente al inicio de la maestría en la que se enmarca, es decir, entre octubre y diciembre de 2020. Esta situación, en parte, fue resultado de la búsqueda del afianzamiento sobre los objetivos con los que había planteado inicialmente el proyecto de investigación, por lo que decidí comenzar el trabajo de campo *tanteando* la dirección que deseaba tomar; por lo tanto, estas aproximaciones buscaban claridad metodológica para mi proyecto y considero que fueron intentos de entrevistas y fragmentos de preguntas que me ayudaron a pensar hacia dónde encaminarme.

Ya que gran parte de mi familia materna vive en la cabecera municipal de San Pedro Tututepec, los primeros acercamientos los tuve con las mujeres que conocía y con quienes tengo una relación más cercana e íntima: tías, abuelas y primas. Sus respuestas sirvieron de orientación para poder nutrir cada una de mis entregas en los seminarios de tesis. Quizá, sin querer, y sin conocerlas muy bien, comenzaba a aplicar algunas entrevistas semiestructuradas y a poner en práctica la observación participante. Estos “tanteos” iniciales delinearon las directrices que conformarían la justificación académica en torno al problema de investigación y a la pregunta de investigación: *¿cómo se configura el trabajo, en sus particularidades genéricas y racializadas, en función de los arreglos familiares de las mujeres en San Pedro Tututepec, Oaxaca?*

De esta forma, la tesis se desarrolla con base en la interacción con cinco mujeres residentes de la cabecera municipal de San Pedro Tututepec, que se encuentra en el estado del sureste mexicano, Oaxaca. Así, los arreglos familiares que las mujeres de la cabecera municipal sostienen están fuertemente ligados a la división sexual del trabajo, en tanto que las actividades desplegadas dentro de las unidades domésticas (y algunos espacios comunitarios) están diferenciadas para hombres y mujeres.

Los primeros acercamientos comenzaron a mediados de octubre del 2020; posteriormente el trabajo de campo en *forma* se desarrolló durante los meses de junio a agosto de 2021, lo cual incluyó cinco semanas presenciales de forma intermitente en la comunidad y dos semanas en las que las interacciones se dieron por vía telefónica y la aplicación de mensajería instantánea WhatsApp, derivado del aumento de los casos por SARS-COVID-19 en la costa de Oaxaca a finales de julio y principios de agosto de 2021.

No obstante, aunque estas cinco semanas fueron las más intensas en cuanto al desarrollo del trabajo de campo, traté de continuar en comunicación constante con las interlocutoras, de forma que el *rapport* que se había generado en nuestra relación continuara por un buen camino. Dado que la comunidad no me es ajena, continúo visitándola de forma regular. He tejido buenas redes y relaciones con las interlocutoras. Cada vez que llegamos a vernos de forma casual, nos saludamos y nos preguntamos cómo nos va. Aunque nuestras vidas tengan distintas connotaciones de clase y escolaridad, compartimos un espacio en común: el de la pertenencia, de una forma u otra, a la cabecera municipal de San Pedro Tututepec.

Susana García (2013) menciona que existen dificultades de dos tipos para las y los investigadores, el primero está relacionado con “la construcción teórica y metodológica de la entrevista y sus resultados y el segundo, a las “condiciones sociales, en las que se realiza la investigación” (p. 2). Por ello es importante mencionar que esta tesis es un ejercicio político de posicionar a las interlocutoras como productoras de su propia realidad, en donde dentro de contextos desfavorables que contextualizan sus vidas, hay espacios para mostrar la agencia y apropiación de conceptos por parte de ellas. Para mostrar esto, recurro a la

etnografía como un proceso que devela prácticas y normativas (Guber, 2011), en este caso, sobre el trabajo y los arreglos familiares de las mujeres con quienes trabajé.

En conexión con la división que propone Susana García (2013), trataré de describir las condiciones sociales en que me encuentro con respecto al campo y el lugar de enunciación que espero reflejar en la redacción. En este sentido, mi principal motivación para escribir *algo* acerca de las mujeres de San Pedro Tututepec, sobre todo quienes viven en la cabecera municipal, radicaba en *mi* inquietud por encontrar una forma de retribución a las mujeres de mi familia materna sobre el cuidado y cariño que han puesto a lo largo de sus vidas en mí y que a la postre se conectaría con el interés y las justificaciones académicas.

Sin embargo, al inicio de la investigación, planteé el proyecto desde una visión economicista, poco esclarecido y con muchas dudas sobre cómo usaría conceptos útiles para el desarrollo de la argumentación. Eventualmente, después de algunas sesiones, tomé la sugerencia de la Dra. Varela, mi directora de tesis, para adentrarme en el campo y a partir de este evento, el proyecto cambiaría de forma significativa, por lo que ahora propongo el uso de la economía política, la teoría decolonial, los estudios de género y los estudios del trabajo como marco referencial, puesto que están justificados y delimitados en función de la pregunta de investigación.

No obstante, al comenzar el trabajo de investigación y la interacción con el campo aparecieron algunas inquietudes: ¿Qué legitimidad tengo yo para hablar de la vida de estas mujeres?, ¿Cómo hacerlo sin ser racista?, ¿Cómo mirarlo y describirlo de una forma no asistencialista?, ¿Cómo operativizar las perspectivas de agencia y estructura?, ¿Cómo me posiciono *con respecto a* ellas? En una especie de formulación de respuestas ante tales interrogantes, me propongo realizar un acercamiento a la reflexión en mi relación con las interlocutoras y el campo.

En este sentido, uno de los aspectos en los que me he concentrado ha sido la forma en que las nombro y escribo sobre y *con* ellas. No lo hago desde una mirada en donde su capacidad de agencia y la manera en que narran sus vidas se pierda entre las ideas de “pobreza” y “sentirse mal por ellas”. Las mujeres que han participado en la construcción de

este proyecto tienen una noción propia del trabajo que es cambiante conforme las generaciones y las etapas en sus vidas, esto no pasa por alto que existen condiciones estructurales que han moldeado sus vidas, las cuales presentan algunas características como el *trabajo infantil*, la idea de una *productividad* constante y el cumplimiento con el modelo de *ser una madre responsable*. En gran medida, sus reflexiones y pensamientos se han gestado en el espacio doméstico, pero es en esta dimensión donde también ellas han encontrado formas para autonombrarse y posicionarse en su comunidad, lugares para hablar *por sí mismas*.

Es por ello que argumento el uso de la palabra *interlocutora* en lugar de *informante* porque lo que se pretende con esta tesis es sostener *otros* tipos de relaciones sociales con las personas con las que me vinculo en el trabajo de campo, reconociéndolas como portadoras de saberes, y con una noción en la cual las interlocutoras producen “universos mentales” que me permiten desarrollar un sentido interpretativo en relación con las sociedades que habitan (Lison, 2000); (Bartolomé, 2003).

De esta forma, los arreglos familiares que sostienen los y las integrantes de las unidades domésticas repercuten en el tipo de actividades que desempeñan, así como en el tiempo destinado a estas y la *carga y cansancio* que pueden representar para quienes las realizan. En este sentido, la asignación de actividades correspondientes al rol de cada integrante en la unidad doméstica, aquellas relativas al hogar regularmente están asociadas con la participación femenina, mientras que las relacionadas a la proveeduría y/o el mantenimiento del hogar (labores “pesadas” como la construcción de elementos para la vivienda), a la participación masculina; no obstante, la aparente división equitativa suele ocultar jornadas de trabajo desiguales entre mujeres y hombres.

Sobre esta línea, existe un amplio repertorio de estudios similares en la región de la Costa Chica de Oaxaca, algunos se han enfocado en las experiencias migratorias de las mujeres racializadas, mientras otros lo han hecho desde las estrategias familiares (Quecha, 2015); (Santiago, 2004); (Salas et al., 2007). No obstante, para el abordaje de esta investigación decidí no utilizar el término de “estrategias familiares”, las cuales comparten

elementos y temporalidades con los “arreglos familiares”⁶ pero que no son utilizadas en esta tesis debido al cuestionamiento que el concepto genera al sostener la premeditación racional en las decisiones que toman las y los integrantes de un hogar para maximizar la distribución de recursos al interior de las unidades domésticas (Arteaga, 2007, p. 145).

Esta decisión conceptual también está relacionada con el hecho de que las mujeres de Tututepec suelen realizar *otras* labores dentro de sus hogares, que pueden ir desde tareas domésticas, de cuidados y remuneradas, hasta aquellas que exceden a sus espacios familiares, como las *funcias* o actividades comunitarias (tequio o actividades religiosas como la venta de comida durante días feriados), por lo que sus jornadas se pueden extender hasta tres o cuatro veces más (Curiel, 2020, p. 3), es decir, sus contextos y actividades tienden a nutrirse de forma continua en los espacios públicos-privados y en la diversificación de labores remuneradas y no remuneradas.

Además, estas actividades suelen darse en un entorno precarizado y pauperizado, un trabajo que también posee características propias como el componente étnico-cultural y la solidaridad, es decir, un trabajo *racializado* en tanto sus lógicas y características varían del empleo *formal* comúnmente diseminado y conocido por poseer esquemas laborales como salarios, oficinas y horarios laborales.

Finalmente, para comprender el conglomerado de ideas e inquietudes expresadas la presente tesis se organiza en tres capítulos: el primero responde al marco metodológico que guio la investigación: la relación con campo y las interlocutoras, el método, las técnicas y las perspectivas desde las que se plantea la tesis. De igual forma, presento una contextualización de la zona en la que se desarrolló el trabajo de campo, de manera que quien lea estas líneas, comprenda la importancia económica e histórica de las actividades en la cabecera municipal de San Pedro Tututepec para la Costa Chica y para la comprensión de los arreglos familiares.

En el segundo apartado abordo al aparato teórico con el que se desarrolla la investigación, a partir de éste doy cuenta de las discusiones en torno al trabajo y el cuidado desde la economía feminista en conjunto con la teoría decolonial, para dar paso a la

⁶ La conceptualización y discusión en torno a los arreglos familiares se halla de forma extensa en el Capítulo 2.

intersección con el concepto de arreglos familiares y su nexa con la división sexual del trabajo.

Por último, el tercer apartado presenta el análisis de la información obtenida del trabajo de campo, trenzada con las perspectivas teóricas y metodológicas expuestas en los primeros capítulos. En este abordaje a profundidad la relación entre arreglos familiares, división sexual del trabajo y procesos de racialización, entendiendo al trabajo como un circuito complejo y continuo que se compone de distintas dimensiones, entre las que el descanso no resulta un elemento apartado, sino parte de éste.

Capítulo 1. Narrativas del espacio y las mujeres. Una mirada hacia San Pedro Tututepec, Oaxaca

A lo largo de este apartado exploro el método, las técnicas e instrumentos que delimitaron la investigación y que fueron utilizados durante el trabajo de campo; asimismo, sitúo a los lectores y lectoras de forma espacial y contextual en San Pedro Tututepec, lo cual incluye al planteamiento de la tesis, el trabajo de campo y finalmente, el procesamiento de la información y su análisis.

Las partes que integran a este capítulo corresponden al estado de la cuestión, la contextualización de la zona donde se realizó el trabajo de campo, el método, las técnicas, los instrumentos, las dimensiones espaciales y temporales del estudio, las limitaciones del proyecto, mi implicación en el desarrollo de la tesis y finalmente, la relación construida con las interlocutoras.

De esta forma, el objetivo de la tesis es analizar las configuraciones sobre el trabajo y la división sexual de actividades en función de los arreglos familiares las mujeres en la cabecera municipal de San Pedro Tututepec,⁷ Oaxaca, a través de la respuesta a la interrogante central sobre *¿Cómo se configura el trabajo, en sus particularidades genéricas y racializadas, en función de los arreglos familiares de las mujeres en San Pedro Tututepec, Oaxaca?* Para ello, me guio por tres puntos desagregados en el apartado analítico, el primero corresponde al desarrollo del nexo entre los arreglos familiares y la división sexual del trabajo que se sostiene en una noción de productividad en las mujeres y el reforzamiento de los órdenes de género en las unidades domésticas; el segundo analiza los elementos que conforman al trabajo sexualmente diferenciado y racializado en torno a tres nociones: el descanso, el trabajo de cuidados, doméstico y el trabajo remunerado. Finalmente, se ahonda en la concepción de un trabajo de cuidados comunitario.

⁷ Al escribir San Pedro Tututepec hago referencia a la cabecera municipal, aunque se encuentre localizada en el municipio con el mismo nombre. De igual forma, utilizaré solo la palabra “Tututepec” para hacer referencia al mismo punto geográfico.

Por lo tanto, para generar un diálogo pertinente entre la teoría y el campo se presenta el estado de la cuestión que aborda un recorrido sobre las conceptualizaciones entre trabajo, familia, arreglos familiares y la conformación de las unidades domésticas en Oaxaca. Así, se dilucidarán los conceptos y categorías analíticas que guían a la tesis: trabajo, arreglos familiares, género y racialización.

1.1 Estado de la cuestión

Para el desarrollo de esta tesis me concentré en los estudios que analizan el trabajo, la familia y los arreglos familiares, con énfasis en aquellos que han tenido lugar en Oaxaca. De tal manera que la finalidad de este apartado es mostrar al lector y lectora la forma y el abordaje en que se han orientado este tipo de investigaciones, así, la presente tesis se expone como una aportación de los Estudios de Género sobre el trabajo y los arreglos familiares.

Por ello, he recurrido a bibliografía sobre familia y división sexual de trabajo, estrategias de sobrevivencia,⁸ etnografías, arreglos familiares, género y descolonización, para finalmente enfocarme en los estudios que se han hecho sobre las poblaciones en Oaxaca. De esta forma, los elementos clave que componen el desarrollo de esta tesis son el trabajo y los arreglos familiares en sus dimensiones genéricas y racializadas, los cuales ordenan socialmente las divisiones del trabajo en las unidades domésticas de las interlocutoras.

Así, para entender el origen de las jerarquizaciones y relaciones de poder que históricamente han confinado a las mujeres a ciertos espacios y actividades, Rayna Reiter propone en *Toward an Anthropology of Women* (1975) la conjunción del ejercicio político con el teórico. La finalidad es mostrar que los **sistemas familiares**, los roles de género y la socialización inciden en las diferencias a la hora de asignar actividades y labores para hombres y mujeres.

⁸ Este concepto se aborda con mayor profundidad en el apartado *Estrategias familiares y el paradigma de la racionalidad* en el Capítulo 2.

Los cuestionamientos en torno a la división sexual del trabajo, entonces, comenzaron como una demanda política por entender *por qué* existen asimetrías en la división de las actividades. Algunas de estas investigaciones apuestan por la comprensión de los sesgos positivistas en los conceptos utilizados para desentrañar las jerarquizaciones (Mies, 2019), otras develan a través de distintas disciplinas y la economía política la existencia de sistemas sexo-genéricos, en donde la sexualidad *biológica* se transforma en actividades humanas, como el trabajo, cuya finalidad es satisfacer necesidades *sexualmente* diferenciadas (Rubin, 1986).

De este modo, a finales de los sesenta y principios de los setenta comenzaría a consolidarse lo que actualmente conocemos como la economía feminista, cuyos objetivos consistieron en “incorporar al campo de la economía las tareas domésticas que realizan las mujeres y analizarlas como una forma de trabajo comparable al remunerado, aunque desfavorecida a este” (Himmelweit, 2011, p. 199). Dado que las tareas domésticas, como su nombre lo indican, se realizan dentro de los espacios privados como los hogares, era pertinente analizar la división sexual al interior de éstos.

En México, a partir de los años noventa se incrementó la cantidad de investigaciones en torno a las familias y el trabajo, en especial sobre las críticas a las estrategias familiares, la participación económica familiar *racional* y la subsistencia en entornos precarizados (de Oliveira et al., 2012, p. 192). Con estas críticas también llegaría una mirada desde *el género*, que se centró en la participación económica de las mujeres, el incremento de la jefatura femenina en los hogares mexicanos y los estudios sobre la feminización de la pobreza (Acosta, 1995); (González, 1997); (Tepichin, 2009); (Arteaga, 2007).

No obstante, la mayor parte de estos estudios se enfocó en los procesos de cambio económico para las mujeres urbanas. A la par aparecieron enfoques similares en torno a la división sexual del trabajo en las mujeres campesinas, estos estarían fuertemente relacionados con los estudios sobre la pobreza, el acceso a la tierra y la jerarquización en las unidades domésticas (Ramos, 2018a); (Olivera, 2019); (Ramos, 2018b).

Todos estos trabajos comparten la inquietud sobre las conformaciones familiares y su relación con la participación económica de quienes integran a las unidades domésticas; sin embargo, las diferencias radican en los espacios sobre los que se investiga, los contextos y las condiciones culturales que permiten la reproducción de órdenes de género a través de los entornos familiares.

De esta forma, los estudios sobre arreglos familiares aquí presentados se enfocan en develar las formas de organización, socialización y racialización en las unidades domésticas⁹ de la Costa Chica de Oaxaca, sobre todo desde construcciones etnográficas. A este respecto, María Evelinda Santiago (2004) explica que un error común de los agentes externos a las comunidades es el deseo de “arreglar” la forma de vida de sus habitantes, puesto que son vistos como personas que viven “suspendidas en el tiempo, atrasadas y obsoletas, por lo tanto, es necesario y urgente arrancarlas de su pasado para llevarlas al presente” (p.119). Por ello, la aproximación que propongo en esta tesis es entender a las interlocutoras como agentes activos en la construcción y negociación de los arreglos familiares en sus unidades domésticas, con la finalidad de evitar una visión de las mujeres como víctimas de una *suma* de opresiones.

Por su parte, Renato Salas y Mario Pérez (2007) examinan prácticas productivas en una comunidad indígena zapoteca; su análisis se centra en la posesión y administración de la tierra. Si bien, su trabajo está focalizado en la política agraria mexicana y el impacto en las áreas rurales, este permite dilucidar la gradual incorporación del trabajo femenino como parte de las *estrategias* de sobrevivencia en unidades domésticas en contextos de pobreza:

“[...] una situación no tan visible de las unidades domésticas, es la forma en que han tenido que incorporar actividades económicas adicionales y otras que no son propiamente productivas, como la migración internacional pero que aportan una buena cantidad de ingresos, ni tampoco el mecanismo por el cual actividades otrora tradicionales han tenido que ser demeritadas en las prácticas del hogar” (Salas et al., 2007, p. 226).

Aunque los autores reconocen el empleo de diversas *estrategias* para el aporte a la subsistencia en los hogares, desvalorizan las acciones que parecen trasladadas de un espacio

⁹ De acuerdo con González de la Rocha (2006) se expresan como “la unidad social que combina la residencia compartida y las actividades de sobrevivencia, también compartidas, no implica que se le asuma como una unidad sin fisuras y sin conflictos”, aunque no estén ligados por grupos de parentesco.

“tradicional” (probablemente público) al espacio doméstico. Esta caracterización demerita las “prácticas del hogar”, realizadas por las mujeres en su mayor parte.

Esta división de actividades entre las que tienen “valor” y las que “no”, se acotan en espacios específicos, los cuales están asociados a prácticas en la “ruralidad”.¹⁰ Si bien existen situaciones y características que comúnmente se asocian a la pobreza *rural*, la falta de acceso a tierra, una vivienda o terreno propio (lo que conlleva un pago de renta) o el trabajo infantil para solventar gastos familiares (González, 2009), estas se encuentran relacionados con procesos de racialización¹¹ de los espacios *rurales* que se vincula con la falta de infraestructura servicios de salud, a empleos formales, telecomunicaciones, entre otros.

Ahora bien, sobre las unidades domésticas en pobreza urbano-rural, en la Costa Chica de Oaxaca el acceso a una vivienda o espacio para vivir resulta distinto, puesto que son comunidades que, en su mayoría, históricamente han tenido acceso a solares por herencia, o bien, porque han sido grupos poblacionales que se han trasladado entre la zona y han poblado lugares antes vacíos. Una situación similar ocurre con el trabajo infantil, ya que no necesariamente implica una “ayuda extra” para solventar los gastos familiares, sino también una forma de enseñanza a los menores para trabajar y aprender a producir (por ejemplo, a partir de la cosecha) elementos que a la postre serán herencia para la construcción de vivienda, formación y sustento de sus familias (Santiago, 2004, pp. 206–207).

Esta división de actividades y el trabajo infantil se entretajan con características propias de los entornos culturales, históricos y sexo-genéricos que constituyen al trabajo. Así, la costa de Oaxaca se define como una “región pluriétnica y multicultural” en donde confluyen diversas relaciones raciales (Correa, 2013, pp. 62–66), en las que sus interacciones dan paso a las particularidades de la región que tienen implicaciones en la autopercepción de sus habitantes. De esta forma, los procesos de socialización sexo-genéricos que al intersectar

¹⁰ No pretendo ahondar en una dicotomía urbano-rural. El uso de estas nociones solo se utiliza para generar una idea a quienes leen sobre los espacios de los que se habla, pero se le invita a pensar que incluso en estas conceptualizaciones existe un sesgo entre la dicotomía rural-urbano que supone un ejercicio de racialización encarnado en los territorios y las actividades productivas de los espacios.

¹¹ Se ahonda en este concepto a lo largo del apartado *Producción, reproducción y procesos de racialización* en el Capítulo 2.

y relacionar “la sexualidad, el género, la etnicidad y la raza” ahondan en el análisis que contribuye a entender “la perpetuación de desigualdades sociales” (Correa, 2013, p. 171).

Por lo tanto, al hablar de estas particularidades se diluyen connotaciones como “familia nuclear” y me aproximo a nociones como las estructuras o redes de parentesco, que, a su vez, están relacionadas con la categoría de familias ampliadas, en las que los arreglos familiares se articulan como ordenadores del trabajo en las unidades domésticas. En este entendido, las reconfiguraciones familiares permiten ampliar las concepciones de padre o madre como los únicos capaces de proveer económicamente a sus unidades domésticas.

Así, se encuentran algunas figuras como la matrifocalidad, que refiere a una característica de los procesos de crianza de población afrodescendiente en la cual se reitera la participación de las abuelas y abuelos en las actividades económicas “para paliar algunas carencias inmediatas”, así como “el papel central de las abuelas como madres sociales” ante el suceso de migración de las madres biológicas (Quecha, 2015, p. 96). El caso de la migración femenina en Corralero, que aborda la Citlali Quecha Reyna (2015), revela algunas dinámicas del género en la región al explicar que “las mujeres de la localidad se ven supeditadas a una estructura normativa que prioriza las decisiones y la figura de los hombres como autoridad. Por tanto, el rol de subordinación es la forma habitual de entablar relaciones de género” (pp. 96-98). Esto apunta a reflexionar sobre lo que sucede cuando las dinámicas se ven *alteradas* y cuando las mujeres desafían la norma de *quedarse en casa* para convertirse en *proveedoras*.

No obstante, algunos estudios recientes (Curiel, 2020); (Gutiérrez, 2020); (Juárez-Acevedo, 2020) reconocen a los espacios *feminizados (o normativos)*, en específico a las cocinas, como centros de reproducción de órdenes étnicos y de género, pero también de lógicas de trabajo y de cuidado, que dan cuenta de los procesos de resistencia a los *mandatos* y el reconocimiento de la capacidad de agencia de las mujeres.

Finalmente, las investigaciones aquí presentadas se enmarcan en tres dimensiones importantes para el desarrollo en este proyecto de investigación: el trabajo, el género y la racialización. Su interrelación permite entender las opresiones como socialmente construidas

y contextualmente situadas y, en ese sentido, abordar y entender la zona en la que las interlocutoras y sus unidades domésticas residen y desarrollan sus actividades.

1.2 La Costa Chica y Tututepec

Con base en la importancia de la contextualización para el desarrollo de la tesis, daré una descripción de la zona geográfica en la que tuvo lugar el trabajo de campo; a partir de la observación participante y el trabajo *in situ*, describiré a detalle este pequeño rincón de la Costa Chica oaxaqueña.

1.2.1 La Costa Chica de Oaxaca

Ubicación del municipio de San Pedro Tututepec



Ilustración 2. Ubicación del municipio de Tututepec en la República Mexicana y Oaxaca. Elaboración propia a partir de datos del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI).

La Costa Chica es una región que abarca a las entidades federativas Guerrero y Oaxaca, de forma respectiva, se toma como referencia a los puertos de Acapulco y Huatulco¹² (Valdivieso, 2017, p. 78). Se encuentra en la franja costera que corre a través del Océano Pacífico y está atravesada por la carretera federal 200 que conecta los dos puertos previamente mencionados.

Su historia ha estado marcada por la interacción de diversos grupos de personas en el área: afromexicanos residentes de las zonas *costeras*, amuzgos, chatinos, mixtecos que viven en *lomerías* o en algunos *cerros*, y finalmente, mestizos, quienes se ubican principalmente en las cabeceras municipales.

Las actividades económicas de la región se rigen principalmente por la pesca, la ganadería, la agricultura (tanto de autoconsumo como venta al mayoreo) y el comercio minorista (Castillo, 2013, pp. 2–3). De igual forma, algunas ciudades y comunidades han cobrado renombre en los últimos años (Puerto Escondido, Chacahua y Huatulco), lo que ha contribuido al aumento del turismo, tanto nacional como internacional en dichos puntos, a su vez, esto ha incrementado los negocios y servicios en la región, especialmente el sector terciario (restaurantes, hospedaje, rutas ecoturísticas, entre otros).

¹² De acuerdo con otros autores, la Costa Chica se constituye como parte de los litorales entre Acapulco (Guerrero) y Puerto Ángel (Oaxaca), zona “conformada por las estribaciones y los declives de la Sierra Madre del Sur, que se diluyen en extensas sabanas hasta las planicies arenosas y largas playas del océano Pacífico” (Cervantes, 1984, p. 37).

1.2.2 San Pedro Tututepec, el municipio

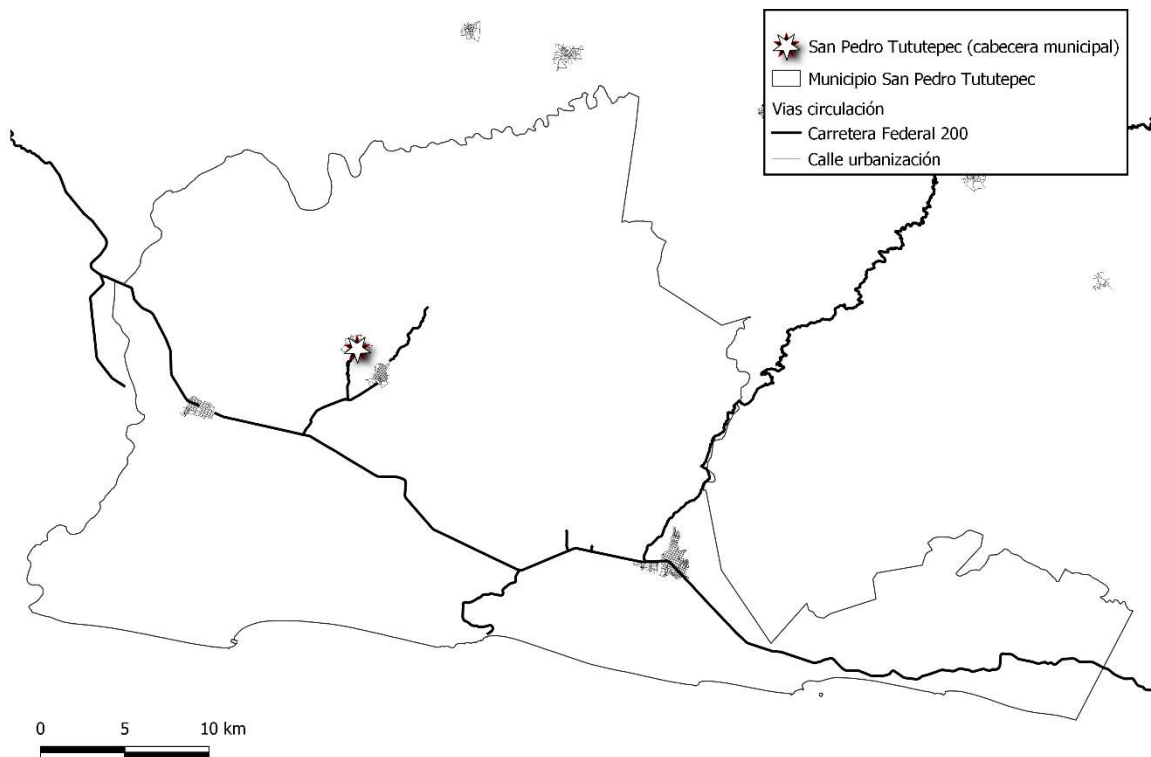


Ilustración 3. Mapa del municipio de San Pedro Tututepec y su principal conexión con las zonas colindantes. Elaboración propia a partir de datos del INEGI.

En el caso de Oaxaca, la región de la Costa Chica comprende a tres distritos: Juquila, Jamiltepec y Pochutla, que a su vez están compuestos por 50 municipios, de entre los cuales me centraré en San Pedro Tututepec, municipio al cual pertenece la zona de estudio.

San Pedro Tututepec es uno de los 570 municipios del estado de Oaxaca. Está ubicado en la Costa Chica, dentro del distrito de Juquila, junto a la franja costera mexicana, y colindante a sus extremos con los municipios de San Pedro Mixtepec, Santiago Jamiltepec y Santiago Tetepec.

De acuerdo con el Censo de Población y Vivienda 2020, su población asciende a 50,541 habitantes, de los cuales el 48.5% son varones y el 51.5% son mujeres, de estos, aproximadamente la mitad de la población total vive en situación de pobreza *moderada*,

mientras que el 15.9%, en pobreza extrema (Data México, 2021). Describir el porcentaje de la población en pobreza tiene una importancia significativa para la tesis, puesto que representa el contexto municipal y el de las interlocutoras. Esto incide en la manera en que distribuyen sus actividades y el significado que le otorgan al *trabajo*, pues si no trabajan, si no se mantienen ocupadas, *no hay con qué comer*.¹³

El contexto geográfico del municipio también moldea las experiencias en torno al trabajo remunerado, puesto que permite que algunas de sus poblaciones, sobre todo las afromexicanas, se dediquen a la pesca gracias a su cercanía con el océano, a las lagunas y ríos que recorren la región. Lo mismo ocurre con las planicies dedicadas a la siembra de cultivos, ya sea para su autoconsumo o venta, principalmente de cacahuate, plátano, papaya, limón y coco.

En este sentido, la mayor actividad económica del municipio corresponde al comercio minorista, con poco más del 40% de la población dedicada a este rubro, tan solo seguido por los servicios de alojamiento temporal y de preparación de alimentos y de bebidas con el 20.7% (Data México, 2021). Esto se observa de forma clara al atravesar el municipio, el comercio minorista se encuentra en prácticamente cada rincón, desde la venta de tostadas y productos derivados del cacahuate, tamarindo y coco en la comunidad de San Isidro Llano Grande, a orilla de la carretera federal 200, hasta la venta de bordados, tejidos y frutas en Santa Rosa de Lima. Lo mismo ocurre con el sector servicios, con el incremento de la popularidad de destinos turísticos como Puerto Escondido, la llegada de turismo nacional e internacional ha tenido un crecimiento sostenido en el municipio, lo que ha popularizado algunas zonas como las (Parque Nacional) Lagunas de Chacahua.

Estas dinámicas económicas son similares en prácticamente todo el municipio, incluyendo a la cabecera municipal, la cual consta de una larga historia del poderío mixteca

¹³ Comprendo a la pobreza en términos de Amartya Sen (1992, p. 310), quien explica que es una condición en la cual las personas *pobres* tienen niveles de consumo por debajo de la línea de la pobreza, que en México está delimitada por el acceso a bienes de la canasta básica. Para conocer más consulte: [http://blogconeval.gob.mx/wordpress/#:~:text=alimentaria%2C%20enero%202022-.El%20valor%20de%20la%20L%C3%ADnea%20de%20Pobreza%20Extrema%20por%20Ingresos.\)%20a%200%24%201%2C481.10%20\(enero%20de](http://blogconeval.gob.mx/wordpress/#:~:text=alimentaria%2C%20enero%202022-.El%20valor%20de%20la%20L%C3%ADnea%20de%20Pobreza%20Extrema%20por%20Ingresos.)%20a%200%24%201%2C481.10%20(enero%20de)

en la región costa, ya que fue uno de los principales señoríos en la época prehispánica y su importancia comercial data de años atrás. Además, hoy en día representa la sede de los tres poderes: ejecutivo, legislativo y judicial. Debido a ello, y a que es la zona en la que se realizó el trabajo de campo, a continuación, presento la descripción de San Pedro Tututepec, la cabecera municipal.

1.2.3 La cabecera municipal

La cabecera municipal de San Pedro Tututepec, del mismo nombre, se encuentra en un entronque de la carretera federal 200, entre las comunidades de San José del Progreso y Santa Rosa de Lima. El entronque es reconocible por el monumento a 8 Venado Garra de Jaguar,¹⁴ en donde la carretera se divide para iniciar el camino hacia los cerros.

El acceso es a través de autos particulares o en transporte público y ambas rutas duran aproximadamente dos horas. Mientras realicé el trabajo de campo residía en Puerto Escondido, de donde soy originaria, por lo que me trasladaba mediante el transporte público, desde mi colonia en un taxi colectivo hasta la estación de las *urban* con destino a Pinotepa Nacional, la cual, al tomarla, la primera parada que realizaba era en Santa Rosa de Lima, de donde salen los taxis colectivos y/o camionetas hacia la cabecera municipal.

A partir del monumento el camino inicia con una recta pavimentada que se extiende por varios kilómetros. Los espacios alrededor de la carretera están llenos de vegetación (mis viajes ocurrieron durante el verano, es decir, en la época de lluvias), la mayoría responde a plantíos en terrenos cercanos. Al inicio se observan un par de casas que desaparecen conforme el camino avanza. Se advierte, además, de forma clara que la agricultura es una de las actividades principales de las personas que viven en las cercanías; es común observar en

¹⁴ 8 Venado Garra de Jaguar fue un líder mixteca que obtuvo el poder territorial y administrativo sobre el señorío de Tututepec (*Yucu dzaa* o Cerro del Pájaro). A través de esta conquista en la costa del océano Pacífico, logró ampliar el poderío mixteca y dar paso a un gran reinado que conquistó a pueblos cercanos (Anders et al., 1992, pp. 178–188).

el camino a la gente con sus animales de carga, o atendiendo el cultivo de papaya, limón, melón y coco.

Las curvas y el aumento de la altitud comienzan a partir de la bifurcación del camino, mientras que la carretera principal continúa hacia la cabecera municipal, una desviación aparece e indica la dirección hacia la comunidad de la Luz, Tututepec.

El inicio del pueblo está marcado nuevamente por una división: un camino de terracería y otro pavimentado. Si bien ambos conducen hacia la cabecera municipal, el pavimentado lo hace directamente al centro de la comunidad. Al tomarlo, la primera señal que denota a la población es el Cecyte no. 14, el único centro de educación media superior en varios kilómetros a la redonda y al cual asisten jóvenes de diversas comunidades cercanas.

En el centro de la comunidad se encuentran: el palacio municipal, la biblioteca, las oficinas de bienes comunales, la primaria, la iglesia, el museo comunitario y el mercado. El palacio municipal ha cobrado notoriedad en los últimos años debido a los murales que adornan sus paredes, muestran una historia progresiva de los grupos de personas que habitan al municipio, desde los mixtecos, la llegada de los españoles y de los pueblos negros. La biblioteca, en conjunto con bienes comunales, son oficinas que se encuentran en el mismo edificio, mientras que la primera funge como un centro de consulta, en su mayoría para estudiantes o como recreación; el segundo, se encarga de los *asuntos* de territorio del municipio. Por su parte, la primaria “Progresista” fue uno de los primeros centros educativos en la cabecera municipal y ha representado el acceso a la alfabetización para amplias generaciones en Tututepec. La iglesia, de igual manera, es un elemento importante para la comunidad, una buena parte de las actividades en colectivo son desarrolladas y organizadas por la misma y ha dado paso a un fuerte nexo entre la *parte indígena*¹⁵ y el culto católico. Por otro lado, el museo comunitario se encuentra a un costado del centro, en el camino principal, su importancia radica en que una buena parte de la exposición permanente son

¹⁵ Para la toma de decisiones comunitarias, como las fiestas patronales o las mayordomías se designa un comité que está compuesto por miembros *indígenas* (mixtecos), miembros de la iglesia y del ayuntamiento municipal. Para designar que una persona es “indígena”, por lo regular se toma como referencia la zona en la que vive, ya que la comunidad está dividida en barrios e históricamente el *Barrio Grande* ha sido el asentamiento para las familias mixtecas.

donaciones de pertenencias personales de las familias en la comunidad y de y los hallazgos alrededor del municipio en un esfuerzo por preservar y exhibir la historia del pueblo.



Ilustración 4. Tututepec visto desde el panteón municipal. El domo rojo representa a la iglesia católica. Archivo personal.

La comunidad también cuenta con una clínica que brinda servicios médicos y una pequeña farmacia, aunque esta se encuentra casi a las orillas de la cabecera municipal. Esta atiende afecciones leves de la población, pues no cuenta con el instrumental ni el personal necesario para realizar otro tipo de actividades (como cirugías o partos complicados). Si las personas desean tener atención especializada deben trasladarse al hospital de Río Grande, a Pinotepa Nacional, a Puerto Escondido, o en su defecto, a la Ciudad de Oaxaca de Juárez.

Dentro de los servicios también se encuentra el mercado. Decidí dedicarle una mención especial porque es un espacio marcado por dinámicas *feminizadas* al interior de la comunidad. El sitio ha cambiado a lo largo del tiempo, por ejemplo, este intercambio de

productos solía realizarse en lo que la población llama *el toril*,¹⁶ una zona abierta, frente al mercado, que ahora es ocupada como lugar de descanso y plaza, pero que albergaba a vendedoras y vendedores de diversos productos, sobre todo alimentos, y al cual se dirigían los habitantes de la cabecera municipal para comprarles.

Aunque en la actualidad, la mayoría de estas prácticas fueron trasladadas al espacio cerrado y estratificado por locales que representan el mercado, aún persisten los *domingos de plaza*, que como su nombre lo dice, se realizan cada domingo en la plaza frente al mercado. Una de sus funciones consiste en reunir a distintos productores de la región (telares, productos agrícolas, ropa, productos derivados del coco, palma y tamarindo) para incentivar la compra-venta en un solo lugar.

No obstante, el mercado es uno de los sitios más concurridos por las mujeres. No solo funciona como un espacio en el cual se compran y venden productos, sino también como uno de socialización en donde los saludos, *el chisme* y las pláticas entre vendedoras y compradoras se intensifica durante las mañanas. Es, además, el lugar en donde algunas prácticas de *ayuda*¹⁷ se presentan, como el *pilón* o el *regalo*. El primero representa un “extra” de la cantidad de algún producto comprado, mientras que el segundo implica “no cobrar” la mercancía dada a una persona. Ambas situaciones están fuertemente ligadas con afectos y relaciones familiares y/o de parentesco.

Es en este contexto donde viven las interlocutoras, en el cual desarrollan sus actividades y negociaciones cotidianas, tanto en sus unidades domésticas como en otros espacios públicos, por lo tanto, en donde se sitúa al problema de investigación.

¹⁶ Debe su nombre a que en esta zona están plantados varios árboles de *toril*, cuyas ramas proporcionan una sombra moderada y pequeños frutos redondos que no son comestibles.

¹⁷ Las prácticas de ayuda corresponden a trabajo no remunerado (principalmente, doméstico o de cuidados). Lo nombro de esta forma porque fueron las palabras de las interlocutoras al referirse a actividades que realizaban para otras personas, regularmente quienes no residen con ellas en su unidad doméstica.

1.3 Método, técnicas e instrumentos

Para el desarrollo de la tesis utilicé el método etnográfico; como técnicas a la observación participante, las entrevistas semiestructuradas y la revisión documental; de igual forma, los instrumentos utilizados fueron el diario de campo a través de la aplicación One Note, la fotografía y grabaciones de voz a través del celular personal. Así, a lo largo de este apartado justifico las decisiones metodológicas tomadas previo y durante el trabajo de campo.

Una de las razones por las que decidí hacer uso del método etnográfico fue la lectura *Desplazadas por la guerra. Estado, género y violencia en la región triqui* (2019) de Natalia de Marinis. A través de este texto, la autora realiza un ejercicio de redacción y descripción etnográfica sobre la comunidad triqui en Oaxaca y la violencia que han atravesado por años, misma que encontré orientadora en términos metodológicos para el proyecto de investigación, debido a que refleja las prácticas sobre la comunidad, mostrando no solo la violencia estructural, sino también su capacidad de resistencia.

Dado que la pregunta de investigación analiza *prácticas y significados* en torno al trabajo y los arreglos familiares, la descripción etnográfica se convierte en un elemento necesario dentro del proyecto. Para lograr esto se recurrió a la investigación documental, las entrevistas semiestructuradas y la observación participante.

Esto, en conjunto con nuevas lecturas que se fueron sumando y las interacciones con el campo terminaron por definir y pulir mi decisión de utilizar el método etnográfico, abordándolo desde la “descripción densa” (Geertz, 2003) y las reflexiones en torno a la etnografía como un “retrato vivido” (Guber, 2004, p. 36).

Si bien el método etnográfico me permite acceder a lo que deseo ver: las prácticas y su descripción, el punto desde *donde miro* es relevante, por ello, para esta tesis la etnografía “[s]e trata, siempre, de una descripción parcial, derivada de la mirada de quien observa, e inacabada, pues se requiere hacer delimitaciones de distinto orden en relación con el objeto de la indagación, objeto que suele ser cambiante” (Castañeda, 2012, p. 221); no obstante, mi mirada también parte desde el reconocimiento de la capacidad de incidencia de las

interlocutoras en sus entornos, sin perder de vista las estructuras que delinear y modifican *su trabajo*, por ello, retomo la definición sobre *etnografía feminista* que aporta Martha Castañeda:

Si se trata de ofrecer una caracterización de la etnografía feminista, ésta se refiere a la descripción orientada teóricamente por un andamiaje conceptual feminista en el que la experiencia de las mujeres, junto con la develación de lo femenino, está en el centro de la reflexión que conduce la observación (Castañeda, 2012, p. 221).

Puesto que, parte medular de la metodología es entender a las mujeres en un contexto específico, pero en el cual ellas han incidido y le dan sus propias significaciones a su trabajo y sus arreglos familiares en las unidades domésticas.

A partir de estas aclaraciones, comencé a delinear las técnicas para acceder a la información. En primer lugar, opté por la observación participante, ya que me había acompañado desde el inicio del proyecto y había tenido buenos resultados con la misma. Para acompañarla decidí utilizar a la entrevista semiestructurada, entendida como aquella que en cada interacción centra su atención en una temática en específico (Guber, 2004, p. 132).¹⁸

Decidí realizar el trabajo de campo presencial aún con las condiciones adversas frente a la pandemia. Entre las motivaciones que me llevaron a tomar esta decisión se encuentran que, al ser una comunidad con una pobre infraestructura en cuanto al acceso de internet y telefonía, resultaría un poco difícil obtener la información de otra forma. Además, algunas de mis interlocutoras no tienen un celular propio; a ello se suma que, de no asistir de forma física, sería complicado para mí poder observar las dinámicas en la comunidad. Asimismo, considero que contaba con las facilidades para obtener un lugar donde dormir (la casa de mis abuelas) y un transporte que consideré seguro para trasladarme desde Puerto Escondido (donde actualmente resido) hasta la cabecera municipal de San Pedro Tututepec.

Las interrogantes iniciales las planteé con las mujeres de mi familia, en especial mi abuela, Refugia, y algunas de mis tías. A través de mi abuela llegué a establecer un contacto

¹⁸ Al iniciar el proyecto planteé tres temáticas en las entrevistas: género, trabajo y etnicidad. Este último elemento fue el que tuvo mayor cantidad de cambios, ya que en un principio indagaba sobre cuestiones de identidad cultural (auto adscripción étnica, lengua, tradiciones, entre otros), pero conforme me encontré en las últimas etapas de la tesis, lo que comencé a buscar en las entrevistas fue el nexo entre un trabajo generizado y racializado.

más cercano con mi tío, Leobardo, y su pareja, Guadalupe, quienes han trabajado con diversos investigadores e investigadoras desde hace muchos años como *gatekeepers*. Con ellos sostuve un par de entrevistas, al igual que con mi abuela, y a través de Leobardo y Guadalupe conocí a tres mujeres: Juana, I. y C.

A la postre, dos de las mujeres con quienes inicié el contacto decidieron abandonar el proyecto (I. y C.), por lo que, nuevamente me encontré con una sola interlocutora. Mediante de la técnica bola de nieve y de la colaboración de Leobardo, cuatro mujeres más se sumaron al proyecto. De esta forma quedarían: Juana, Silvia, Estela, Sarahi y Balbina.

Así, comencé a trabajar con cinco interlocutoras a través de entrevistas semiestructuradas, recurriendo a la grabación de las interacciones con mi celular. En la primera sesión que tuve con cada una de las mujeres les expliqué en qué consistía la tesis y la colaboración que ellas tendrían conmigo, todas estuvieron de acuerdo con su participación en el proyecto y aceptaron que su nombre *real* fuera usado para este.

Con cada una de ellas trabajé un aproximado de tres a cuatro sesiones con una duración de entre 40 minutos a dos horas por entrevista. En cada una de las interacciones existía un eje temático que guiaba la conversación: género, trabajo y racialización. Además, de la información extraída de las entrevistas, tuve un diario de campo en la aplicación OneNote, ya que esta me permitía actualizarlo con la red tanto en mi laptop y mi celular, lo cual fue útil en los momentos que tenía que realizar anotaciones y no podía llevar conmigo mi computadora personal.

Aunque la mayoría de las sesiones las sostuvimos de forma presencial, derivado del aumento de los casos de SARS- COVID-2 en la comunidad, tuve que regresarme a Puerto Escondido y trabajar de forma remota con las interlocutoras. Esto representó un reto, dado que, de las cinco mujeres, dos de ellas no tenían un celular propio: Balbina y Juana. En el caso de Balbina, su hija, Sarahi, nos proporcionó el uso de su teléfono móvil para sostener las conversaciones por medio de audios de WhatsApp, mientras que, con Juana, su hermana A. nos auxilió con el uso de su celular para las entrevistas por llamadas.

A través de las interacciones en los encuentros fue como se implementaron las técnicas y los instrumentos para el desarrollo de la tesis. En la siguiente sección explico el proceso que derivó en la colaboración con las cinco interlocutoras.

1.3.1 Cómo construí la relación con las mujeres

En este apartado pretendo mostrar el modo de enunciación que he propuesto, por ello, en primer lugar, expondré cómo construí el acercamiento con las interlocutoras y, en segundo, relataré algunos aspectos de sus vidas en torno al trabajo.

Al inicio del proyecto establecí una “serie de requisitos” para encontrar interlocutoras, algunos de estos fueron: que una mujer fuera soltera, que otra fuera casada, que una más tuviera una pareja migrante, el número de hijos, que se declarara jefa de familia... Como si fuera una lista en la que tachara los elementos con los que las mujeres cumplieran de acuerdo con mi criterio. Por ello, al inicio del trabajo de campo fue complicado encontrar personas que encajaran con un perfil predeterminado. De esta forma, me concentré en su situación conyugal, puesto que, en un principio, la hipótesis era que al tener una pareja las labores domésticas *podrían* aumentar, en tanto tienen que atender a una persona más dentro del hogar.

Aunque la carga de tareas domésticas sí aumenta cuando no existe una colaboración por parte de los varones en las unidades domésticas (incluso cuando los hombres se realizan tareas domésticas, la mayor parte del trabajo de cuidados recae sobre las mujeres), es importante mencionar que tanto la libertad para salir del hogar y trabajar de forma remunerada en otros espacios como el control sobre la vida de las mujeres, también dependía del tipo de relación sexo-afectiva que sostienen con los varones y del lugar que ocupan en el ciclo vital (Jiménez, 2016, p. 145).

A partir de esto, localicé a cinco interlocutoras gracias a la ayuda prestada por mi tío Leobardo, con quien tuve acercamientos como *investigadora*. A él le expliqué de primera mano lo que estaba haciendo y lo que me interesaba encontrar. Él, junto con su esposa,

Guadalupe, me dieron los tres nombres iniciales a manera de propuesta. Leobardo ha trabajado desde hace muchos años con investigadores e investigadoras como *gatekeeper*. Creo que, por su experiencia y conocimientos como *rescatador* de la historia oral, fue muy sencillo desenvolverme con él y presentarle mis inquietudes.

Es en esta etapa donde se presentó un reto para mí: el establecimiento del *rapport*. Mi formación no es antropológica, no estaba familiarizada con el trabajo de campo presencial e incluso menos con la realización de entrevistas. Por ello, representó un gran esfuerzo de mi parte crear lazos de confianza e intimidad con las interlocutoras, considerando, además, el poco tiempo con el que disponía para visitarlas (dos meses aproximadamente). En este sentido, al poco tiempo de iniciar, tanto Claudia como Inés decidieron dejar el proyecto, y para este punto yo me encontraba preocupada de que la única interlocutora que quedaba también se fuera y tuviera que iniciar de nuevo, porque sentía que no había generado un espacio lo suficientemente cómodo para que ellas se expresaran.

Por fortuna, Juana se quedó en el proyecto y continuamos trabajando por varias semanas. Con el paso de los días, y preguntando con algunos familiares a través de la técnica de “bola de nieve”, encontraría a Silvia, a Estela y finalmente a Sarahi y Balbina, a quienes describo a continuación.

1.3.2 Sobre las interlocutoras

i. Juana

Juana es una mujer de estatura pequeña, mide aproximadamente un poco menos de 1.50 metros, es morena, con ojos muy grandes, color oscuro, el pelo corto a la altura del mentón, es delgada y tiene cierta dificultad en el habla por una *malformación* en su garganta, aunque esto no le impide comunicarse, sí afecta un poco al tono de su voz, que regularmente es muy bajo.

Tiene 44 años y es madre soltera. Su hijo tiene tres años y apenas está por ingresar al preescolar. El padre de su hijo no le provee de dinero ni cuidados al menor, en realidad es un tema del cual ella prefiere no hablar, ya que al preguntarle por él solo mencionó que se fue y no sabe de su paradero.

Juana no alcanzó a terminar la primaria, solo se quedó con los primeros tres años de formación educativa, ella sostiene que la principal motivación que la llevó a dejar la escuela fueron las constantes burlas de sus compañeros sobre la forma en que hablaba, si bien, no es algo que tenga realmente un impacto en su físico, sí en la manera en que se expresaba, llegando al punto en que la situación se convirtió en intolerable para ella, por ello le pidió a su madre que ya no la llevara a la primaria y la dejara quedarse con ella para hacer tortillas.

Su ingreso personal proviene de ser empleada doméstica en varios hogares. Esta actividad la comenzó durante su adolescencia ya que una de sus tías le solicitaba *ayuda* para algunas labores del hogar, principalmente lavar ropa y trastes, y es algo en lo que ha continuado desenvolviéndose. Aunado a ello, también recibe ropa sucia de otras personas para lavar y entregar en su domicilio, por lo regular los clientes llegan con una carga de ropa, ella la lava, tiende y dobla para que un par de días después quienes le encargaron el servicio pasen a recogerlo, o bien, para el día que ella les indique. Regularmente, sobre todo los fines de semana, se dedica a elaborar tortillas y a repartirlas en la comunidad, así como *ayudar* a su hermana en la entrega del pan.

Actualmente vive con sus padres en un solar donde también comparte algunas áreas comunes (como la cocina, el área de lavado y el patio) con su hermana y los hijos de esta.

ii. Silvia

Silvia es una mujer con un acento *costeño* muy marcado,¹⁹ tiene 42 años, está casada, es madre de dos hijos, un varón de 13 años y una mujer de 20.

Silvia estudió la primaria y secundaria en San Pedro Tututepec, es la mayor de cuatro hermanos y desde muy pequeña se mudó de vuelta al pueblo de sus papás que habían vivido en el Estado de México por cuestiones de trabajo. Fue en la secundaria donde ella aprendió sobre costura, en los talleres que la escuela ofrecía. Como parte de su formación de bachillerato, estuvo por muy poco tiempo en el CECyTE²⁰, ya que, parafraseándola, decidió *apoyar* a sus padres como sostén económico para su familia. Ella ha mencionado que

¹⁹ Un ritmo rápido en el habla y suele añadir a las palabras terminadas con 's' una ligera entonación de 'j'.

²⁰ Centro de Estudios Científicos y Tecnológicos, plantel 04 en San Pedro Tututepec.

probablemente sus padres la habrían apoyado si ella hubiese decidido continuar estudiando, pero que veía muchas *carencias* al interior de su familia, y eso la llevó a tomar la decisión de no continuar estudiando y dedicarse de lleno al oficio de la costura.

Se autodefine como ama de casa, y divide su día entre las actividades de cuidados hacia sus hijos, la limpieza del hogar, la preparación de comida y la administración de la miscelánea que montó en conjunto con su esposo, cuyas actividades *principales* incluyen la venta y el acomodo de los productos.

Además de las actividades previamente mencionadas, Silvia también se dedica a la compostura y confección de algunas prendas, así como al bordado en punto de cruz, esto también representa un ingreso *extra* para ella, ya que de ahí puede obtener dinero para comprar cosas que ella necesite o para sus hijos, también porque a partir de este oficio ella puede confeccionar sus propias prendas de ropa.

iii. Estela

Estela es la única de mis interlocutoras que no es madre, pero que sí desea serlo. Tiene 30 años, y está casada, sin embargo, su esposo es migrante. Desde 2019 él migró hacia los Estados Unidos por una oportunidad laboral que surgió de su trabajo en Oaxaca como ingeniero agrónomo, por esta situación ellos apresuraron sus planes de boda para que él pudiera extenderle a Estela una visa y que ella pudiera viajar cuando quisiera (o mudarse), según su decisión.

Estela es la única de las mujeres interlocutoras que tiene una educación universitaria y que vive de su formación. Terminó la primaria en Tututepec, pero la secundaria no la cursó en la cabecera municipal, sino en Río Grande, aunque el bachillerato sí lo culminó de nuevo en el pueblo.²¹ Al inicio de la aplicación de sus exámenes universitarios, su sueño era estudiar en Chapingo, pero sus padres le pidieron que escogiera una opción más cercana, por lo que renunció a ello y optó por el Instituto Tecnológico de Oaxaca.

²¹ La cabecera municipal de San Pedro Tututepec.

Actualmente ella reside con sus padres, pero en años previos, y derivado de sus estudios universitarios en la Ciudad de Oaxaca había residido ahí con su pareja, hasta que, unos meses antes y previo a la pandemia, decidió tomar unas vacaciones y regresar con su familia porque le costó adaptarse a la partida de su esposo, fue durante este periodo que comenzó la alerta en México y su empleo como agrónoma se trasladó del espacio físico al virtual y ella decidió continuar viviendo con sus padres.

De esta forma, Estela se ha dedicado a enviar muestras y análisis como parte de su trabajo como ingeniera agrónoma, ello la lleva a viajar ocasionalmente a la Ciudad de Oaxaca, o bien, a Río Grande, en donde ella puede mandar por paquetería sus análisis y continuar su trabajo desde el hogar. Además de ello, también decidió montar una pequeña miscelánea que atiende en conjunto con su mamá.

iv. Sarahi

Sarahi es una mujer de 25 años, delgada y tiene dos hijos pequeños, uno de tres años y otra de cinco. Es madre soltera,²² vive junto a su madre en la misma casa, es la mayor de dos hijos, sin embargo, tanto su padre como su hermano menor migraron hacia los Estados Unidos.

Estudió la primaria y la secundaria en San Pedro Tututepec, también cursó el nivel medio superior en el CECyTE, menciona que tenía muy buenas notas y que gracias a ello no tuvo que pagar inscripción en su bachillerato, sin embargo, al terminarlo prefirió no continuar con su educación universitaria por decisión propia, aunque sus padres insistieron en que debía hacerlo.

Al concluir sus estudios en el nivel medio superior comenzó a trabajar asistiendo en un *ciber*, poco después de ello, a los 19 años se convirtió en madre de su primera hija. Después del parto continuó viviendo en casa de su madre donde también compartía el espacio ahora con su pareja y padre de su hija. Durante el periodo de lactancia y hasta que su hija creció, aproximadamente un año, ella regresó a trabajar al *ciber*, sin embargo, ya que su

²² Sarahi se define a sí misma como una mujer “soltera” y que tiene dos niños. Para su caso opté por la definición de *madre soltera* ya que esta segunda característica es con la que ella se identifica y representa su situación conyugal al momento de las entrevistas.

pequeña comenzó a estudiar el preescolar, Sarahi decidió renunciar a su empleo para dedicarle tiempo completo a su cuidado y atención.

Un par de años después ella se mudó a Puerto Escondido junto con su pareja, con la cual vivió durante algunos meses, no obstante, eventualmente se separaron y ella regresó al hogar materno y comenzó a trabajar en la farmacia de la clínica de la cabecera municipal, donde poco tiempo después se daría cuenta de su segundo embarazo. A partir de este acontecimiento, la mayor parte de los empleos que ha tenido son temporales, de acuerdo con el cuidado o atención que ella considera que requieren sus hijos, sin embargo, continúa desarrollando algunas otras actividades remuneradas, como la costura y el bordado, o la *ayuda* a su madre con algunos productos de repostería que ambas elaboran.

v. Balbina

Balbina es una mujer delgada, con el pelo ligeramente ondulado, con fleco y en coleta, es morena. Tiene 48 años y se dedica principalmente a la venta y confección de prendas bordadas con punto de cruz, como camisas, o elaborando los bordados para venderlos por separado. Además de ello también tiene un negocio (aunque no en un establecimiento fijo) de venta y preparación de pasteles. Por lo regular las personas le piden alguno de estos postres y ella los prepara en su casa y las entregas son casi todas en la misma cabecera municipal.

Además de ello, sus días se reparten entre sus actividades remuneradas, el cuidado de sus nietos y el cuidado de su madre. Tiene dos nietos, quienes son los hijos de Sarahi y a quienes atiende en las temporadas durante las que su hija trabaja. Por otra parte, su madre, es una adulta mayor que se dedica a la venta de diversos productos comestibles, como tabletas de chocolate, donas de camote, pepitas de calabaza, entre otros. Si bien es uno de los hermanos de Balbina quien vive con su madre y le provee de dinero, es Balbina quien se dedica a *ayudarla* con las labores del hogar o la venta de sus productos.

Balbina solo culminó su educación secundaria. Ella menciona que, por no tener los recursos económicos para continuar estudiando, comenzó a trabajar en actividades y oficios que aprendió de su madre, puesto que, en conjunto con sus hermanos, se convirtió en el sostén económico de su hogar ante el abandono de su padre cuando eran muy pequeños.

También está casada, sin embargo, su esposo migró hace muchos años a Estados Unidos, y aunque continúa enviándole remesas (cada vez más escasas), su comunicación se limita a esta transacción y las noticias sobre los nietos.

1.4 Más allá de los cuerpos sexuados que trabajan

La descripción de las interlocutoras tiene la función de presentarlas a los y las lectoras, de dotarlas en el texto de una corporeidad y una imagen. No obstante, esta corporeidad también nos permite visualizar la manera en que se desenvuelven en sus unidades domésticas. Por ejemplo, en el caso de Juana es comprensible el porqué de su poco acceso a la escolaridad, el cual no está determinado por la falta de acceso a centros educativos, sino por una condición del habla que se convirtió en objeto de burla hasta el punto de desear no volver a estudiar y dedicarse a las labores del hogar. O bien, el caso de Sarahi nos ilustra a una mujer joven, y con ello las características de una maternidad durante su adultez temprana, como lo es la energía para cuidar a sus hijos pequeños, jugar con ellos, pero también continuar visitando a sus amigas, compartiendo su vida cotidiana a través de las redes sociales o asistiendo a fiestas ocasionales a las cuales la invitan.

Además de la presentación física, la descripción social de estas cinco mujeres permite entenderlas en sus contextos cotidianos. Por ejemplo, la situación de Estela nos remite al nexo que existe entre el retraso de la maternidad y el acceso a niveles de educación superior, también a la posibilidad de acceder a ciertos trabajos remunerados especializados, con prestaciones sociales y con el flujo de un sueldo constante. Mientras que, los casos de Balbina y Silvia nos permiten pensar en las redes de cuidados que se extienden fuera de sus unidades domésticas, al hacerse cargo no solo del cuidado de sus hijos o nietos, sino también del de sus padres.

Cada una de las interlocutoras presenta sus particularidades, pero también convergencias en sus vidas; son precisamente estas convergencias en las que se construyen

puntos en común para indicar de qué forma el género, los arreglos familiares y los procesos de racialización inciden en la edificación y entramado del trabajo en sus unidades domésticas.

Es precisamente la metodología la que auxilia en el *cómo* buscar y *qué* preguntar para encontrar cada uno de los puntos convergentes en las interlocutoras. Por ello, en este apartado metodológico presenté la forma de trabajo y recopilación de la información, así como las limitantes que el proyecto ha presentado a lo largo de la maestría, pues es pertinente recordar a quien lee, que esta investigación *solo* se centra en los arreglos familiares de una región del país en específico y en las vivencias de cinco interlocutoras.

No obstante, para adentrarse en la discusión sobre los arreglos familiares es primordial, dentro de esta investigación, entender al *trabajo* como un concepto polisémico dentro del cual se desarrolla el planteamiento principal de la tesis. Para ello, se aborda a la discusión del trabajo desde los aportes críticos de la economía feminista y de los estudios decoloniales, a manera de un marco referencial en el que se centra el análisis de los términos importantes para el desarrollo de la tesis.

Capítulo 2. Una aproximación al *trabajo* desde el género y la racialización

Los arreglos familiares constituyen parte del núcleo conceptual de este proyecto de investigación. Estos comprenden, en gran medida, las actividades cotidianas que desarrollan las interlocutoras en sus unidades domésticas, pero con capacidad de extenderse a otros espacios. Así, los arreglos familiares son la configuración/conformación familiar²³ que jerarquiza y delega socialmente las actividades a los y las participantes de este.

Estas actividades, a su vez, están diferenciadas en función de una división sexual del trabajo. Por sí sola, esta división podría parecer descriptiva, en tanto da cuenta de que existen *ciertas* actividades que realizan las mujeres y *otras* que son realizadas por los varones. No obstante, la escisión que marca entre qué corresponde a unas y a otros responde a relaciones de poder jerarquizadas y a diferencias encarnadas que se transforman en desigualdades con impacto en el trabajo diario de las mujeres.

Por tal motivo, resulta preciso observar a los arreglos familiares bajo la lupa de los estudios de género y la teoría feminista. Bajo esa perspectiva, este capítulo presenta las nociones clave que nutren la tesis. A lo largo del desarrollo de este apartado analizaré las principales críticas a los ejes de los que se nutre el concepto de arreglos familiares. Por lo tanto, en primer lugar, analizo al trabajo desde la economía feminista, de igual forma retomo las discusiones en torno a los procesos de racialización y a la división sexual de actividades puesto que a partir de ello, será posible conceptualizar a estos desde un diálogo con las autoras de los estudios de género, la teoría feminista, los estudios decoloniales y el trabajo de campo realizado.

De esta manera, en este capítulo se presenta el andamiaje teórico con el que se teje la investigación, dividido en dos bloques: el primero dedicado a conceptualizar el trabajo y sus dimensiones desde los estudios de género y la teoría feminista a partir de sus críticas a la

²³ Comprendo por “conformación familiar” a los integrantes que habitan la unidad doméstica en su división etaria.

economía clásica y neoclásica y analizando las particularidades que Tututepec y las mujeres entrevistadas aportan a esta interlocución.

En una segunda parte, se establece una noción de arreglos familiares *situada* en la discusión y crítica al paradigma de la racionalidad de las estrategias familiares, a su inserción en una división sexual del trabajo y a la problematización de algunos elementos importantes como la unidad doméstica, la sostenibilidad de la vida, el cuidado, la familia y la raza.

Para iniciar la discusión, es preciso comprender al trabajo como un concepto polisémico, el cual representa prácticamente cualquier actividad que conlleve un esfuerzo (ONU Mujeres, 2018, p. 117). En este sentido, la economía feminista ha dado paso a descentrar el trabajo de las lógicas que lo atan a la retribución monetaria, puesto que no les es exclusivo, y permite situarlo en otros espacios con nuevos actores.

2.1 Descentrar al trabajo del mercado

La teoría feminista ha realizado diversas aportaciones a las Ciencias Sociales, una de estas es la crítica al sistema económico en sus distintas corrientes: clásica, marxista y neoclásica. Estas críticas visibilizaron un espacio que parecía inexistente: el doméstico-privado, habitado mayoritariamente por las mujeres, y al hacerlo, reclamaron las aportaciones que estas generaban para que el sistema capitalista funcionara.

Este reclamo fundamentaba que las acciones realizadas por las mujeres de forma cotidiana para sus familias y dentro de sus hogares no era de ninguna forma “natural”. Por el contrario, la segunda ola del feminismo trajo consigo la resignificación de estas nociones al llamar *trabajo* y no *amor* a las labores domésticas y de cuidado desplegadas en los hogares (Federici, 2018, p. 37).

Por ello, en este apartado ahondaré en el diálogo con diversas autoras de la teoría feminista y de los estudios de género en su conceptualización del *trabajo* como una noción que interactúa con el mercado, pero no se reduce a él, y que entraña términos como la

producción, la reproducción y la sostenibilidad de la vida. Estos aportes serán complejizados a partir de las contribuciones de los estudios decoloniales, para construir un andamiaje entre la tríada trabajo-género-raza y proponer una conceptualización sobre los procesos de racialización.

2.1.1 La economía desde la teoría feminista y los estudios de género

La producción teórica feminista ha incidido en las concepciones establecidas por la ciencia económica. Ha criticado la presunta “objetividad” de la ciencia, su enfoque metodológico y estrecha relación con el pensamiento cuantitativo, y en un nivel epistemológico, ha cuestionado, incluso, su mismo objeto de estudio (Cooper, 2004, p. 6).

Al respecto, diversas teóricas se han posicionado y contribuido con reflexiones en torno a las críticas a la ciencia económica y la emergencia de la economía feminista como un punto de crítica y diálogo. Por ejemplo, Cristina Carrasco (2006), afirma que la economía feminista se ha desarrollado a la par del pensamiento económico y sus corrientes; no obstante, la autora expresa que cobró mayor relevancia a partir de los años setenta con “la crítica metodológica y epistemológica a las tradiciones [económicas] existentes” surgidas de los debates de la segunda ola del feminismo, en los que se encontraba la crítica sobre las mujeres, la familia y el trabajo. Señala, además que la economía feminista tiene como eje rector a la satisfacción de las personas, preponderando la calidad de vida y descentrándola de la economía del mercado.

Para Carrasco (2006), las raíces de la economía feminista se encuentran en la explicación de la invisibilidad de las mujeres en el pensamiento de los economistas clásicos, quienes, en una separación del ámbito público y privado, ignoraban la producción doméstica y su nexos con el mercado y el intercambio mercantil. De esta forma, producían una separación estricta y dicotómica entre lo público y lo privado, siendo este último un lugar ocupado mayormente por las mujeres.

Sin embargo, algunas autoras han optado por ampliar las corrientes de pensamiento dentro de la economía feminista. Por ejemplo, para Amaia Pérez (2005) no es suficiente con hablar de *una* economía feminista²⁴, sino de diversas perspectivas que abordan la economía desde su dimensión genérica y que dan cuenta de las diferencias y desigualdades entre hombres y mujeres. Para ello, Pérez categoriza a estos enfoques desde tres bloques: la economía del género, la economía feminista de la conciliación y la economía feminista de la ruptura (2005, pp. 44–45).

De acuerdo con la autora, la economía del género “se caracteriza por buscar la inclusión de las mujeres como sujeto y objeto de estudio de los discursos androcéntricos preexistentes sin cuestionarlos” (Pérez, 2005, p. 45). Esto implica que la economía del género, aunque cuestiona los supuestos androcéntricos que prevalecen en la economía neoclásica, no construye una *crítica sustancial* sobre la exclusión de las mujeres del ámbito público, de esta forma, continúa construyendo en la misma lógica, ordenando la vida alrededor de las dinámicas del mercado y, además, “[e]l trabajo doméstico, en caso de ser considerado, se analiza en términos de sus efectos negativos sobre el trabajo asalariado femenino” (Pérez, 2005, p. 48).

En este sentido, Pérez explica, además, que la economía feminista está dividida en dos vertientes: la de la conciliación y la de la ruptura. La primera aboga por un cruce entre el modelo económico existente y la perspectiva feminista; mientras que la segunda propone un cambio en el entendimiento de las formas de producción para descentrarlas del mercado, donde el eje de la economía no se encuentre en el intercambio monetario, sino en la vida misma y su sostenibilidad (Pérez, 2005, p. 45)

Por lo tanto, cada de una de las concepciones que Pérez (2005) propone inciden de forma directa en el análisis de los objetos de estudio. En el caso del trabajo, por ejemplo, pensarlo desde la idea de la conciliación podría encasillarlo en la dicotomía del trabajo remunerado y no remunerado, lo que parece situarlo en una posición cuyo valor continúa

²⁴ La definición de Amaia Pérez sobre la economía feminista también se distingue de la de Cristina Carrasco en términos temporales, para Pérez, esta corriente como tal surgió a inicios de la década de los noventa; sin embargo, reconoce que los análisis de economía crítica comenzaron a finales de los sesenta.

midiéndose por la percepción monetaria, o en el caso del trabajo doméstico, su equivalencia en los servicios que ofrece el mercado.

No obstante, aunque la economía feminista de la ruptura plantea un vuelco al sistema, los posicionamientos propuestos por Pérez (2006) añaden concepciones críticas al sistema económico. En palabras de Daniela Pessolano (2016) las aportaciones desde los estudios de género y los feminismos permiten replantear “la necesidad de disponer de herramientas analíticas para identificar la diversidad de actividades, actores/as y procesos económicos en las distintas sociedades [...]” (Pessolano, 2016, p. 191). Esta propuesta conlleva pensar a la economía como un ente interrelacionado con la cultura y la política, que no se expresa únicamente en términos del mercado y que se encuentra contextualizada.

En consonancia con las ideas de Pessolano (2016), pensar la economía y los elementos que la componen, como el trabajo, de forma situada, brinda a esta tesis herramientas para el análisis, en tanto permite analizar al trabajo como un elemento que corresponde a un ordenamiento económico, pero cuya importancia también radica en la valoración social que este posee. Asimismo, en este marco, los arreglos familiares se encuentran profundamente ligados a esta concepción, puesto que son realizados en función de las divisiones, significados y órdenes que configuran al trabajo.

En este mismo sentido, reconocer las aportaciones de la economía feminista amplía el panorama de actores y escenarios en que las actividades económicas tienen lugar, incluso da paso a nombrar a ciertas actividades como *económicas*, que en otras circunstancias no serían nombradas de esta forma, como lo es el trabajo doméstico no remunerado. Aunado a ello, deja entrever las divisiones que, antes invisibles, cobran relevancia y demuestran que para que las actividades del mercado capitalista funcionen, requieren de todo un entramado previo que les dote de soporte, como lo es el trabajo de reproducción, generalmente encontrado en los espacios domésticos.

Al respecto, Federici expresa que:

Si la casa es el *oikos* sobre el cual se construye la economía, entonces son las mujeres, tradicionalmente las trabajadoras y las prisioneras domésticas, las que deben tomar la iniciativa de reclamar el hogar como centro de la vida colectiva, de una vida transversal a

múltiples personas y formas de cooperación, que proporcione seguridad sin aislamiento y sin obsesión, que permita el intercambio y la circulación de las posesiones comunitarias, y sobre todo que cree los cimientos para el desarrollo de nuevas formas colectivas de reproducción (Federici, 2013, p. 257).

En este análisis, Federici invita a retomar no solo de forma práctica, sino teórica, las formas de aportación de los hogares a la economía, y especialmente, las aportaciones invisibilizadas de las mujeres a través de la reproducción. La autora aprovecha para redefinir estos espacios *feminizados* (cocinas y hogares) en términos de su importancia y reubicarlos al centro económico como el motor de la sostenibilidad de la vida misma.²⁵ De forma concreta, las palabras de Federici remiten a las divisiones, órdenes y configuraciones mencionados previamente, en tanto nos habla de una escisión del trabajo realizado *por las mujeres*, un espacio situado (el doméstico) y un centro económico.

Por ello, en una noción “clásica” de economía, Carrasco (2006) explica que se produce una redefinición de los espacios públicos y privados, y que, a su vez en esta redefinición se ignora la división sexual del trabajo, en la que se “oculta el trabajo familiar doméstico y su articulación con la reproducción del sistema capitalista” (p.4). En este sentido, argumento que el trabajo doméstico y de reproducción es en su mayor parte realizado por las mujeres en las unidades domésticas, y que esta situación conlleva en muchas ocasiones a que no solo se realice una jornada (“la doméstica”), sino también la jornada laboral en el mercado de trabajo, lo que lleva a las mujeres a tener dobles jornadas de trabajo.

Lo anterior se refleja en las vivencias de las mujeres que *se quedan* cuando las parejas, padres e hijos migran hacia otras ciudades en busca de mejores oportunidades laborales. Aquellas mujeres que, como Balbina y Sarahi reciben remesas de sus familiares en Estados Unidos, parecen “no contribuir” al gasto en sus hogares (trabajo oculto), son ellas quienes administran el dinero enviado y son ellas quienes buscan mayores ingresos para el mantenimiento de sus viviendas e hijos, puesto que, en la mayoría de las ocasiones, el dinero

²⁵ Entiendo por sostenibilidad de la vida a los procesos que derivan en el bienestar y satisfacción corporeo-emocional humanos, que, a su vez, deriven en formas de producción-reproducción sustentables que aseguren, en medidas similares, procesos equitativos para generaciones futuras. (Carrasco, 2003) (Pérez, 2006) (Pérez, 2014) (Sánchez, 2015) (Marcos, 2010).

recibido es insuficiente para solventar todos los gastos familiares.²⁶ Son estas mujeres quienes diversifican sus recursos para sostener a la unidad doméstica en dos espacios: el físico, a través de ellas y los miembros que se quedan, y una dimensión “virtual”, que se mantiene en lazos afectivos con las personas que se van.

Sin embargo, esta situación tiene sus matices. Las mujeres con quienes se construyó esta investigación, sus condiciones, sus espacios y sus características son diversas de acuerdo con sus contextos. La dicotomía público y privado, en la práctica, no es tan separable como parece, ya que existen espacios donde parecen conjuntarse pero que reproducen el orden de género del ámbito doméstico, como ocurre con las funcias, como se verá más adelante, o bien, cuando alguna de las interlocutoras *tiene que* cuidar a algún familiar en otra unidad doméstica, ya que esto representa una extensión de las dinámicas reproducidas en sus hogares, pero movibles a otros en la interacción cotidiana.

2.1.2 Economía feminista y trabajo

La economía feminista permitió *visibilizar* el trabajo reproductivo que ocurre, en gran medida, al interior de los hogares. Este ejercicio de re-posicionamiento permitió nombrarlo de forma política; no obstante, este nombramiento se hizo en oposición al trabajo productivo, y, por ende, algunos de sus vestigios se hacen presentes, como su visibilización a través de simuladores donde al trabajo reproductivo se le otorga su equivalente (y representación) en valor monetario.

Este tipo de representación tiene consigo un inconveniente principal: medir el trabajo *reproductivo según* el valor monetario asignado por el mercado. Tanto Amaia Pérez (2005) como Cristina Carrasco (2006) enfatizan la importancia de este trabajo por la contribución a la sostenibilidad de la vida, lo que implica que su reconocimiento debería darse porque es un trabajo *necesario* sin el cual todos los procesos cotidianos se verían afectados. Es

²⁶ Este planteamiento se ahonda con mayor énfasis en el apartado 3.1.2 *Migración y reordenamiento del arreglo familiar*.

precisamente sobre este trabajo en el que se construyen y socializan los aprendizajes, los afectos, el cuidado personal y de los espacios personales/compartidos.

Ahora bien, el establecimiento de la división trabajo productivo/reproductivo conlleva pensar en los espacios en los que ocurren estos procesos: el público para el productivo, el privado/doméstico para el reproductivo. Descentralizar la noción del trabajo de una dicotomía público-privado amplía la noción de los ámbitos en los que se desarrolla este, y funge como un parteaguas para ligarlo con la crítica a una idea *colonizante* de lo que implica el trabajo.

Como explica Bourdieu (2006) el trabajo y los sistemas económicos no siempre responden a una lógica del intercambio monetario, sino que pueden representar a un organizador social. Con esto me refiero a que existe una generalización en torno al nexo entre el trabajo y la remuneración económica. Esta ha sido tan ampliamente diseminada que nubla la existencia de otras lógicas en torno al trabajo, como las comunitarias o de reciprocidad²⁷ incluso dentro del capitalismo. De esta forma, el trabajo ante el sistema capitalista se presenta como un elemento heterogéneo que no solo se ancla a la relación capital-salario.

Así, a partir de la premisa de la productividad constante en la vida de las interlocutoras, la interacción con el campo me ha permitido conceptualizar al *circuito ampliado del trabajo*,²⁸ en este, el descanso se convierte en un elemento central para continuar con las jornadas laborales de cada día, es decir, no refiere a una situación aislada y opuesta al trabajo, sino que forma parte del *continuum* como un espacio que permite mantener un ritmo constante de productividad.

Así, el trabajo en su concepción polisémica es valorizado desde diversas aristas por parte de las interlocutoras, en primer lugar, el “valor” con el que ellas caracterizan a su trabajo

²⁷ Con esto no quiero establecer una versión romantizada de otras formas de pensar el trabajo, en especial con las que están relacionadas a los *pueblos indígenas*, pero sí reconocer su existencia e invitar al lector y lectora a problematizarlas.

²⁸ Comprendo al circuito ampliado del trabajo como un proceso el cual tiene su punto de reinicio al comienzo de cada día para dar partida a las actividades cotidianas (trabajo doméstico, de cuidados, remunerado, entre otros). Dentro de este circuito, el descanso no lo percibo como un ente aislado y opuesto al trabajo, sino como un espacio necesario para continuar con las actividades restantes.

como un elemento que les proporciona dinero para aportar al hogar, cuidar a sus hijos e hijas, pero también porque les permite tener espacios de descanso, o bien porque les agrada lo que realizan y les hace sentirse “productivas”.

En segundo lugar, a través de la descripción de labores entre hombres y mujeres por medio de la observación y el trato con las interlocutoras aparece la escisión entre actividades feminizadas y masculinizadas. En las primeras se sitúa a las mujeres en los espacios *domésticos*, mientras que, en su mayoría, las segundas ubican a los varones en el espacio *público*.

En tercer lugar, un elemento más de análisis es la capacidad de agencia y la significación de los espacios-actividades “tradicionalmente femeninos” (Gutiérrez, 2020). A partir de esto se configura la construcción de los nexos entre el género, el trabajo y la raza, pero también del encuentro de los puntos de “escape a la norma” para las mujeres y sus *obligaciones*.

Por lo tanto, como sostiene Juárez (2019, citada en Juárez-Acevedo, 2020, p. 90), es posible nombrar al trabajo “más allá de los criterios tradicionales que lo vinculan con el salario” y considerar aquellas nociones de índole política, económica y social que “subyacen en dicha concepción”. Reelaborar una noción de “trabajo” es vital para poder descifrar bajo qué lógicas se construyen las actividades de hombres y de mujeres en la comunidad. Asimismo, es necesario reflexionar sobre las motivaciones que tienen los integrantes de las unidades familiares para realizar ciertas actividades: el trabajo no solo se concibe como un medio para obtener dinero y “redistribuirlo”, sino también como un *organizador social* (Bourdieu, 2006).

Observo al trabajo como una actividad que tiene algunas especificaciones, las cuales comparto con Juárez-Acevedo (2020, p. 90), quien explica la caracterización del trabajo bajo los siguientes elementos:

1. Actividades que requieren de tiempo y dedicación;
2. Que implican esfuerzos físicos, energéticos y emocionales;
3. Que producen valor;

4. Que conllevan cansancio, desgaste corporal, mental y afectivo.

A partir de estas nociones, propongo analizar la configuración de los arreglos familiares en torno a la división sexual del trabajo al interior de las unidades domésticas de las interlocutoras. Aquí se encuentran algunos de mis cuestionamientos, en la medida en que la división sexual del trabajo necesita ser entendida en el contexto cultural e histórico específico de estas mujeres (Talpade, 2008, p. 140), entonces ¿cuál es el contenido de esta división? Y ¿cómo configura a las actividades y los espacios de las mujeres?

Por lo tanto, continúo con el planteamiento a través del siguiente esquema (Figura 1. Sobre el trabajo de las mujeres en Tututepec), en el cual se conjuntan diversas reflexiones surgidas a partir de los estudios de género, la significación de espacios, de los cuidados y el



Ilustración 5. Sobre el trabajo de las mujeres en Tututepec.

trabajo. En esta imagen situé al trabajo al centro, a través de las interlocutoras he encontrado que *sus realidades* presentan otras dimensiones desde las cuales también se *trabaja* y que se encuentran relacionadas entre sí.

De esta forma, el trabajo doméstico es aquel realizado en los hogares para el mantenimiento del espacio físico en donde se reside; el de cuidados, que se distribuye en actividades hacia personas dependientes de las interlocutoras; el religioso o de “costumbres”, que identifico como aquel ligado a las festividades patronales y eclesiásticas; el comunitario, que implica actividades tanto para la comunidad como políticas y que no necesariamente tienen un nexo con algún elemento religioso y finalmente, el remunerado, en donde se percibe alguna forma de compensación monetaria por las actividades realizadas. A su vez, estas dimensiones están atravesadas por una *lógica del cuidado* que permite darles mantenimiento, afectos y corporeidad a las diversas actividades, es decir, un trabajo *que se cuida*. Puesto que el cuidar “no solo implica acciones en el presente necesarias para sostener la vida” sino también “implica asumir una complicidad en la proyección de un futuro” y además, es en estas relaciones donde se sostiene la vida misma (Anderson, 2020, p. 75).

Por ello, al hablar de una *lógica del cuidado* me baso en los aportes de Guimaraes (2020) quien apuesta por el término “cuidado del espacio doméstico” en lugar de “trabajo doméstico”, ya que este elemento, el cuidado, se interpreta como aquel que brinda cuidado, afectos y cuerpo a los espacios donde se desarrolla el trabajo. Así, el componente de los “afectos” complejiza las dinámicas, pues me ha hecho replantearme si es posible disociar los afectos del cuidado y en qué momentos ocurriría esta situación.²⁹

Estas aportaciones parten de los diálogos sostenidos con las interlocutoras, quienes resignifican sus espacios como mujeres, tanto en sus hogares como en la comunidad y que develan un orden subyacente de género, que aparece a la hora de establecer “lo que corresponde a las mujeres” y lo que “corresponde a los hombres”. Actividades aprendidas y naturalizadas que reconfiguran *el ser mujer* a lo largo de sus vidas y en las distintas facetas de sí mismas. Así, el género se comprende como un rasgo social que legitima (West et al., 1987, p. 126), en este caso, al trabajo y a los espacios feminizados.

Analizar a los arreglos familiares que las mujeres sostienen para el mantenimiento de sus hogares se convierte en una veta para abordarlo desde los estudios de género,

²⁹ Esta discusión se aborda con mayor profundidad en el apartado 3.3 *Trabajo de cuidados comunitario...*

reconociendo la capacidad de agencia de las interlocutoras y la noción de trabajo que se construye en la división sexual de actividades para hombres y mujeres en San Pedro Tututepec. En este sentido, la cabecera municipal de San Pedro Tututepec se convierte en el espacio geográfico del trabajo de campo, a partir de la definición de Rosana Guber (2004) del campo como el referente empírico de la investigación, es decir, a las interlocutoras y sus relaciones establecidas con sus familias, con los procesos de trabajo dentro y fuera de sus unidades domésticas y las interacciones que desarrollaron conmigo.

2.1.3 Producción, reproducción y procesos de racialización

Los encuentros/desencuentros entre la teoría y la vivencia que se complejizaron a partir del trabajo de campo, reformularon algunos de los referentes de la tesis, como la división entre la producción y reproducción, que, de acuerdo con las reflexiones de Pessolano (2016) problematizan su conjunción con otros elementos políticos, culturales y étnicos, ya que redimensionan el nexo entre la relación capital-salario al incluir otros elementos para el análisis.

De acuerdo con María Valentina Saenz (2016) la economía de la producción se refiere al espacio en donde “las personas reciben un salario por producir cosas que se venden en los mercados” (p. 3). Es decir, a lo que comúnmente las corrientes económicas “clásicas”³⁰ denominarían *La Economía*. Es también bajo esta esfera en la que se construye la noción más difundida de trabajo, aquella en la que solo se categoriza el trabajo como tal si hay una remuneración económica como pago.

Por otro lado, Saenz (2016) también define a la economía de la reproducción como “la economía del cuidado” y explica que se orienta hacia “las actividades relativas a garantizar el bienestar de las personas” (2016, p. 3). La autora menciona que las acciones realizadas en esta esfera pocas o nulas veces son consideradas como trabajo, en tanto que no

³⁰ Me refiero principalmente a dos vertientes económicas: clásica y neoclásica

reciben una percepción económica por las labores realizadas, y, por lo tanto, son actividades invisibilizadas y no tomadas en cuenta por las dinámicas predominantes en la economía.

En esta misma línea, para Comas-d'Argemir (2019) la producción, en una lógica capitalista, se inserta en el espacio del mercado dedicado a la “*producción*”³¹, circulación y consumo de bienes”, mientras que el ámbito de la reproducción está orientado a “la vida en el ámbito familiar y comunitario” (p. 15). Nuevamente, la reproducción está asociada con los procesos de mantenimiento y cuidado de la unidad doméstica y sus miembros, por lo que, la autora propone nombrar como “economía del cuidado” a las labores de reproducción no pagadas (en su mayoría, cuidados y afecto) que tienen valor económico, aunque no sea reconocido, y las sitúa en un doble sentido:

[P]orque este trabajo no pagado tiene valor económico (lo que queda de manifiesto cuando se efectúa en el marco del mercado o del Estado), y también porque “economiza” gasto público, al privatizar la responsabilidad de los cuidados en las familias (Comas-d'Argemir, 2019, p. 15).

Aunque el trabajo en los hogares sea invisibilizado, este no pierde su valor remunerado, ya que cuando es trasladado al espacio público y se encuentra en forma de servicio o mercancía, es pagado, como el caso de las trabajadoras domésticas, de los asilos y/o guarderías que brindan “servicios de cuidado pagados”.

Estas conclusiones dan paso a pensar el trabajo de forma dicotómica: el remunerado y el no remunerado. El primero, generalmente asociado al ámbito de la producción, mientras que el segundo está ligado al de la reproducción. Esta diferenciación pone el acento en un elemento importante: el dinero, en la percepción de un pago por la actividad realizada. Considero que, aunque resulta útil como una forma de medición en indicadores macroeconómicos, esta distinción perpetúa la importancia de recibir un pago monetario por el *trabajo*, dejando de lado otras percepciones y ejes en torno a la construcción del concepto y su significación.

En este sentido, Quijano expresa que es importante considerar las actividades realizadas para diferenciar entre lo que es y lo que no es trabajo, puesto que habría que

³¹ Itálicas mías, para diferenciar la producción de mercancías del ámbito de la producción.

comprender en estas sus articulaciones con las relaciones sociales jerárquicas y/o de cooperación en las que se insertan (Quijano, 2013, p. 153), es decir, las características racializantes³² y generizadas del trabajo de las mujeres tututepecanas se sostienen en un entramado de relaciones de poder que encuentran su convergencia en su marginalidad con la relación capital-salario; no obstante, estas relaciones, aunque desiguales, también abren el espacio para la significación propia del trabajo, la producción y la reproducción por parte de las interlocutoras.

En este punto, es necesario aclarar que no todo el trabajo no remunerado (TNR) es trabajo racializado. Existen diversos tipos y características del TNR, entre estos se encuentran el trabajo doméstico, el trabajo de cuidados, el tequio³³ y el voluntariado; sin embargo, algunos textos como el realizado por las investigadoras Collin McGloin y Nichole Georgeu (2015) expone el trasfondo de algunas prácticas de voluntariado en Australia, que en lugar de apostar por una *construcción de derechos* con las comunidades empobrecidas, exaltan y exotizan las diferencias mediante actitudes y prácticas neocoloniales.

Son precisamente estas particularidades que Quijano menciona las que develan los entramados de colonización, subordinación y racialización del trabajo. De esta forma, algunas características del trabajo racializado y generizado se describen en la práctica de las funcias, una actividad por parte de la comunidad en Tututepec en la que se cobija a los familiares de quien ha fallecido:

[Nosotras vamos a] hacer la comida, a hacer tortillas, a ayudar o acompañar, y a los nueve días, a eso nosotros le llamamos funcia a toda esa reunión, es como si todos estuviéramos reunidos [...] también por usos y costumbres decimos "vamos a la funcia" a ayudar, porque también en las mayordomías se acostumbra a esa funcia, qué vamos a hacer las tortillas, qué vamos a lavar el maíz, a lavar el pollo para hacer la comida, hacer los frijoles y hacer todo eso de lo que vayamos a hacer de comer (*Refugia, comunicación personal, 7 de junio de 2021, San Pedro Tututepec, Oaxaca*).

³² La racialización implica exponer la *cuestión racial*, es una forma hablar y de observar al mundo, “de plantear problemas en el espacio público. No es un fenómeno uniforme ni unívoco y se expresa de manera diferencia en función de los momentos, contextos, categorías y grupos que se refieren o reclaman con ella” (Viveros, 2007, p. 17).

³³ Trabajo cooperativo físico y/o en especie para preservar, mantener o edificar algún espacio, por lo regular público y/o comunitario.

La funcia responde a una expresión de trabajo generizado y racializado, como expresa Refugia, por una parte, se hace evidente la división sexual del trabajo, en tanto la cocina (y alimentar a los otros) se convierte en lo que corresponde a las mujeres, mientras que a los varones se les designa las actividades que regularmente requieren “mayor fuerza física”. Pero la racialización también se hace evidente al expresar otras formas de trabajo dentro de la economía que disputan con nociones sobre producción y distribución de la riqueza y el valor (tanto económico, afectivo y corpóreo) (Viveros, 2007, p. 18).

Así, la racialización y las categorías étnicas y/o raciales han sido procesos que organizan a las sociedades y que influyen en las relaciones económicas, en las relaciones de poder y en las relacionales sociales (Hellebrandová, 2014, p. 147); no obstante, no representan lo mismo, mientras *lo étnico* refiere al conjunto de elementos heredados y cambiantes a través de la historia de los pueblos indígenas y negros, manifestados a través de la cultura y en este caso, a través del trabajo se diferencia de *los procesos de racialización*, ya que estos aluden al reconocimiento de las categorías étnicas como elementos racializados por no pertenecer al patrón hegemónico de lo que se considera trabajo, que a su vez se encierra en la relación predominante del capital-salario.

Desde la discusión teórica que he abordado y el diálogo con el trabajo de campo, mi aportación desde los estudios de género, la economía feminista y los procesos de racialización, lo que convierte al trabajo de las interlocutoras en *racial* son las condiciones históricas y la división del trabajo que este sostiene, asentadas en procesos de colonización, jerarquización y subordinación en las dinámicas económico-sociales y territoriales.

Es necesario esclarecer que dentro de esta tesis los procesos de racialización/raza se encuentran profundamente conectados con la identidad cultural, pero no son lo mismo. Lo anterior implica que las actividades cotidianas y en gran medida, las estructuras de una sociedad están constituidas por elementos y procesos de racialización, ligados a una jerarquización producto de la colonialidad, a su vez, estos elementos permean a todas las actividades sociales, incluyendo al trabajo. Esto se observa, por ejemplo, mediante las funcias, la cual es una práctica que forma parte de la identidad cultural de la población y que se imbrica con los procesos genéricos (en tanto las labores están sexual y etariamente

divididas), pero además es un trabajo racializado, porque su práctica no tiene una relación directa con el capital-salario y representa un trabajo *recíproco*, en los términos de Quijano (2013).

Al respecto, Tijoux y Palominos (2015) abordan las complejidades del proceso de racialización desde una conformación del Estado y su articulación con el proceso de sexualización, haciendo un anclaje entre las categorías de género y raza en su estudio sobre la racialización y sexualización a partir de la migración en la sociedad chilena. Los autores mencionan que (2015) *el* proceso de racialización³⁴ “puede[n] comprenderse como prácticas sociales mediante las cuales se producen marcas o estigmas sociales de carácter racial [...], derivados del sistema colonial y la conformación de identidades nacionales [...] e inscritos en los cuerpos de subalternas y subalternos” (p. 256).

Tales “prácticas sociales” no solo se expresan en la corporeidad o en las identidades nacionales, sino también en los productos sociales derivados de estas, como el *trabajo*. De esta forma, se asienta la *construcción del otro* (y lo que el otro realiza), así, la funcia se convierte en la *otra* forma de trabajo, racializado no solo porque uno es pagado y otro no, sino porque, entonces, el empleo como comúnmente lo conocemos pertenece a ciertos esquemas coloniales (y neoliberales) en tanto percibe una remuneración económica, tiene horarios y espacios designados específicamente para ello, pero también porque el empleo genera un valor monetario en la cadena de producción que la funcia no reproduce (Viveros, 2007, p. 18).

Así, es pertinente rescatar el nexo entre género y raza, puesto que no son unidades disociables, al contrario, de forma constante el trabajo de campo me recordaba que el hecho de que las interlocutoras estuviesen situadas en una región que hace a su trabajo parte de los procesos de racialización, en tanto cuentan con una herencia del señorío mixteca, la ocupación española y la llegada de los pueblos negros, estas situaciones (ni estáticas ni

³⁴ Tijoux y Palominos (2015) escriben sobre la articulación entre los procesos de racialización y de sexualización en la sociedad chilena. Aunque para los autores el nexo entre ambos parece insoluble, para usos prácticos de esta investigación, procuraré utilizar solo su propuesta teórica para definir a los procesos de racialización.

ahistóricas) han permitido que las dinámicas económicas, que se abren paso en la diversificación del trabajo, sean parte del análisis en la investigación.

En este sentido, lo que regularmente se considera trabajo responde entonces a una sinonimia establecida entre trabajo remunerado y trabajo (fuertemente ligado a la relación capital-salario), mientras que aquello que no entra en estos lineamientos no es considerado como tal, lo que convierte a esta relación en eurocentrista y patriarcal. Eurocéntrica porque homogeneiza lógicas de trabajo heterogéneas, como las funcias, y patriarcal porque vuelve doblemente invisible el trabajo que las mujeres-interlocutoras realizan en sus hogares, en tanto no es remunerado, sino que es llevado a cabo "por amor" y oculta su división sexual.

Así, todo aquello que no está en relación directa con la lógica capital-salario se convierte en un *trabajo marginal*, un trabajo que se halla en los márgenes del capitalismo, puesto que aunque se desarrolla dentro de este contexto, el producto de ese trabajo no está representado en términos monetarios o de capital, sino en relaciones de reciprocidad (Quijano, 2013, p. 152)

De esta forma, es pertinente rescatar las aportaciones realizadas por María Lugones (2008) con la definición del *sistema colonial de género*. Para Lugones (2008) entender al género y a la raza en un anclaje inseparable es necesario para analizar los cambios introducidos por la colonialidad, cambios que han sido heterogéneos, discontinuos, lentos y permeados por la colonialidad del poder³⁵ y la inferiorización de las personas colonizadas (y, por ende, de sus producciones, saberes y formas de vida).

A partir de esto, Lugones retoma la interseccionalidad como un elemento que revela lo que “no se ve” cuando se separan a las categorías (raza y género, por ejemplo). Esta separación es a lo que la autora denomina “separación categorial”, por lo tanto, si trasladamos estas ideas al plano de la investigación, es útil pensar el andamiaje entre la dimensión genérica de los arreglos familiares y los procesos de racialización.

³⁵ María Lugones (2008) discute, analiza y critica el término de colonialidad del poder de Aníbal Quijano para introducir la articulación de la raza y el género en sus aportes. Para conocer más sobre la *colonialidad del poder* véase “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, en Edgardo Lander (ed.), *Colonialidad del saber*, Clacso-Unesco, Buenos Aires, Argentina, 2000.

Por consiguiente, pienso a los procesos de racialización como aquellos que configuran a la heterogeneidad del *trabajo* en diálogo con la relación capital-salario, como establece Aníbal Quijano: “Capitalismo, en consecuencia, es una categoría que históricamente no se refiere solamente a la relación capital-salario, sino al conjunto de la nueva estructura de control global del trabajo articulada bajo el dominio del capital” (2013, p. 153), y por lo tanto, designa lo que es y no es el trabajo, convirtiendo así a algunas de las actividades realizadas por las interlocutoras en doblemente invisibles, por la consigna eurocéntrica y patriarcal que conllevan. Es precisamente la relación capital-salario lo que vincula a los procesos de racialización con la división sexual del trabajo a través de su invisibilización.

Estas configuraciones de los procesos de racialización pueden responder a los elementos étnico-raciales que prevalecen en las condiciones de vida de las interlocutoras, en tanto algunos de estos elementos son considerados una herencia familiar³⁶ y son perpetuados, tanto de generación en generación, como en los espacios compartidos de forma comunitaria. Estos procesos, inacabados y contextualizados, inciden en las concepciones sobre el trabajo. Como mencionaba Silvia, una de las interlocutoras, durante alguna de las entrevistas³⁷:

[P]ues a mi esposo, igual ¿no? esa herencia de que ellos convivan con las personas indígenas, que participen en las costumbres que hay en el pueblo y que, ¿Qué más? a *trabajar*, a *trabajar la tierra* porque ellos trabajaban mucho en el campo, pues eso le dejaron a él, sus tierras y que trabaje, que le eche ganas (*Silvia, comunicación personal, 6 de junio de 2021, San Pedro Tututepec, Oaxaca*).

A partir de las palabras de Silvia, identifiqué una herencia compartida, tanto de sus padres, como de los padres de su esposo, quienes se consideraban a sí mismos mixtecos, y este legado responde al trabajo como un valor en sí mismo. Estas reflexiones nos remiten a pensar al trabajo como una categoría polisémica, una que como ordenador social sostiene y dialoga con los arreglos familiares.

³⁶ Algunas interlocutoras hicieron referencia que uno de los valores indígenas-mixtecos era el trabajo, esto es, enseñar a las hijas e hijos a realizar actividades con las cuales sostenerse económicamente, o al menos, disponer de las habilidades de cultivo y proveeduría necesarias para la subsistencia.

³⁷ Este extracto de la entrevista responde a los cuestionamientos sobre las “herencias indígenas” hacia mujeres y varones en San Pedro Tututepec.

2.2 La división del trabajo como ordenador social en las unidades domésticas

El concepto de arreglos familiares surgió como una veta casi a la par de las estrategias familiares durante los setenta para analizar las dinámicas al interior de las unidades domésticas en contextos de pobreza, de hecho, una amplia variedad de los estudios focalizados en ellos se han centrado en la organización familiar, los procesos demográficos de los hogares y el género (Hintze, 2004) (Pérez, 2012) (Castillo et al., 2015) (González, 2009) (González, 2006). Así, este tipo de estudios han servido de forma descriptiva para conocer el cambio demográfico o de jefatura en las familias.

Por ello, lo que propongo es presentar a los arreglos familiares desde su nexo con el trabajo como organizador social. En primer lugar, era necesario establecer algunas precisiones y conceptualizaciones en torno al trabajo y su nexo con la economía monetarizada, ya que en la consideración del trabajo asalariado como la única forma de trabajo se invisibilizan las actividades desplegadas por las interlocutoras. Por lo tanto, dentro de este apartado, realizo algunas puntualizaciones en torno al uso de los arreglos familiares en la literatura, hago una crítica al paradigma de la racionalidad resultado de la herencia de un concepto previo, las estrategias familiares, y propongo una conceptualización para los arreglos familiares dentro de esta investigación.

Las reflexiones aquí registradas están en sintonía con el eje rector de la investigación que responde al análisis de los arreglos familiares en torno a la división sexual del trabajo de las interlocutoras en San Pedro Tututepec, Oaxaca.

2.2.1 Estrategias familiares y el paradigma de la racionalidad

En un inicio, la definición sobre *arreglos familiares* se enfocaba en conocer las diversas maneras en que “las familias hacían frente a las difíciles condiciones de vida” (Arteaga, 2007, p. 144), de tal forma que los estudios desarrollados en esta línea se centraban en los contextos precarios y pauperizados, así como en los procesos reproductivos de los hogares. Por lo tanto,

algunos de los resultados en torno a las investigaciones sobre estrategias familiares indicaban un aumento del trabajo no remunerado y remunerado, la precarización del uso del tiempo, la colaboración en redes, cambios demográficos al interior de los hogares y la presencia constante de la migración como una alternativa para “mayores” ingresos (Arteaga, 2007, p. 145).

De manera similar a las reflexiones realizadas por Arteaga (2007), Félix Acosta Díaz (1995) plantea la “ampliación de los vínculos sociales” en el contexto de mujeres bajacalifornianas como una de las estrategias familiares por excelencia. El autor explica que para estas mujeres la responsabilidad tanto del trabajo doméstico como del empleo remunerado impide que puedan acceder de forma satisfactoria a las redes sociales con otras personas como una estrategia *de vida* para sus hogares, y por ello, se encuentran en cierta desventaja ante los varones, quienes tienen menor participación en las labores domésticas. Acosta (1995) cuestiona a esta estrategia en particular desde la diferenciación del uso del tiempo entre hombres y mujeres en sus hogares, con ello, realiza una observación sobre el establecimiento de estrategias familiares y el orden de género.

Por su parte, Patricia Arias (2014) explica que, bajo una mirada desde la economía clásica, la unidad doméstica se concibe:

[C]omo una unidad de producción-consumo sustentada en la noción de estrategias familiares de sobrevivencia donde priman el consenso y la solidaridad y, por otro lado, una perspectiva, más reciente y problematizadora, que entiende la familia como una institución patriarcal y jerárquica que establece diferencias entre sus miembros basadas en criterios de género y edad (p.176).

Arias (2014) introduce una de las críticas principales a las estrategias familiares: la idea subyacente de la racionalidad en la toma de decisiones. Al ser una noción heredada de la ciencia económica trae consigo algunos de sus preceptos clásicos como el paradigma de la racionalidad. Este hace referencia a que existe una decisión que proviene de un discernimiento de lo *más conveniente* para aplicarlo en una disyuntiva; sin embargo, asume que esta decisión es *objetiva, individual e imparcial* y, por lo tanto, ignora las condiciones materiales ante las cuales se encuentran los individuos, desestima sentires, reappropriaciones y mandatos de género.

Dentro de la ciencia económica, la llamada “Economía de la Familia”, instaurada por Gary Becker (1981), reclamaba los roles “tradicionales” en la familia y sostenía que el trabajo reproductivo de las mujeres consistía en actividades realizadas *por amor*, y que los varones en su papel de proveedores, se basaban en una lógica de altruismo y raciocinio, haciendo que las dinámicas al interior de los hogares parecieran en perfecta armonía; no obstante, la economía feminista puso en entredicho estos supuestos, y por ende, criticó que los roles “tradicionales” dentro de los hogares fueran una situación *natural y justificada*.

Derivado de las críticas realizadas desde la economía feminista, surgieron nuevas formas de llamar a las actividades que tienen como finalidad la subsistencia de una unidad doméstica, por ejemplo, Susana Hintze (2004) opta por utilizar la noción de *estrategias de reproducción* que refiere como:

[A]quellas que (consciente o no conscientemente) desarrollan los sectores populares urbanos para satisfacer sus necesidades de alimentación, vivienda, educación, salud, vestuario, etc., planteando que “la unidad familiar genera o selecciona satisfactores para alcanzar sus fines reproductivos por medio de la combinación de las posibilidades a su alcance a través de un entramado de actividades que la relacionan con los demás agentes sociales (Hintze, 1989 citada en Hintze, 2004, p. 146).

En el mismo sentido, Arteaga (2007) expresa que:

En términos sintéticos, pueden señalarse: la estrecha relación entre el concepto de “estrategia” y su vinculación al paradigma de la elección racional; la visión idealizada de las familias en condiciones de pobreza desde la perspectiva de algunos estudios; la incapacidad de este enfoque de analizar el conflicto doméstico (2007, p. 145).

Tanto Arteaga (2007) como Hintze (2004) gestaron nuevas formas de llamar a algunos conceptos derivados de las *estrategias familiares*, identificando algunos elementos importantes como los ajustes familiares, en tanto la composición y diversificación de la unidad doméstica para *subsistir*.

2.2.2 Los arreglos familiares como una categoría de análisis

A partir de los diálogos con el trabajo de campo he identificado que, aunque la agencia es un punto central para reivindicar en la forma en que las interlocutoras construyen negociaciones

al interior de sus unidades domésticas, la reproducción de órdenes de género, procesos de racialización, las condiciones de clase y etarias también configuran las vidas de estas mujeres y establecen relaciones de poder al interior de la unidad doméstica que inciden en el establecimiento del arreglo familiar de cada interlocutora.

Por lo tanto, el arreglo familiar responde a la forma en que la *familia* vive, es decir, pensar en todas aquellas formas en que las familias se *organizan*, de acuerdo con sus circunstancias, para compartir una misma vivienda, o bien, de habitarla en soledad. Pensemos, por ejemplo, en los hogares extendidos como una de las maneras más comunes para “subsistir” en entornos precarizados (Acosta, 1995, p. 552); sin embargo, esta característica no responde de forma exclusiva a carencias económicas, sino también a procesos de racialización. Como lo explica David Robichaux (2007), la conformación familiar está ligada a procesos y no “situaciones dadas” y estáticas, en sus palabras, de “acuerdo con la tradición cultural de que se trate, en distintas etapas del ciclo pueden observarse grupos domésticos de tipo nuclear, extenso u otros” (2007, p. 33). Por lo tanto, en el caso de Tututepec, el componente étnico/cultural aparece al observar la forma de organización familiar, como es el caso de Juana, que, como madre soltera, vive con sus padres, hermana y sobrinos en una *familia extendida*. Esta situación se repite con el caso de Sarahi, quien vive con Balbina, su madre. Aunque este tipo de arreglo está ligado a una cuestión económica (no pagar una renta, por ejemplo), también responde a una necesidad de cuidados a las infancias que puede ser suplida o auxiliada por las abuelas u otros integrantes de la unidad doméstica.

En esta misma línea, la forma en que esté organizada la conformación de la unidad doméstica también dependerá de la etapa³⁸ en que se encuentre. Como explicita Robichaux (2007) la tradición cultural influye y pone de manifiesto que los procesos de racialización inciden en la conformación familiar, su ordenamiento y el trabajo realizado.

³⁸ Fortes (1970; 1958) identifica tres etapas en la conformación familiar: expansión, que responde al crecimiento del núcleo familiar e inicia con la formación de una pareja y hasta el nacimiento del último hijo o hija; dispersión o fisión, en la cual los hijos abandonan el hogar para formar sus propios núcleos; finalmente, reemplazo o sustitución, cuando la pareja fallece y es sustituida o reemplaza con otra (Fortes 1970; 1958 citado en Robichaux 2007).

Ahora bien, opté por el uso del término *unidad doméstica* debido a que las configuraciones de vivienda responden tanto al espacio como a lazos de parentesco en San Pedro Tututepec. Si bien podría observarse como una “familia extendida”, gran parte de las relaciones que comparten son con distintas familias extendidas en un mismo espacio y sus redes se elaboran incluso fuera de esta. Por ello, al referirme a las unidades domésticas de cada interlocutora estaré hablando del espacio específico donde residen y de las personas a quienes nombran como sus co-residentes.

El arreglo familiar sostiene una división social del trabajo que incluye una dimensión etaria, por ejemplo, en un breve recuento de sus vidas, las interlocutoras reconocen que el trabajo infantil ha sido una constante en la comunidad; no obstante, este también está *sexualmente* diferenciado; mientras que las niñas regularmente aprenden el oficio de tortilleras a muy temprana edad, los varones aprenden a trabajar el campo y sembradío.

Durante mi estadía en el trabajo de campo, mientras caminaba del mercado hacia la casa en donde me hospedaba, observé a una mujer con su hija pequeña, quizá de unos 6 o 7 años, ambas caminaban mientras cargaban dos bolsas de tostadas cada una. Esta situación apunta al trabajo realizado por las infancias, el cual se convierte en un eje importante para el mantenimiento del circuito ampliado del trabajo y los arreglos familiares, pues aprenden desde muy pequeñas a configurar e internalizar el trabajo *que les corresponde* como niñas y como niños dentro de sus unidades familiares.

“La carga de tostadas” indica también un trabajo ligado a las cocinas, a labores *feminizadas*, que muy probablemente la niña en cuestión terminará reproduciendo de forma adulta y se convertirá en su trabajo remunerado. Por otra parte, el acompañamiento entre madre-hija al realizar las labores de entrega de comida está ligado a una doble carga de trabajo, en donde las labores remuneradas se cruzan con las actividades de cuidados hacia los hijos (*¿quién cuidará de la hija si no es ella, la madre?*).

De la misma forma, es común encontrar en las entrevistas con las interlocutoras la alusión a sus funciones como niñas, la colaboración con las labores de sus padres y madres es fundamental para que las familias *subsistan*. Como explicaba previamente, las *funciones*

de los y las integrantes de las unidades domésticas no solo se rigen por una división sexual, sino también por una etaria, que cambia de acuerdo con el momento en el que se encuentra la unidad familiar y el crecimiento de los y las integrantes.

En este punto, me remito a analizar la idea que encierran sobre solventar la subsistencia en entornos conceptualizados como *pobres*. Los arreglos familiares, aunque en muchas ocasiones sí buscan aliviar cargas monetarias (como evitar pagar renta/alquiler de una casa), también funcionan como sostenes de una división social-sexual del trabajo. En este sentido, propongo que la subsistencia no sea pensada *solo* en estos términos, sino también en los de reproducción y cuidado; puesto que los arreglos familiares, además, funcionan como una forma de reproducción de valores, creencias y formas de vida. Estas *reproducciones* de diversa índole pueden ser consideradas como una herencia, como un valor cultural rescatado (aprender a tejer, bordar o trabajar el campo). Por lo tanto, su expresión no está limitada a la introducción de dinero a la unidad doméstica, sino que se amplía al cuidado y a las redes de parentesco en la comunidad.



Ilustración 6. Composición de los arreglos familiares.

En este sentido, por arreglos familiares entiendo la conformación familiar que sostiene a las actividades realizadas por los y las integrantes de las unidades domésticas en

torno al trabajo. Para esta investigación me centro en tres rubros de los arreglos familiares, por lo tanto, doy partida a la conceptualización y problematización de la conformación familiar, es decir, la forma en que las familias se organizan para co-residir; las actividades domésticas; el trabajo de cuidados y el trabajo remunerado. Al mismo tiempo, los arreglos familiares desplegados están influenciados por órdenes de género, etnia y clase que se expresan en la manera en que las familias se organizan en torno al estado civil de las interlocutoras, el ejercicio de la maternidad, el número y edad de sus hijos, su edad y su empleo.

A su vez, estas *influencias* sobre los arreglos familiares nos remiten a pensar en las reflexiones propuestas por Quijano (2013, p. 152) al preguntar “¿Qué cosas encontraríamos en términos de las formas de control y de explotación del trabajo?” El autor lanza esta interrogante desde un entendimiento del control capitalista del trabajo; no obstante, permite pensar a los arreglos familiares como un sostén y ordenador del trabajo en las unidades domésticas al poner de relieve la delegación de tareas y actividades de acuerdo con la edad, sexo y tradiciones de los y las integrantes del hogar.

Por lo tanto, los arreglos familiares establecidos en las unidades domésticas de las interlocutoras sostienen y se interrelacionan (Ilustración 5) principalmente con tres elementos: el trabajo como un ordenador social, la dimensión genérica que remite a la división sexual del trabajo y los procesos de racialización como caracterización del trabajo de las mujeres en Tututepec, expresado de manera especial en las actividades que Quijano (2013) denomina como *reciprocidad*, como lo es la *funcia* y la *ayuda* prestada a otros hogares, que se cruza con la división sexual del trabajo al asignar este trabajo como una *labor femenina*.

2.3 Hacia una noción ampliada de la economía

Abordar a las estrategias familiares es un elemento importante porque permite desmantelar el paradigma de la racionalidad de las decisiones al interior de las familias. Lo mismo sucede

con las nociones heredadas de la “Economía de la Familia”, donde al interior de los hogares las divisiones se observan como naturales y hasta favorables, lo que provee de una aparente calma y armonía en las negociaciones entre los integrantes de las unidades domésticas. Mediante la crítica de la economía feminista que las tensiones, jerarquías y relaciones de poder comienzan a desdibujarse, y la aparente calma desaparece.

Criticar al paradigma de la racionalidad, además, permite avanzar hacia un concepto *perfectible* de los arreglos familiares, en el cual se observan las relaciones de género, etnia y clase al interior de los hogares. Sobre todo, cuando el trabajo de investigación está situado en la región de la Costa Chica de Oaxaca, puesto que la historia de la región, en convergencia con los procesos sociales, culturales y económicos que complejizan las dinámicas y economías de los hogares.

Analizar la configuración del trabajo desde una perspectiva feminista y de los estudios de género también da la pauta para avanzar hacia la propuesta de los arreglos familiares en torno a sus dimensiones. Lo que propongo es analizar cuatro aspectos en que responden al trabajo: la conformación familiar, lo doméstico, los cuidados y lo remunerado. De esta forma, enmarco las interacciones que el género, en conjunto con otras categorías, hacen que las mujeres en la comunidad orienten sus arreglos familiares.

Por ello, en el capítulo siguiente tejo el análisis en torno a la teoría, mi voz y los diálogos con las interlocutoras. A lo largo de estas páginas he descrito algunos esbozos de los resultados del trabajo de campo; no obstante, mi pretensión es incitar a la reflexión de quienes lean estas páginas a partir del análisis en la configuración de los arreglos familiares y cómo se encuentran atravesados por la lógica del género para ordenar y delinear las acciones de las interlocutoras en sus acciones, sin olvidar que en esta repetición de la norma puede existir el espacio para encontrar la reapropiación y agencia.

Capítulo 3. Mujeres, trabajo y arreglos familiares en San Pedro Tututepec, Oaxaca

San Pedro Tututepec es un municipio que refleja la historia de la convergencia entre el poderío de la expansión mixteca, la conquista española y su asentamiento en la costa de Oaxaca, la llegada de la población negra y el proceso de mestizaje que, en la actualidad da como resultado un “mosaico pluricultural” lleno de dinamismos que se reflejan en la cultura e identidad tututepecana (Díaz, 2003, p. 37).

Al igual que con los procesos identitarios de la población, la economía ha sido dinámica y en conexión con distintas partes del país desde cientos de años atrás (Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2002). Con el paso de los años, estos procesos de intercambio se complejizaron con las diversas reformas económicas en el país, en especial con la liberalización de la economía y el incremento de los tratados de libre comercio.

La economía, como expresé en el capítulo anterior, no se remite de forma exclusiva a los procesos macroeconómicos que conciernen a los países, sino también a aquellos espacios meso y microeconómicos en las vivencias diarias de la población en México.

Así, es común observar al llegar a la comunidad los amplios sembradíos de limón, papaya, sandía, cacahuete y palma de coco, a lo largo del camino se ubican los camiones en los que la fruta es cargada para llegar a distintos destinos dentro y fuera del país. También es frecuente observar que solo son los varones quienes realizan este trabajo.

De forma ocasional se aprecia a la vista a una familia a lo largo del camino, la escena parece mostrar al padre conduciendo, hijos con sombrero y a la madre, regularmente sosteniendo lo que parecen recipientes vaciados que en algún momento contuvieron comida, juntos en un tractor o en una camioneta. Esta imagen parece contener las actividades que cada uno desempeña dentro del hogar (pero también desplegadas fuera de este): aquellas actividades *pesadas* están destinadas a los varones, porque implican *mayor fuerza*, y a las mujeres, aquellas labores *delicadas*, las que están destinadas a la reproducción en el hogar.

El trabajo de los varones, entonces, es considerado como tal, pero el de las mujeres se reduce a la *ayuda*. Esta visión se sostiene en la idea de proveeduría-protección de los varones hacia los demás integrantes en las unidades domésticas, al ser ellos *el principal sostén* (aunque no el único). Así, toda actividad que no se desempeñe dentro de sus parámetros se volverá *ayuda* y no será representada las mismas condiciones.

Estas descripciones representan la reproducción de órdenes de género a través de la división sexual del trabajo, y en este sentido, el objetivo de este apartado es analizar las características *aprendidas* del trabajo en las interlocutoras, abarcando sus infancias, su desarrollo escolar, vida en pareja y maternidad. Considero que estas etapas en su vida influyen de forma importante en la construcción de una idea sobre *mantenerse productivas* constantemente y esto es visible no solo en la vida cotidiana de la comunidad, sino también dentro de sus hogares, puesto que ello termina por conformarlas como *buenas hijas, buenas madres, buenas esposas y buenas mujeres*, cuyos procesos comienzan particularmente en la infancia y se extienden a lo largo de sus vidas.

Por ello, a lo largo de *Mujeres, trabajo y arreglos familiares en San Pedro Tututepec* se abordan las incidencias y la relación entre los arreglos familiares y el trabajo que realizan las mujeres en la comunidad. En este sentido, parto del análisis del nexo entre productividad-mujer-trabajo para dar paso al circuito ampliado del trabajo y sus componentes y, finalmente, la relación que los puntos anteriores guardan con el espacio, su extensión, racialización y la *ayuda* que se dirige dentro y fuera de los hogares.

3.1 Arreglos familiares y la división sexual del trabajo

Los arreglos familiares constituyen una categoría de análisis que nos permite estudiar la repartición de actividades y la significación del trabajo de las mujeres dentro de sus unidades familiares. A través de estos se aprecia la delegación de tareas en diversos órdenes, como la división sexual del trabajo y para explicitar su nexo con los arreglos familiares y el impacto que generan en la imposición de roles en la vida de las interlocutoras me centraré en la

conformación de las unidades familiares *de origen* de cinco mujeres y la posición que ellas ocupan en sus familias.

Considero la organización familiar como un elemento que deriva del nexo arreglo familiar – división sexual del trabajo – productividad y que representa un punto convergente de análisis para los cinco casos. En este sentido, iniciaré con Silvia y Estela, ya que ambas formaron parte de un mismo núcleo familiar (son hermanas), pero su posicionamiento como “hermana mayor” y “hermana menor” tuvo repercusiones en las circunstancias a futuro y en la toma de decisiones que se desarrollarían a lo largo de sus vidas.³⁹

Silvia es una mujer de 42 años, madre de dos hijos, un varón de 13 años y una mujer de 20 años. Está casada con su pareja R., con quien reside desde hace aproximadamente 21 años, juntos construyeron una miscelánea que ella atiende de forma regular y que combina con sus actividades de ama de casa. Además de dedicarse a estas actividades, realiza algunas costuras y bordados, regularmente las hace para consumo propio y de su familia.⁴⁰

Dado el posicionamiento de Silvia como la primogénita en su familia *de origen*, asumió un rol preponderante de cuidado sobre sus hermanos menores. Este posicionamiento no solo tiene que ver con la asunción de una proveeduría extra, sino también de una *colaboración* a las labores domésticas y de cuidados hacia los demás miembros de su familia. Como explican Ignasi Brunet y Carlos Santamaría (2016), este tipo de situaciones, en donde las mujeres se asumen (y son asumidas por el núcleo familiar) como responsables de las tareas del hogar, además de responder a un orden genérico en donde “naturalmente” son las más aptas para desarrollar este trabajo (Lagarde, 2005, p. 61), alude también a una situación de clase, en contextos donde resulta apremiante el ingreso de otro flujo monetario al hogar.

Esto se expresa mediante lo siguiente:

Terminé mi secundaria y sí, quise continuar con mi prepa ¿no? Aquí estaba el Cecyte y sí empecé a ir unos meses al Cecyte, pero, yo, a veces, pues, sentía que, en casa, pues, no alcanzaba el dinero y veía que mis padres se desesperaban, se preocupaban, claro que ellos,

³⁹ La unidad familiar *de origen* de la que provienen Silvia y Estela está conformada por seis personas: su padre, su madre, Estela, su hermano M, su hermano A y Estela.

⁴⁰ La información descriptiva responde al periodo en el que se realizó el trabajo de campo, es decir, de junio a agosto de 2021.

yo creo que ellos sí hubieran hecho todo lo posible porque yo terminara por lo menos mi Cecyte, pero pues yo tomé la decisión y dije “no, yo ya no voy a estudiar” porque mis papás pues, se preocupan mucho, tienen otros gastos, porque tenía aparte yo tres hermanos más pequeños ¿no? Porque yo soy la mayor. Entonces yo dije que ya no quería ir, y que ya no quería ir... Pero en realidad, yo sí quería ir, nomás que, pues, yo dije, pues, mejor ya no voy a la escuela y así les evito a mis padres una preocupación más (*Silvia, comunicación personal, 30 de julio de 2021, vía aplicación de mensajes WhatsApp*).

Pese al deseo personal de Silvia por continuar con su educación, las circunstancias y la asunción de sus responsabilidades como *hermana mayor*, terminaron condicionando sus decisiones como una proveedora más dentro de su unidad doméstica. *Dejar de estudiar* evitaría el “gasto constante” de sus padres hacia su educación y permitiría que ella *comenzara a trabajar*⁴¹ de forma remunerada y con ello podría mantenerse por sí misma e incluso, aportaría al gasto común familiar y a la manutención de sus hermanos menores.

No obstante, este flujo monetario también se ve condicionado por el género, en específico por las actividades que se realizan para garantizar la entrada de dinero a los hogares. Por ejemplo, en el caso de Silvia, al tener que aportar dinero a su familia, optó por dejar de estudiar y trabajar, pero ¿en qué? Los aprendizajes socializados al interior de su hogar correspondieron a las actividades *feminizadas*, como la elaboración de tortillas, la costura, el bordado y las labores domésticas, estas conformaron su mayor especialización, por lo que al momento de *comenzar a trabajar* lo hizo a través de estas: *ayudar* en la elaboración de tortillas, la costura y remiendos de prendas (actividades que su madre realizaba). Esto remite a los argumentos de Fortunatti (2019), quien explica que aunque los varones en el capitalismo pueden “liberarse” del trabajo reproductivo, para las mujeres la propiedad de la capacidad de reproducción se acompaña de la propiedad de la capacidad de producción” (p. 43). Lo cual no solo se expresa en términos de dobles jornadas, en tanto las mujeres cumplen con un empleo remunerado (formal o informal), puesto que tienen que aportar al hogar con trabajo reproductivo y además ofertan en el mercado un trabajo que equivale prácticamente a los aprendizajes de toda una vida en su socialización como *mujeres* con relación al trabajo doméstico (Saenz, 2016).

⁴¹ “Comenzar a trabajar” es solo una expresión, pues desde su infancia, Silvia ha trabajado de forma no remunerada o con una remuneración económica que no obtiene de forma directa. En este sentido, alude a que obtendría remuneración monetaria directamente para ella.

Pero como hermana mayor, Silvia no solo tenía las responsabilidades compartidas de proveeduría con sus padres, sino también las de cuidado hacia sus hermanos menores. Como explican Nadya Guimaraes, Helena Hirata y Anne Posthuman (2020, pp. 83–85), el cuidado es una actividad mayoritariamente realizada por mujeres y que, al no tomar en cuenta su vínculo directo con la relación capital-salario no es reconocido como trabajo, por lo tanto, las personas que lo realizan tampoco son consideradas *trabajadoras*, y al ser una actividad *feminizada* se asume como natural en las mujeres y termina por delinear las responsabilidades en torno a los vínculos familiares, como el caso de Silvia, quien como hermana mayor también se asumió como proveedora y cuidadora, casi a la par de sus padres.

Sin embargo, Estela, tuvo circunstancias distintas a las atravesadas por Silvia, incluso a pesar de pertenecer a la misma unidad doméstica. Esto refleja que los arreglos familiares establecen pautas y ordenamientos para los miembros de la familia, en donde, de una forma u otra, continúan reproduciendo órdenes de género.⁴²

Estela tiene 30 años, no es madre y está casada, su esposo es migrante (al momento de las entrevistas residía en Estados Unidos), por lo que no vive con él. Si bien ella estaba con su pareja en la Ciudad de Oaxaca, unos meses después de la partida de este tomó la decisión de regresar de vacaciones con sus padres, pero esto coincidió con el inicio de la pandemia y el cambio de su modalidad de trabajo de forma presencial a virtual, por lo que, hasta el momento de esta entrega, continúa viviendo en la casa de sus padres en Tututepec, donde mantiene su empleo como Ingeniera Agrónoma, y al mismo tiempo, atiende una miscelánea en conjunto con su madre.

Como hija y hermana menor, enfrentó menos carencias que sus otros hermanos y hermana, ya que además contó con el apoyo, tanto emocional y monetario de prácticamente toda su familia. A diferencia de Silvia, Estela no se encontró ante la disyuntiva entre trabajar o estudiar durante su etapa escolar; pero ello no implicó que este tipo de decisiones tuviera

⁴² Esto no se asume de una forma estática, como se verá más adelante, en la reproducción de la norma se hallan espacios de ruptura para mostrar la capacidad de agencia de las interlocutoras.

limitantes, ya que, al ser la hija menor, el cuidado y protección que hubo sobre ella, en especial de su madre, le impidieron estudiar fuera del estado de Oaxaca.

Estela tuvo una infancia mucho “más amable” que la de sus hermanos y hermana. Aunque sí *ayudaba* en las labores domésticas, no enfrentó la premura de aprender un oficio para aportar al ingreso familiar o a sí misma, pero esta situación le valió *el castigo* y ser mal vista por algunos miembros varones de su unidad familiar por no saber hacer las actividades que como mujer *le correspondían*:

Yo me acuerdo que cuando tenía como 12 años mi hermano tenía como 18 años, creo que nos llevamos 6 años con mi hermano [...] Entonces él me ponía a hacer esas cosas “¡Cómo no vas a saber prender la estufa! ¡Todo el tiempo te vas a quedar inútil!” Y como nos quedábamos los dos, yo iba a la escuela y él iba a la prepa, mi hermana ya tenía su familia y mi otro hermano y mi papá y mi mamá ellos se iban al limón, pues, a la corta de limón y nos quedábamos nosotros dos y cuando yo llegaba me decía mi hermano ¿no? Ya ves que, en esa edad, de la rebeldía y todo, iba en la prepa y me decía “¡¿YA ESTÁ LA COMIDA? ¡SÍRVEME!”⁴³ (*Estela, comunicación personal, 14 de julio de 2021, Tututepec, Oaxaca*).

Así, se presenta como indisociable el ser mujer y el trabajo del hogar, es decir, el ocupar el espacio doméstico y las actividades que lo componen, como cocinar, se convierten en parte de la identidad femenina. En este sentido, Soledad Murillo (1996, pp. 14–16) explica que a las mujeres se les designa como las “portadoras de los saberes domésticos”, por lo tanto, esto marca los espacios a los que deberían pertenecer y al no cumplir con este *mandato*, Estela parece romper con un patrón continuo de las mujeres en su familia, su posicionamiento como hija mejor le ha permitido “librarse” de algunas obligaciones que su hermana Silvia no pudo.

A su vez, el no “tener tantas responsabilidades” derivó en que lograra ser partícipe de concursos⁴⁴ en la cabecera municipal o estudiar parte de su educación básica en otras zonas de la costa como Río Grande; sin embargo, al momento de iniciar su vida universitaria y dar paso al cambio a su arreglo familiar *de origen* para mudarse a otra zona a estudiar y residir

⁴³ Se utilizan mayúsculas para indicar un tono de voz alto.

⁴⁴ Estela participó en la primera edición de “La Diosa Centeotl (Diosa del Maíz)”, dirigido hacia las mujeres y cuyo objetivo era demostrar el conocimiento sobre la identidad cultural mixteca de la población en San Pedro Tututepec. Actualmente este tipo de evento continúa bajo el mismo nombre, pero su formato cambió hacia un certamen de belleza.

sola, su decisión fue coaccionada por su madre⁴⁵, en un primer intento, para quedarse en casa y no estudiar y en una segunda fase, para que desistiera de su admisión en la Universidad Autónoma de Chapingo. Ante esta situación, Estela optó por matricularse en el Instituto Tecnológico del Valle de Oaxaca, en la capital de la entidad federativa para permanecer “un poco” más cercana a su familia.

En la designación del espacio doméstico sobre las mujeres que nos presenta Murillo (1996), también se añade la relación con los cuidados y se dispone de una vigilancia continua del cuerpo de la mujer-ama de casa y de la que estas realizan sobre los cuerpos y vidas de sus hijos e hijas, haciéndolo una continuación de sí mismas (Jiménez, 2016, p. 150), como lo expresa la actitud de la madre de Estela por mantenerla cerca del hogar e impedirle asistir a una universidad fuera de Oaxaca.

En San Pedro Tututepec y en la vida de las interlocutoras, este tipo de extensiones del cuidado por parte de las mujeres no se limitan a los hijos e hijas, sino también a los padres, parientes y algunos vecinos, de esta forma, como menciona Nuria Jiménez (2016) también los espacios se amplían, y en las zonas de la Costa Chica, los cuidados, afectos y jerarquías se entrelazan en las dimensiones públicas y privadas, como es el caso de Juana.

Juana es una mujer de 44 años, madre soltera, cuyo hijo tiene 4 años. Al momento de las entrevistas, ella residía con su unidad familiar *de origen*, continúa cumpliendo un rol de hija, pero también de madre y cuidadora de sus padres, quienes son adultos mayores. Juana reside en un solar con dos casas, una amplia cocina y un espacio de lavado, en una de estas casas habita ella junto con sus padres y su hijo, y en la otra, su hermana con su hijo⁴⁶ y sus principales actividades remuneradas consisten en la elaboración de tortillas, la entrega de pan (ella no hace el pan, pero su hermana sí), lavar ropa para otras personas y la limpieza de ortos hogares.

⁴⁵ La justificación que utilizó su madre, de acuerdo con Estela, era debido a que a los 18 años tuvo una intervención quirúrgica y permaneció en reposo durante un año, derivado de esto, su madre no deseaba que estudiara porque “estaba débil”.

⁴⁶ La hermana de Juana también tiene otra hija, sin embargo, se embarazó a temprana edad y ahora ella reside en la casa de los padres de su pareja, aunque visita de forma regular a su madre y hermano, casi siempre los fines de semana.

Juana no es la menor de las hijas, pero se encuentra dentro de las más jóvenes del conjunto de hermanos que tiene (doce hijos e hijas en total), de los cuales diez migraron hacia los Estados Unidos y la Ciudad de México en donde tienen a sus familias, estos, ocasionalmente envían dinero a sus padres y hermanas en San Pedro Tututepec.

Ella presenta una línea de vida similar a la de Silvia en cuanto a aprendizajes de oficios y labores domésticas. Al dejar de estudiar, a mitad de la primaria, comenzó a trabajar en la elaboración de tortillas junto con su madre, los argumentos de Fortunatti (2019) se vuelven reiterativos para explicar que, al ser una actividad con la que estaba familiarizada durante su infancia se convirtió en la labor donde más fácilmente pudo insertarse al comenzar sus actividades económicas remuneradas.

Aunque Juana aún resida con sus padres y hermanos, en el arreglo familiar *de origen*, ello no implica que este se encuentre exento de cambios:

[Vivo] con mi mamá, sí, con mi mamá y con mi hermana, sí también. Me quedo con mi mamá y mi papá y mi hijo [...] De chiquita vivía con mis hermanos, con mis hermanas... Mi mamá tuvo 14 hijos, se murieron dos, mi hermana B. es la más chiquita, yo estoy antes de ella. No me llamó la atención salir, no me gusta, yo, yo soy así, yo, aquí, aquí con mi mamá y con mi papá y con mi hermana, yo casi no salía, pues (*Juana, comunicación personal, 14 de marzo de 2021, Tututepec, Oaxaca*).

Los arreglos familiares también se encuentran supeditados a la fase familiar en la que se encuentre la unidad doméstica, como lo muestra el caso de Juana, en un momento de su infancia ella menciona que convivía con sus hermanos y hermanas, mientras que con el paso del tiempo, algunos de estos migrarían y conformarían sus propias familias en los destinos en los cuales se asentaron, creando así procesos con etapas que tienen un inicio y un final, las cuales están marcadas por la edad de los integrantes de la unidad doméstica y la pareja fundadora (Robichaux, 2007, p. 32), en este caso, los padres de Juana.

Sin embargo, llama la atención que, mientras los demás migran, sean dos mujeres⁴⁷ las que se quedan en el solar junto con sus padres e hijos, ambas madres solteras. Mientras

⁴⁷ Juana es la única hija que en ningún momento dejó a sus padres, mientras que su hermana A. con quien reside actualmente migró a temprana edad a la Ciudad de México para trabajar como empleada del hogar, a base de este empleo, junto con sus padres lograron construir dos casas pequeñas en el solar, una habitada por Juana y sus padres y la otra por A. y sus hijos. El retorno de A. se vio condicionado por la necesidad de cuidados por parte de sus padres ante el envejecimiento.

que los sobrinos de Juana comienzan a hacer sus vidas poco a poco fuera de la unidad doméstica, su hermana y ella quedan a cargo del cuidado del espacio, de las infancias y de los adultos mayores que la cohabitan, en este tenor, las mujeres se ven supeditadas a una subordinación en las relaciones de género que prepondera la autoridad de los varones y en la que ellas se encuentran ligadas al espacio doméstico y al cuidado de otros (Quecha, 2015, p. 98).

Mientras unos migran, otras se quedan y esta situación remite a la experiencia de Sarahi y Balbina, quienes a su vez conforman una misma unidad familiar: Balbina como madre de Sarahi y abuela de los dos hijos de esta, y Sarahi como hija y madre, ambas proveedoras y cuidadoras, cuyo trabajo suele ampliarse fuera de los límites de su unidad doméstica para proveer y cuidar a otras mujeres de su familia.

Sarahi es una mujer de 26 años, madre soltera de dos pequeños, una de 6 años y uno de 3. Su último grado de estudios es educación media superior y debido a ello ha logrado encontrar algunos empleos mejor remunerados, aunque los que acepta los toma siempre en consideración de las necesidades y tiempos para sus hijos. Su madre, Balbina, es una mujer de 48 años, quien tuvo dos hijos, Sarahi, con quien vive y F. quien migró hacia los Estados Unidos junto con su padre. Ambas reciben transferencias monetarias de sus parientes en EE. UU., pero también realizan otras actividades ligadas al comercio minorista en San Pedro Tututepec.

En esta unidad el arreglo familiar resulta prácticamente indisociable entre ambas mujeres, puesto que residen en el mismo espacio y comparten actividades de cuidado y proveeduría en torno a las infancias; no obstante, la experiencia en relación con la migración que ambas atravesaron representó un reordenamiento de las actividades al interior de su hogar, pero también afianzó los roles de género en este, marcando a las mujeres que se quedan en la unidad doméstica y los varones que migran para proveer.

El arreglo familiar *de origen* de Sarahi, en donde se colocaba como *hija mayor*, se convertiría en un nuevo ordenamiento para Balbina, ahora como madre y esposa, por lo tanto, los arreglos familiares constituyen *procesos* ligados a la edad y el género y como tal, permiten

la reproducción social de normativas al interior de las unidades domésticas (Robichaux, 2007, p. 33): los aprendizajes de Balbina se replicarían en la formación de Sarahi, especialmente en torno a la maternidad, los cuidados y el trabajo.

Conforme avanzaba el crecimiento de los hijos de Balbina, ella se hizo cargo del cuidado de forma completa, pues su esposo migró desde hace más de 20 años hacia Estados Unidos. Tanto Sarahi como F. comenzaron a delinear sus formas de vida dentro y fuera de la unidad doméstica: Sarahi se embarazó a los 19 años y F. migró hacia los Estados Unidos a acompañar a su padre cuanto tenía alrededor de 15 años.

A partir de estos eventos, Sarahi y Balbina tuvieron reordenamientos constantes en su unidad doméstica, desde el embarazo de su hija y la llegada de su pareja:

Ya después [de su primer parto] me vine a mi casa, aquí vivía mi pareja en mi casa también con mi mamá y conmigo, ya estuve aquí en reposo... Sí trabajé, me acuerdo que ya después que mi niña cumplió dos años empecé a trabajar otra vez en el *ciber* (Sarahi, *comunicación personal*, 1º de agosto de 2021, vía mensajería instantánea WhatsApp).

Mientras la ex pareja de Sarahi cumplía con el rol de proveeduría, ella se dedicaba al cuidado de su recién nacida, y su madre, Balbina, al cuidado de su hija después del parto, y en esta sentencia se aprecian las observaciones que realiza Lourdes Benería (Benería, 1981, p. 47) al explicar que en buena medida, la subordinación de las mujeres se considera como un resultado de sus capacidades reproductoras, mientras que el varón asume el rol de proveeduría como mandato, Sarahi y Balbina se remiten al espacio doméstico para el cuidado del hogar y los hijos.

El análisis a partir de las experiencias de las interlocutoras permite observar el nexo entre el arreglo familiar y la división sexual del trabajo, en tanto la posición que las mujeres ocupen en el hogar afirma las labores remuneradas y actividades que *les corresponden*. El trabajo doméstico que realizan representa “una forma de trabajo históricamente específica” que escinde la relación entre la producción y reproducción (Federici, 2012), pero que sostiene tanto a la economía monetarizada como a la institución de la familia.

Entender la relación existente entre los arreglos familiares y la división sexual del trabajo permite abrir camino hacia el análisis de las subjetividades creadas por parte de las

mujeres ante un concepto polisémico como lo es el trabajo. Además, da paso a nombrarlo precisamente como *trabajo*, como aquello que requiere de un esfuerzo para ser realizado y que, está en diálogo con las actividades remuneradas.

Como expresa Federici (2010) la división sexual del trabajo se instaura como una “división de poder” que a su vez, bajo el sistema capitalista, introduce una “degradación” del trabajo doméstico. Esta situación ha provocado que, en ocasiones, las actividades domésticas y de cuidados no puedan ser nombradas ni reconocidas como trabajo pese a la contribución que realizan para sostener a las unidades domésticas.

Estas concepciones influyen en las formas en que las mujeres significan el trabajo para sí mismas, y configuran una exigencia constante sobre su papel dentro de las familias. La “buena mujer” termina por conformarse al estar disponible para todo y todos, al centro de sus prioridades están las necesidades de los demás, el hogar se convierte en una extensión del cuidado de sus miembros, la “buena mujer” requiere ser *productiva* constantemente, se mantiene ocupada en lo que pueda. El ocio es un lujo que “las buenas mujeres” no pueden darse.

3.1.1 Aprender a trabajar, aprender a ser productiva, aprender a ser mujer

Como se ha visto en el apartado anterior, los arreglos familiares dictan pautas de comportamiento y división del trabajo al interior de las unidades domésticas para cada uno de sus miembros; no obstante, los arreglos familiares también cambian a lo largo de la vida de las interlocutoras, y usualmente, las formas en que se desarrollan son replicadas entre generaciones. De esta manera, los arreglos familiares *de origen* de las interlocutoras cambian y se adaptan al iniciar ellas una vida en solitario, en pareja o como madres y de acuerdo con el ciclo vital de la unidad familiar (Benería et al., 1992, p. 153), por lo tanto, el trabajo que realizan se modifica y/o amplía en estos términos.

Es importante reconocer que la configuración del *ser mujer* se alimenta de diversas aristas, una de estas es el trabajo que realizan y en dónde lo llevan a cabo, por ello, en este

apartado abordaremos principalmente dos ramificaciones: la relación entre el trabajo y la productividad y las subjetividades. De esta forma, la conformación de las interlocutoras y su validación en la posición que ocupan en el hogar está fuertemente relacionada con el trabajo que realizan, aquello que corresponde *al trabajo de las mujeres*. Pero esto, a diferencia de los varones y su nexos con la proveeduría, está ligado, además, con la *productividad*, que para efectos de esta tesis representa la constancia de mantenerse ocupadas y al servicio de los miembros de la unidad doméstica (y otros en la comunidad).

Es posible observar dinámicas y significados del trabajo diferenciados entre hombres y mujeres; por un lado, como he mencionado previamente, es visible que las actividades relativas a la agricultura, pesca y construcción son realizadas generalmente por los varones, y en ocasiones, estos pueden otorgarle la categoría de deporte al trabajo que realizan, como el caso de la pesca, asociándolo con la diversión y el esparcimiento; mientras que en el caso de las mujeres, el trabajo puede traducirse como una “necesidad” de mantenerse ocupadas y productivas⁴⁸:

Bueno, de lo personal, mi trabajo es el campo, como deporte la pesca, que también es trabajo, pero yo lo veo como deporte, porque la verdad me gusta divertirme y compartir experiencias en eso de la pesca, porque no es lo mismo trabajar en el campo que en la pesca, y no es lo mismo trabajar al aire libre como en el agua, pues, tiene sus diferencias. Entonces creo que, por ahí, es parte del trabajo de nosotros. Parte del trabajo de ella es que hace los tamales [...] (Leobardo, *comunicación personal*, 28 de marzo de 2021, San Pedro Tututepec, Oaxaca).

A partir de lo mencionado por Leobardo considero que es posible observar la relación que Rubin (1986) expresa como las formas a través de las cuales se organiza el sistema sexo/género mediante el trabajo. La autora menciona que estos representan preceptos mediante los cuales las sociedades convierten a la realidad *biológica* en actividades y productos humanos. El trabajo se expresa como uno de estos productos, y su división sexual está sujeta al entendimiento de la *realidad biológica* de cada grupo humano. La concepción sobre el trabajo se diferencia a partir de la división sexual de las actividades entre hombres y mujeres, por lo que, mientras una mujer en Tututepec puede relacionar el trabajo con el

⁴⁸ La noción del trabajo como un espacio de diversión no apareció en los diálogos con las interlocutoras.

cansancio constante, un varón en el mismo contexto lo traduce en una actividad hasta recreativa y de disfrute.

Esta oposición no es fortuita, sino que se desarrolla desde etapas tempranas en la vida de las interlocutoras, esto implica que desde sus infancias inician actividades sexualmente diferenciadas y esto, al mismo tiempo delimita sus funciones en las actividades familiares que a la postre, como mujeres adultas reproducen en sus unidades domésticas:

Sí, de chiquita nos levantábamos temprano con mi mamá porque mi papá también igual se dedicaba al campo. Nos levantábamos a las 5 de la mañana, para ir, yo iba al molino para que mi mamá hiciera temprano sus tortillas, porque mi papá tenía que llevar almuerzo y comida a su trabajo porque se iba temprano. Entonces yo sí iba al molino, hacíamos tortillas con mi mamá, mi mamá hacía pan y yo iba a vender pan, hacía tamales, salía a vender tamales (*Silvia, comunicación personal, 30 de julio de 2021, Tututepec, Oaxaca*).

Lo anterior ejemplifica el aprendizaje de labores feminizadas, como la elaboración de comida, tortillas y tamales, pero también representa un ordenamiento del tiempo en torno a las necesidades de otros, el trabajo de Silvia y su madre destinado al cumplimiento satisfactorio del trabajo en el campo de su padre, es decir, la producción de comida "a tiempo" para que el varón asista al campo y la colaboración de la hija en ese proceso. Por lo tanto, existe una reproducción de saberes feminizados del lugar que ocupan la esposa e hija en el hogar.

Esta experiencia es replicada de forma similar por todas las interlocutoras:

[M]e acuerdo, dice mi mamá que me gustaba mucho jugar con las niñas a que yo era enfermera y así, pero pues ya sabes, de chiquito todo mundo quiere ser que algo en la vida, ya de grande pues cambian tus expectativas y tu forma de pensar. Tampoco me imaginaba siendo mamá, decía que no iba a tener hijos o que nada más iba a tener uno, ¡y mira! Ahora tengo hasta dos niños (*Sarahi, comunicación personal, 1º de agosto de 2021, vía mensajería instantánea WhatsApp*)

Para el caso de Sarahi, sus palabras en el análisis añaden un elemento importante en la construcción de la identidad de las mujeres en torno al trabajo: el cuidado. La expectativa de cuidar a otros incluso desde pequeñas, con actividades asociadas a ello (como la enfermería), se presenta desde etapas tempranas en la infancia. Incluso cuando Sarahi en algún momento rechazó la idea de ser madre, ante las circunstancias de su embarazo a los 18 años, optó por continuar con este y aceptar la maternidad.

Estas configuraciones, como explica Joan Scott (1996), están atravesadas por la relación que existe entre la experiencia tanto masculina como femenina, tanto en el pasado como en el presente, y que, moldean la forma en que el género expresa el significado a la organización y lenguaje simbólico de las mujeres en la comunidad, de tal forma que la *productividad* también se refleja en el cuidado constante hacia otros como una forma de *mantenerse ocupadas* y conformarse como buenas mujeres.

Pero la construcción del sentido de responsabilidad sobre los espacios y otras personas parte de la reproducción de saberes y conductas, como Estela, quien explica que su “necesidad” de mantenerse activa y ocupada proviene de observar a su madre en la misma situación:

Me gusta mucho estar haciendo cosas, no me gusta estar sentada y sin hacer nada porque veo yo que mi mamá, ella es una de las personas, ella ha trabajado mucho, ella fue costurera, borda, este, no sé, hace muchas cosas, entonces yo no aprendí eso (a coser ni bordar), pero digo, si yo no aprendí eso yo tengo que hacer otras cosas, donde yo me mantenga ocupada como lo hace mi mamá, ¿no? Que ella no nomás está sentada nomás por estar sentada, o ver la tele y estar sentada en la hamaca viendo la tele, no, está sentada y sí tiene la tele prendida, quizás, pero está en sus cosas y pues yo siento que ese ejemplo es el que hemos venido nosotros también siguiendo (*Estela, comunicación personal, 14 de julio de 2021, Tututepec, Oaxaca*).

En este caso, aunque Estela no aprendió otras labores que su madre sí realizaba, trata de suplir esa “falta” con otras actividades en su hogar. A través de la idea de “mantenerse ocupada” y no “desperdiciar el tiempo”, Estela termina por reproducir dobles o hasta triples jornadas de trabajo, entre lo remunerado y lo no remunerado, por lo tanto, los *rasgos de género adquiridos socialmente* que no fueron aprendidos en la etapa de la infancia (como el bordado) son *reemplazadas* por otras tareas domésticas. Eventualmente, esta “compensación” cumple con la finalidad de continuar siendo productivas (Benería et al., 1992, p. 72).⁴⁹

La reproducción de las actividades sexualmente diferenciadas permite que dentro de las unidades domésticas exista la delegación de tareas y su valoración corresponde a la “utilidad” y “complementariedad” que aporten al interior de sus hogares (Fagetti, 1995, p.

⁴⁹ En esta concepción, el “descanso” tiene que estar atravesado por alguna actividad en donde pareciera que, en realidad, el trabajo de las mujeres no tiene tregua.

308), pero la idea sobre las mujeres que realizan el trabajo por amor, como el cuidado de los padres,⁵⁰ oculta las jornadas de trabajo incesante que las interlocutoras realizan, una exigencia constante sobre su comportamiento que parece medirse con lo hecho por las generaciones previas a ellas, como sus madres (como expresa el testimonio de Estela).

Resulta evidente que entre más jóvenes se inserten las mujeres a este tipo de tareas, mayor será el grado de especialización en ellas; no obstante, las circunstancias que llevan a las mujeres a iniciar de forma temprana y exclusiva a las labores remuneradas están relacionadas con la deserción escolar y a la postre, el difícil acceso a empleos *formales* y con ello, el acceso a seguridad social y a servicios de cuidados infantiles o salud pública.

Lo anterior aparece en la experiencia que ha atravesado Juana a lo largo de su vida. Juana abandonó la primaria al cursar el tercer grado debido a las burlas constantes por parte de sus compañeros por tener una alteración del habla. Al dejar los estudios decidió dedicar su tiempo completo a elaborar productos para la venta, como el atole o las tortillas, ya que estaba familiarizada con la producción y venta de estos. A la postre, su principal remuneración provendría de las labores domésticas como trabajadora del hogar. Esto remite a los argumentos de Saenz (2016), quien explica que aunque los varones en el capitalismo pueden “liberarse” del trabajo reproductivo, para las mujeres “la propiedad de la capacidad de reproducción se acompaña de la propiedad de la capacidad de producción” (p. 43). Lo anterior no solo se expresa en términos de dobles jornadas, en tanto las mujeres cumplen con un empleo remunerado (formal o informal), sino que ofertan en el mercado un trabajo que equivale prácticamente a los aprendizajes de toda una vida y su socialización como *mujeres* en relación con el trabajo doméstico.

[Empecé a trabajar a los 10 años, después de dejar la primaria] con mi tía L. a hacer atole, *namás* lavar trastes, quebrar maíz, *namás* eso. A trabajar, ahí, a ir a lavar ropa a la gente y ya. A los diecisiete ya me puse a lavar puro ropa de la gente, ajá, de ahí entregar pan de mi hermana, lo voy a dejar a la calle, *namás* pura entrega, aquí en Tutu *nomás*. (Juana, comunicación personal, 14 de marzo de 2021, Tututepec, Oaxaca)

⁵⁰ En su investigación con madres en San Miguel Acuexcomac, Puebla, Fagetti (1995, p. 310) explica que para las mujeres en esa comunidad “no hay como una hija”, pues estas asisten y cuidan a los padres “no solo por deber, sino por el cariño y el respeto que los une incondicionalmente”.

Al dejar la escuela, el único camino que pareció viable para Juana fue el de la aportación económica a su hogar,⁵¹ aunque este tipo de actividades ya las realizaba incluso cuando aún estaba inscrita en la primaria (lo que ella denomina “ayuda” a su madre en la venta de tortillas). A partir del caso de Juana, se observan los puntos convergentes en las interlocutoras sobre un *continuum* de productividad y trabajo en el que pocas veces hay descanso, y cuando existe, regularmente tiene que ver con algún tipo de enfermedad o el embarazo.

Una convergencia más que aparece en la configuración de la productividad tiene que ver con el reordenamiento del arreglo familiar. Para ejemplificarlo retomaré la situación de Balbina. Al migrar su esposo, ella quedó a cargo de la unidad doméstica, lo que la llevó no solo a la administración del envío de dinero por parte de su pareja en Estados Unidos, sino al cuidado de los hijos, al mantenimiento del hogar y a la extensión de sus responsabilidades domésticas con otras unidades, como la que habita su madre:

¡Uh! ¡No! Ya tiene casi 20 años que se fue, ajá, al principio pues sí, fue difícil, me quedé yo sola con los niños, y mandaba dinero, con eso hicimos la casa de losa, pero con el tiempo cada vez se hacía menos, a veces mandaba, a veces no, luego F. se fue y pues ya con eso nos ayudaba un poco (*Balbina, comunicación personal, 2 de agosto de 2021, vía mensajería instantánea WhatsApp*).

Al ser *la esposa* del migrante, Balbina se enfrenta no solo a la diversificación de actividades para sostener a sus hijos y familia, sino también al escrutinio público sobre *dónde está* y *qué está haciendo*, ya que, al migrar su pareja, se convirtió en una mujer sola con un esposo en el extranjero. En este sentido, los efectos del reordenamiento familiar suelen ser diferenciados, en tanto para los varones puede representar mayor movilidad y *libertad* en el sitio al que se mudaron, pero para las esposas de los migrantes implica la asunción de varios roles y la vigilancia constante sobre su comportamiento en la comunidad como una forma de control sexual (da Gloria, 2000, p. 103).

La experiencia de Balbina ilustra cómo la *productividad* se convierte en la cualidad para nombrar a las *buenas mujeres y esposas*, porque estas son las que se mantienen ocupadas

⁵¹ Esto también tiene una connotación de clase, Juana *tiene que* comenzar a mantenerse por sí misma y proveer de forma remunerada al hogar al no estudiar.

en *lo que les corresponde*: los hijos, el hogar, sus padres y el trabajo remunerado. La productividad configura un imaginario sobre las mujeres que determina el *continuum* del trabajo que realizan día con día, aunque se sustenta en un modelo esperado de feminidad, es necesario destacar que el hecho de que las interlocutoras se mantengan en constante movimiento para solventar a su unidad doméstica con cuidados y remuneración tiene que ver también con los espacios racializados que habitan, como San Pedro Tututepec, un municipio con acceso insuficiente a servicios básicos (como agua potable, luz, alcantarillado, entre otros), carencias en los servicios de salud, pobre infraestructura en telecomunicaciones y transportes y con programas sociales dirigidos a *la participación de las mujeres*, que muchas veces implican un aumento en las cargas de trabajo de éstas (da Gloria, 2000, p. 105).

3.1.2 Migración y reordenamiento del arreglo familiar

La migración, específicamente la migración rural-urbana, es un fenómeno estructural que se constituye en un contexto organizador de la producción dentro del sistema económico capitalista que abarca a los diversos estratos sociales en México (Arizpe, 1978, pp. 30–33), regularmente, esta se da debido a las condiciones precarias que la población *rural* atraviesa ante condiciones desfavorecedoras de la agricultura en el campo mexicano. De acuerdo con Lourdes Arizpe (1978) los flujos migratorios en América Latina comparten algunas características en común:

[C]ampesinos empobrecidos, así como de jóvenes en busca de empleo o de movilidad social, que se trasladan a las ciudades donde encuentran acomodo, a lo menos, en el sector industrial, y, los más, en los servicios y en ocupaciones marginales. (p. 33)

A su vez, la elección de destinos migratorios, como Estados Unidos, no es azarosa. La división del trabajo está sustentada también en un sistema excluyente que incide en las formas de trabajo a través del control de recursos y productos, lo cual segmenta a los países (y las zonas dentro de éstos) de acuerdo con su posición en la colonialidad del poder: los “blancos” como dominantes y *centros* y los de “color” como dominados y *periferias* (Quijano, 2013, pp. 146–147).

Aunado a ello, las dinámicas de estos movimientos migratorios denotan particularidades que develan las relaciones de poder en la *decisión de migrar*, ¿quién migra? ¿Quiénes se quedan? ¿Y por qué? De esta manera, la migración no solo se inserta en un engranaje estructural que reordena a los sectores productivos en los destinos migratorios, sino que también reconfigura y reordena a los espacios de los que parten, en especial, aquellos en donde comparten los vínculos con sus familias.

Abordar a la migración resulta importante porque todas las interlocutoras han tenido una experiencia directa o indirecta con ésta a lo largo de sus vidas, pero también, porque la migración permite nuevos acomodos y negociaciones en los arreglos familiares: ¿Por qué *unos* se van? ¿Por qué *otras* se quedan? Estas interrogantes delatan un orden de género que se perpetúa a través de la migración de los varones, en donde ellos asumen la proveeduría (aparentemente) exclusiva y las mujeres *parecen* tener una participación pasiva en el arreglo familiar; no obstante, esta redistribución del trabajo simula una “no contribución” de las mujeres *que se quedan* en la subsistencia y mantenimiento de la familia.

Aunque las cinco mujeres han tenido algún tipo de acercamiento con la migración, solo tres de las interlocutoras conforman arreglos familiares derivados de la partida de uno o más integrantes de su unidad doméstica. En este apartado abordaremos los casos de Estela, Balbina y Sarahi.

3.1.2.1 “Bueno, por lo menos un hijo, así yo me dedico a eso...”: cuidado y control sexual de la mujer que no migra

Estela se mudó a la Ciudad de Oaxaca de Juárez cuando tenía 18 años para estudiar Ingeniería en Agronomía en el Instituto Tecnológico del Valle de Oaxaca. Esta situación representó un cambio significativo en su forma de organización familiar, pues pasó de un entorno donde se encontraba rodeada de sus padres y hermanos, a otro donde se hallaba sola y en residencia con personas distintas a las de su núcleo central.

Durante la licenciatura conoció a quien, a la postre, se convertiría en su esposo. Poco después de finalizados los cuatro años en la universidad, decidieron vivir juntos. Nuevamente, Estela se encontraría ante *otro* arreglo familiar que definiría pautas distintas, ya no como hija y hermana, sino ahora como pareja.

Cuando yo vivía con él, pues, ahora sí que, si yo estaba trabajando, él lavaba la ropa ¿no? Si él trabajaba yo lavaba la ropa. Era algo así como que, *hm*, en igualdad de condiciones. Sí, o sea, y si yo llegaba tarde y él llegaba temprano, pues él hacía comida, si no, yo, y así, pues nunca de que “Ah no, es que yo voy a esperarte porque hasta que tú llegues vas a hacer la comida” y no, no era así [Risas]. Pues incluso creo que la mayoría de las veces él hacía esas cosas más que yo, porque te digo que mi trabajo era muy, muy... muy complicado, no, no sé cómo era, pero me llevaba mucho tiempo ¿no? El trabajo no, no me dejaba casi ni respirar y pues él hacía todo, todo, casi todo... Yo sí, pero fines de semana, a veces, o en semana nomás hacía yo, pero sí, la mayoría era para él (*Estela, comunicación personal, 14 de julio de 2021, Tututepec, Oaxaca*).

Al respecto, Estela menciona que las tareas domésticas en la convivencia diaria se repartían de forma equitativa, puesto que las labores remuneradas de ambos les *impedían* tener horarios o actividades específicas para delegarlas en alguno de ellos. Lo anterior no exime la existencia de relaciones de poder derivadas del género al interior de la unidad doméstica, ya que estas se harían *visibles* de forma contundente cuando la pareja de Estela obtuvo la oportunidad de migrar hacia los Estados Unidos como parte de una iniciativa en su empleo remunerado:

Cuando le salió la oportunidad **lo platicamos** ¿no? Fue muy difícil porque no sé, yo siento que cuando encuentras una pareja con la que te identificas, o no sé, tienes una muy buena comunicación, pues sí es muy difícil ¿no? (*Estela, comunicación personal, 14 de julio de 2021, Tututepec, Oaxaca*).

Estela explica que la decisión fue tomada por *ambos*, con la idea de cumplir con las metas a largo plazo, en especial la construcción de una casa en el campo y el fondo de ahorros para los hijos en el futuro:

Entonces pues sí, lo platicamos y dice “No pues es que...” Siempre con la idea de que “Es que vamos a hacer otras cosas ¿no?” y vamos a hacer una casa, no sé, cosas pensando en el futuro y entonces, pues vamos a intentarlo y si el primer año te va bien, pues adelante ¿no? No pasa nada [...] [Pasaron] seis meses que se fue y estuve sola, me quedé en Oaxaca y ya después, cuando fue muy difícil, muy difícil, sí, me costó mucho acostumbrarme yo sola, porque ya teníamos una rutina allá en Oaxaca... (*Estela, comunicación personal, 14 de julio de 2021, Tututepec, Oaxaca*).

Ante la partida de su pareja decidieron casarse legalmente con premura, para que de esta forma ella pudiera obtener los permisos necesarios para acompañarle o visitarlo si fuera necesario. No obstante, con la migración de su esposo, Estela comenta que los primeros meses fueron realmente difíciles para ella, pues “no se hallaba sola” en la casa que habitaban. Ante esto, tomó la decisión de utilizar su periodo vacacional para visitar a sus padres durante un mes en el primer trimestre de 2020, pero esto coincidió con el inicio de la pandemia por SARS-COV2 y el cambio en su modalidad de trabajo de forma presencial a virtual, por lo que decidió mudarse de nuevo con sus padres, al menos mientras su empleo remunerado lo permitiera.

Como explica Antonella Fagetti (1995, p. 326), la migración de alguno de los miembros de la familia, en específico los varones, marca procesos y fases de reajustes en las unidades domésticas, sobre todo en cuanto a la organización del trabajo y a las relaciones familiares que se ven afectadas por la partida de estos. De esta forma, la migración del esposo de Estela planteó un reordenamiento en su vida y una redistribución del trabajo que normalmente realizaba, mientras que con su pareja el trabajo del hogar y remunerado eran actividades dirigidas de forma casi exclusiva entre ambos, al mudarse de nuevo con sus padres sus labores aumentaron, puesto que ahora ya no solo tenía *un* empleo remunerado sino varios, con el establecimiento en conjunto con su madre de una miscelánea (que atiende Estela), las tareas domésticas y el cuidado tanto de la casa que volvió a habitar como el cuidado de sus padres, que recae sobre ella.

Al quedarse *sola*, Estela explica que sus sentires concordaban con el *abandono* y *desolación*. Ante ello, le pedía a su esposo que “aunque sea tuvieran un hijo” antes de que él se fuera, para que ella “pudiera ocuparse de algo”:

No teníamos hijos y yo decía “Bueno, por lo menos un hijo” así yo me dedico *a eso* y ya no me voy a enfocar en otra cosa, solo mi trabajo y mi hijo y así, pero dije “Bueno no, está bien” ... Todavía somos jóvenes, hay muchas cosas que hacer y pues, adelante, que se vaya (*Estela, comunicación personal, 14 de julio de 2021, Tututepec, Oaxaca*).

Al respecto, María da Gloria Marroni (2000, p. 111) explica que existe un nexo importante entre maternidad y control de la sexualidad femenina que se exagera ante la ausencia del esposo/pareja migrante. En este sentido, *tener un hijo* se convierte en un garante

de control y fidelidad por parte de la mujer que se queda ante la figura ausente de la pareja que migra. Estela cimienta parte de su identidad como mujer en San Pedro Tututepec en la acción de *convertirse en madre*;⁵² no obstante, ante la falta de un hijo propio expresa su deseo de cuidado hacia otras infancias, que termina por convertirla en *madre social*, contribuyendo nuevamente a la reproducción social y el rol femenino en la comunidad:

A mí me gusta *ayudar* a los niños, o sea, a veces no económicamente, pero yo digo “¡Ay! ¡No! Es que ese niño...” No sé. Me gustan los niños cuando tienen cinco, seis, siete, ocho años, porque luego digo, es que no pueden hablar bien los que tienen cinco, no pueden pronunciar la “r” y hay muchos niños que van ahí [a su tienda] y se quedan un rato porque les estoy diciendo “A ver, repite conmigo” y empiezan a, no sé, me llama[n] mucho la atención los niños, aunque yo, yo todavía no tenga pensado ser mamá (*Estela, comunicación personal, 14 de julio de 2021, Tututepec, Oaxaca*).

Además de la expresión de cuidado hacia las infancias en la comunidad, el regreso de Estela al hogar materno y paterno representa un vuelco en su rol como la cuidadora de sus padres, como expresa Fagetti (1995, p. 310) las *hijas* terminan por perpetuar un rol de cuidadoras de sus padres, en tanto les une el cariño hacia estos, pero también el *deber* y *respeto* que les tienen. Por lo tanto, la valoración del trabajo de los hijos e hijas tiene connotaciones diferenciadas, suele ser más fácil para los varones desprenderse de los vínculos que *le atan* a la unidad familiar de origen, mientras que para las mujeres es imprescindible que para conformarse como *buenas hijas* permanezcan en contacto y prestando atenciones/cuidados a los padres. Esto se refleja en el curso de vida de la familia de Estela, puesto que, tanto ella como Silvia, continúan en la comunidad prestando cuidados a sus familias, mientras que sus hermanos migraron desde años atrás hacia otras partes de México y Estados Unidos y ocasionalmente cumplen con un rol de proveeduría hacia sus padres.

Así, la migración representa un proceso que perpetúa los órdenes de género en la comunidad, ya que vuelca a las mujeres a cumplir con roles que las caractericen como buenas esposas, hijas y madres a ojos de la población. La ausencia del varón repercute en la

⁵² Fagetti (1995, p. 307) expresa que “Criando a sus hijos, las mujeres se recrean y perpetúan a sí mismas; por medio de la maternidad se realizan como seres humanos”. Añadiría que no es solo a partir del embarazo mediante lo cual las mujeres encuentran *formas de matemar*, como lo demuestra el caso de Estela, es posible continuar con el rol de reproductora social aun cuando no se tengan *hijos propios*.

distribución del trabajo de las mujeres *que se quedan* y el cuidado del “honor” como una forma de control social para ellas (Fagetti, 1995, p. 305). Estos procesos repercuten en la forma en que las mujeres constituyen sus labores con sus unidades domésticas y también en la “respetabilidad” de quienes se quedan: las *buenas* mujeres con parejas migrantes vuelcan sus afectos y cuidados hacia los hijos, y si estos no existen, hacia los padres u otros niños.

3.1.2.2 “Y yo ¿para qué voy?” Madres y abuelas que se quedan

Sarahi y Balbina atravesaron una experiencia de migración que reconfiguró a su unidad doméstica de origen, habitada por Balbina, su esposo, Sarahi y su hermano F., esta situación modificó las pautas del arreglo familiar que conformaban. Tal experiencia se suscitó, en primera instancia, por la migración del esposo de Balbina (padre de Sarahi y F.), quien se mudó a Estados Unidos cuando Sarahi y F. aún eran muy pequeños, Balbina expresa que la motivación de esto fue la búsqueda de un mayor ingreso monetario a la familia:

Se fue, que para ganar un poco más de dinero y que no nos faltara nada. Sí, mucho rato nos anduvo mandando dinero, pero cada vez tardaba más, ahora a ella que le manda [a Sarahi], que si los niños necesitan algo [sus nietos], o que hay fiesta, que el cumpleaños, pero para mí ya casi nada (*Balbina, comunicación personal, 2 de agosto de 2021, vía mensajería instantánea WhatsApp*).

El ingreso de “mayores montos”⁵³ de dinero por parte del esposo de Balbina representó una inversión en el mejoramiento de la vivienda, puesto que lograron construir con materiales de mayor resistencia el hogar que habitaban, pero esta “nueva” entrada monetaria no significó que Balbina dejara de trabajar o se mantuviera en un estatus *pasivo* dentro del arreglo familiar, por el contrario, como explica da Gloria Marroni (2000, p. 99), la ausencia de su esposo la llevó a la asunción y ejercicio de la jefatura de familia *de facto* y a la búsqueda activa de mayores ingresos para la familia, puesto que con el tiempo, los

⁵³ Esta situación fue frecuente durante la infancia de Sarahi y F., sin embargo, con la migración de F. el envío de dinero comenzó a espaciarse cada vez más, hasta llegar a ser *casi* exclusivo de “fechas especiales” como cumpleaños o graduaciones de los hijos de Sarahi.

recursos que su pareja enviaba comenzaron a volverse más esporádicos e insuficientes para la manutención de la familia.

Con el paso de los años y al terminar la secundaria, F. decide migrar también. Con la ayuda de su padre logró obtener *papeles* y viajar hacia Estados Unidos de forma legal. Sarahi y Balbina explican que sus motivaciones fueron tanto por *deseo personal* como para apoyar al ingreso familiar, esto puede traducirse también como el establecimiento incipiente de una “tradicción migratoria” en la que comúnmente cuando el padre migra, los hijos varones también toman esta decisión y ello puede derivar en *el olvido* y *abandono* de las hijas, madres y abuelas que permanecen en la comunidad (da Gloria, 2000, p. 104).

Al quedarse solas, Sarahi y Balbina tuvieron que ampliar sus roles en la unidad doméstica, la migración de los dos varones las convirtió en administradoras del ingreso familiar, jefas de hogar, proveedoras y cuidadoras principales, a su vez, esto incidió en la cantidad y diversificación del trabajo que tuvieron/tienen que realizar tanto dentro como fuera de sus unidades domésticas (da Gloria, 2000, p. 103) (Fagetti, 2000, p. 123). Estas disparidades se acentuaron con el nacimiento de los hijos de Sarahi y el flujo de dinero cada vez menor que enviaba el esposo de Balbina, puesto que ahora pasaron a ser cuatro integrantes nuevamente, de los cuales dos (los hijos de Sarahi) requieren de cuidados constantes. Ambas tendrían que afrontar esta situación como madres solteras y con un ingreso de remesas cada vez más pequeño.

Durante el trabajo de campo, una de las dificultades fue tratar de coordinar las entrevistas tanto con Sarahi como con Balbina, no porque no tuvieran la disposición para hacerlo, sino porque todo el tiempo se encontraban ocupadas: Sarahi entre el trabajo remunerado y el cuidado de sus hijos y Balbina tanto en la venta de productos elaborados como en el cuidado de su madre, los hijos de Sarahi y el hijo de su hermano (su sobrino)⁵⁴:

[Sobre cuándo puedo hablar con su madre, Balbina] *Pz*⁵⁵ depende porque como mi abuela cuida al hijo de mi tío D. como su mamá trabaja también y *pz* mi mamá se va a cuidarlo también desde temprano ya cuando llega su mamá ya se baja mi mamá a la casa, llega en la

⁵⁴ Entraré en detalle sobre los cuidados que brindan las mujeres en el apartado sobre *Un circuito de trabajo que no acaba*.

⁵⁵ “Pues”

tarde (Sarahi, comunicación personal, 1º de agosto de 2021, vía mensajería instantánea WhatsApp).

Balbina divide su tiempo en diversas ocupaciones que le permitan generar alguna remuneración y que, además, pueda compaginar con el cuidado hacia otros miembros de su familia. La disminución del envío de dinero por parte de su esposo ha modificado la forma en que se desarrolla el consumo y producción en la unidad familiar, ya que esto las ha llevado a la búsqueda de actividades remuneradas que sean realizables desde los espacios domésticos en donde al mismo tiempo proporcionan cuidados.

La migración del esposo de Balbina supuso un reordenamiento en la composición del hogar, en donde ella tuvo que posicionarse como la jefa de familia y hacerse cargo de la administración del dinero que recibía procedente de Estados Unidos; con la migración de F., la organización y subsistencia de la unidad doméstica quedaría -casi- de forma exclusiva entre Sarahi y su madre. De esta forma, la migración se convierte en un “potencial disruptor de la organización y estructura de los hogares” que modifica los patrones de residencia “deseados” y que además involucra concepciones en torno a la jerarquía de quienes componen a la unidad doméstica y la delegación de actividades respecto de la división sexual del trabajo (Muñoz, 2000, pp. 159–160).

3.2 Un circuito de trabajo que no acaba

Para comprender el circuito ampliado del trabajo, es preciso conceptualizar los arreglos familiares, los cuales refieren a la forma en que la *familia* vive, es decir, el tipo de familia que se conforma (Zavala, 2011) (González, 2006) (López et al., 2010). En este sentido, los arreglos familiares sostienen la reproducción y la subsistencia de la unidad doméstica, puesto que distribuyen el trabajo en el hogar de acuerdo con la posición que las personas ocupen en éstos. Precisamente estos arreglos derivan en el trabajo necesario para preservar a sus integrantes, y esta división, a su vez, está genéricamente diferenciada, porque las actividades se asignan sobre una división sexual del trabajo, de tal forma que la posición que las

interlocutoras ocupen en el arreglo familiar (hijas, madres, esposas) delinea el trabajo que realizan y sus *obligaciones* con su unidad doméstica.

La manera en que las interlocutoras denominan lo que consideran trabajo (o no) está mediado por sus experiencias en el ciclo vital. De las cinco mujeres, cuatro, a excepción de Sarahi, significaron sus actividades remuneradas y domésticas como *trabajo*:

Ajá, a poner café, pongo café, de ahí me voy a la calle a comprar para el almuerzo [...]. A veces, ya, me voy a la calle a comprar a ver qué cosa hay, para hacer comida... No aprendí a hacer el pan, mi hermana, ella hace pan, a mí me gusta el *bollo*, pero no me gusta hornear, mucho calor. A mí me gusta hacer bollo, a veces mi hermana tiene chamba y, hace compromiso pues, a veces 3, 4, 5 kilos [...] Digo pues, yo, yo a veces, pues, **mi trabajo es mi trabajo**, entonces, es toda la semana (*Juana, comunicación personal, 14 de marzo de 2021, Tututepec, Oaxaca*).

Juana explica a través de sus palabras la caracterización que Juárez-Acevedo (2020) hace del trabajo, que define como toda aquella actividad física que conlleve un esfuerzo; de esta forma, prácticamente cualquier labor que implique un desgaste-esfuerzo físico, mental, e incluso emocional puede ser denominada trabajo.

No obstante, esta configuración cambia cuando se habla de las *funcias*, puesto que, aunque las interlocutoras reconocen que se va a *trabajar* y que representa un cansancio físico, lo nombran una *ayuda*. “Voy a ayudar a la funcia” “voy a acompañar”, son las frases comunes cuando se enteran de este evento. En este sentido, la conceptualización del trabajo cambia en tanto se hace a manera de reciprocidad, de cuidados, de afecto y de socialización (y hasta de goce) de quienes participan de la funcia. Eventualmente, al ser la funcia una forma más del trabajo forma parte del circuito ampliado de éste.

Así, el circuito ampliado del trabajo se inserta como parte de la división sexual del trabajo que deriva de los arreglos familiares en las unidades domésticas de las interlocutoras. Por lo tanto, el objetivo de este apartado es analizar la conformación de los elementos del circuito a través del análisis del continuum del trabajo en la vida de las interlocutoras. De esta forma, defino al *circuito ampliado del trabajo* como un proceso que tiene su punto de reinicio al comienzo de cada día para dar partida a las actividades cotidianas (trabajo doméstico, de cuidados, remunerado y el descanso). Dentro de este circuito, el descanso no

lo percibo como un ente aislado y opuesto al trabajo, sino como un espacio necesario para continuar con las actividades restantes.

Estas actividades se encuentran ligadas a la división sexual del trabajo e interrelacionadas con otros factores, como el ciclo vital de la unidad doméstica. En palabras de David Robichaux (2007), la conformación familiar (y por ende, los arreglos familiares) está ligada a procesos y no “situaciones dadas” y estáticas: de “acuerdo con la tradición cultural de la que se trate, en distintas etapas del ciclo [familiar]⁵⁶ pueden observarse grupos domésticos de tipo nuclear, extenso u otros” (2007, p. 33). Por lo tanto, en el caso de Tututepec, el componente étnico aparece al observar la forma de organización familiar,⁵⁷ como es el caso de Juana, que, como madre soltera, vive con sus padres, hermana y sobrinos en una “*familia extendida*”; sin embargo, esta situación se repite con el caso de Sarahi, quien vive con Balbina, su madre, y que también es madre soltera, por lo que se puede observar una especie de “*patrón*” con las interlocutoras que maternan sin una pareja. Considero que, aunque este tipo de arreglo está ligado a una cuestión económica (no pagar una renta, por ejemplo), también responde a una necesidad de cuidados a las infancias que puede ser suplida o auxiliada por las abuelas u otros integrantes de la unidad doméstica cuando se es madre soltera.

Los arreglos familiares también están organizados de forma etaria. En un breve recuento de sus vidas, las interlocutoras reconocen que el trabajo infantil ha sido una constante en la comunidad; sin embargo, este trabajo también presenta sus matices, mientras que las niñas regularmente aprenden el oficio de tortilleras a muy temprana edad, los varones aprenden a trabajar el campo y el sembradío.

Por ello, es común encontrar en las entrevistas con las interlocutoras la alusión a sus funciones como niñas, la colaboración con las labores de sus padres y madres es fundamental

⁵⁶ Fortes (1970; 1958) identifica tres etapas en la conformación familiar: expansión, que responde al crecimiento del núcleo familiar e inicia con la formación de una pareja y hasta el nacimiento del último hijo o hija; dispersión o fisión, en la cual los hijos abandonan el hogar para formar sus propios núcleos; finalmente, reemplazo o sustitución, cuando la pareja fallece y es sustituida o reemplaza con otra (Fortes 1970; 1958 citado en Robichaux 2007).

⁵⁷ Con el *componente étnico* hago referencias a elementos que forman parte de la identidad cultural de la población en San Pedro Tututepec.

para que las familias *subsistan*.⁵⁸ Las *funciones* de los y las integrantes de las unidades domésticas no solo se rigen por una división sexual, sino también por una etaria, que cambia de acuerdo con el momento en el que se encuentra la unidad familiar y el crecimiento de los y las integrantes.

3.2.1 El descanso

Al igual que ocurre con *el trabajo*, es difícil conceptualizar al descanso solo como la ausencia de una actividad. Ambos conceptos están ligados al uso del tiempo y comparten características racializadas⁵⁹ y generizadas. Por ello, para esta sección entiendo al *descanso* no como la oposición al trabajo, sino como un momento que forma parte del circuito y que otorga un espacio de relativa tranquilidad antes de reanudar las actividades -principalmente- físicas.

De esta forma, el objetivo de este apartado es explicar que dentro de la conceptualización del *circuito ampliado del trabajo* el descanso no se observa como un elemento en oposición al trabajo, sino como uno necesario para su continua reproducción. En este sentido, el trabajo mismo presenta diversas dimensiones y se encuentra atravesado por el cuidado y el uso del tiempo, lo cual se observa en las siguientes líneas:

Sí, yo descanso, yo cuando llego de vender yo descanso, yo me meto en la hamaca y me duermo una hora, yo me duermo y hasta después me levanto y ya hago todo mi quehacer y a las dos o tres de la tarde cuando acabo de comer si me da sueño me siento de nuevo, sí yo así, sí descanso porque si no, no aguanto todo el día. Tenemos que descansar dentro del día

⁵⁸ Pensar que los arreglos familiares solo existen en tanto la unidad doméstica requiere subsistir mediante la entrada de dinero limita la posibilidad de ampliarlos y descentrarlos de la economía monetarizada. Por ello, propongo que la subsistencia no sea pensada solo en estos términos, sino también en los de reproducción y cuidado, puesto que los arreglos familiares, además, fungen como una forma de reproducción de valores, creencias, formas de vida y mantenimiento del circuito ampliado del trabajo. Para algunas interlocutoras la extensión de las jornadas de trabajo se considera como una herencia, como un valor cultural rescatado (aprender a tejer, bordar o trabajar el campo). Su expresión no está limitada a la introducción de dinero a la unidad doméstica, sino que se amplía al cuidado y a las redes de parentesco en la comunidad.

⁵⁹ Podríamos cuestionarnos si el descanso ha sido el mismo a lo largo de la historia. Sería interesante el cuestionamiento en torno a la instauración de los husos horarios o de los sábados y domingos como los días “idóneos” para el descanso del trabajo remunerado.

una hora y media o dos horas. Yo descanso (*Guadalupe, comunicación personal, 31 de marzo de 2021, Tututepec, Oaxaca*).

Los diálogos con Guadalupe me permiten conceptualizar a un elemento indisoluble del *círculo ampliado del trabajo*: el descanso. Ella menciona que necesita descansar, de otra forma no podría continuar con su trabajo a lo largo del día. Este descanso no es un *momento aislado*, sino que forma parte de las actividades que ella tiene en cuenta para el transcurso de sus días; este se vuelve un requisito para continuar con el trabajo que aguarda, puesto que, al ser un círculo, no concibe final, sino un punto de reinicio constante de actividades para la producción/reproducción.

Dentro de este círculo, el descanso no se observa como un elemento construido en oposición al trabajo, sino como una parte fundamental para realizar las actividades cotidianas. Además, los pequeños espacios que podrían dar un alivio de la carga de trabajo son ocupados para cumplir con otras actividades, esto es lo que se denominan como dobles jornadas de trabajo (Pérez, 2006, p. 31):

[Y]o muy temprano me vengo a la tienda, cuando no tengo clientela procuro subir a mi casa, limpiar, hacer la comida, lavar y luego... al mismo tiempo estoy atendiendo. Por lo regular mis tiempos de descanso son en la tarde, como a las cinco de la tarde, pues ya. Luego llega mi esposo y ya me *ayuda* (*Silvia, comunicación personal, 30 de julio de 2021, Tututepec, Oaxaca*).

El trabajo remunerado *principal* de Silvia es el de ser dependiente de una tienda de abarrotes. Esta *decisión* la tomó en conjunto con su pareja para que ambos construyeran este espacio que les permitiera generar ingresos extra y que ella se encargara de atender ya que está a escasos metros de su casa. Su esposo, por su parte, tiende a ser menos partícipe del trabajo en la tienda de abarrotes, puesto que cuenta con sus labores del campo, y por lo regular se “desocupa” hasta el fin de semana.

Estos espacios que Silvia nombra como “descanso”, en realidad responden a una continuación del trabajo en otra de sus dimensiones: la doméstica y de cuidados. “*Al mismo tiempo*” encierra una diversificación de espacios y tiempos que una sola mujer cubre para solventar el funcionamiento de su hogar y la entrada de dinero a éste. El trabajo no descansa, por el contrario, se amplía, se extiende y se superpone con las actividades a realizar durante las jornadas diarias.

Las interlocutoras expresan un cumplimiento constante de sus labores remuneradas y no remuneradas que implica un sacrificio de sus horas de esparcimiento (Benería et al., 1992, p. 157):

No, yo como a eso de las tres, o cuatro [de la tarde] a veces yo ya estoy aquí en la casa, ya no salgo, ya me quedo aquí en la casa. Los domingos, como hoy, apenas llegué, fui a la *funcia*, y este, y ya, me senté y ya [...] (Juana, *comunicación personal*, 14 de marzo de 2021, Tututepec, Oaxaca).

Para Juana, sus labores de trabajo remunerado suelen ser jornadas de lunes a sábado, lo que deja “libre” el tiempo que tiene para ella los domingos; sin embargo, como se aprecia en su testimonio, estos momentos que podrían ser aprovechados como esparcimiento son utilizados para complementar otras formas de trabajo y acompañamiento comunitarios, como las *funcias*.

De esta manera, las dimensiones del descanso se encuentran fuertemente ligadas a las del trabajo, tornando su relación indisociable, por lo tanto, para las interlocutoras los espacios de *descanso* derivan en periodos de compensación de trabajo: descansar implica estar en la hamaca mientras se borda, es estar sentada mientras se observa a los niños jugar (cuidado) y es acompañar a la comunidad en las *funcias*. El descanso, en este sentido, remite a un periodo de relajación que permite continuar con las jornadas diarias y dan paso a los demás elementos que componen al circuito ampliado del trabajo.

3.2.2 El trabajo de cuidados y el trabajo doméstico

A lo largo de la tesis he expresado dos lineamientos que refieren al cuidado, el primero tiene que ver con una *lógica de cuidados* que atraviesa a todo el circuito ampliado del trabajo. A este lo conceptualizo desde la visión de Guimaraes, Hirata y Posthuma (2020), quienes sostienen que, en vez de hablar de trabajo doméstico, se le nombre como “cuidado del espacio doméstico”, en referencia al lugar en donde se desarrolla. En este sentido, utilizo este punto de partida para expresar que *la lógica de cuidados* atraviesa a todas las dimensiones del trabajo en la vida de las interlocutoras y se inserta como un eje transversal en el circuito

ampliado, puesto que es un elemento que brinda cuidado, afectos y cuerpo a los **espacios** en donde se desarrolla el trabajo.

Precisamente en estas dinámicas se inserta el aspecto de los “afectos” en la *lógica de los cuidados*, donde estos no solo son dirigidos hacia las personas, sino también a los espacios como un conjunto de lugares habitados/visitados y en los cuales se pretende preservar la reproducción social (y el lugar físico) a largo plazo (Guimarães et al., 2020, p. 94) (Peralta, 2000, p. 7).

Por otro lado, cuando hablo sobre *el trabajo de cuidados* hago referencia al despliegue de actividades relativas a los afectos, a la corporeidad, que no son remuneradas y que están dirigidas a satisfacer las necesidades propias y de **otras personas** dentro y fuera de la unidad doméstica (Carrasco, 2011) (Carrasco et al., 2011) (Picchio, 2001).

En este sentido, este apartado analiza, a través de la experiencia de las interlocutoras, cómo el trabajo de cuidados se ensambla en una dinámica de *continuum* del trabajo, que a su vez posee características *generizadas*, como el hecho de que recaiga mayoritariamente en las mujeres y/o que se realice en dobles o triples jornadas. Como mencioné en el apartado anterior, cuando se habla de tiempos destinados propiamente al descanso, estos también suelen ser referidos a trabajo de cuidados:

Yo lo que hago es, en mis tiempos libres, ahora sí, que tengo de descanso, yo voy con mi mamá porque mi mamá pues no vive aquí cerca de mi casa, entonces me voy porque allá está mi mamá y mi hermana, entonces ya convivo un rato con ellas (*Silvia, comunicación personal, 30 de julio de 2021, Tututepec, Oaxaca*).

El descanso comúnmente implica realizar un mínimo de labores, tanto domésticas como de cuidados (Benería et al., 1992, p. 156). Como se ejemplifica en el testimonio antes presentado, la convivencia de Silvia con su hermana y madre en sus espacios de *descanso*, remite a actividades de cuidado, en tanto su presencia reconforta a quienes visita, de tal forma que esto representa un cruce de afectos, pero también uno en el cual se ofrece la *ayuda* a otra unidad doméstica.⁶⁰

⁶⁰ Como se expresa en este párrafo, los componentes del circuito ampliado del trabajo se encuentran fuertemente interconectados, por lo que su separación expresa fines analíticos y de ordenamiento para quien lea.

Como se observa, este trabajo de cuidados no se expresa solamente hacia los miembros de la unidad doméstica en la que se reside, sino que se extiende hacia otras unidades domésticas con las que se tienen relaciones familiares, específicamente sobre las mujeres que son hijas y continúan residiendo en la comunidad. Esta situación se repite con las demás interlocutoras: Estela (hermana de Silvia) que decidió vivir con sus padres nuevamente, lo que además implicó el cuidado de dos personas adultas mayores (sus padres); Juana, quien reside con sus padres⁶¹ hermana, hijo y sobrinos, se encarga de *los mandados*, labores domésticas y el cuidado de su madre, quien está enferma; Sarahi y Balbina, quienes viven juntas y tienen a su cargo el cuidado (ambas) de los hijos de Sarahi (sobre todo en periodos en los cuales Sarahi tiene empleo fuera de la unidad doméstica) y aunado a ello, Balbina, quien divide su tiempo entre el cuidado de sus nietos y el de su madre.

El trabajo, la unidad doméstica y los arreglos familiares sostienen una relación en la que se retroalimentan la una a la otra. En estas se manifiestan las diferencias de género con sus respectivas relaciones de dominación y subordinación, expresadas en las actividades delegadas a las mujeres mediante la división sexual del trabajo que subyace a los arreglos familiares (Benería, 1981, p. 73). Esto explica cómo el trabajo de cuidados termina siendo realizado casi de forma exclusiva por las mujeres, quienes quedan a cargo de los hijos, los padres y de sí mismas en la comunidad.

El trabajo de cuidados que realizan las interlocutoras también suele extenderse a otras personas que no pertenecen a la familia, como una especie de trabajo de cuidados comunitario⁶², como lo presenta Estela:

Incluso ahora que fue el día del niño yo les hice algo a los niños ahí, porque le digo a mi mamá: “Mami, no sé, me divierto mucho con los niños y se me olvida, se me olvida todo”. No sé, todo, mi trabajo, mis cosas. Incluso a veces si tengo algún problema, no sé, de mi mismo trabajo, se me olvida y digo “Ahorita lo voy a hacer”, como quiera, solución tiene, y ya, me pongo con ellos. Sí, eso es lo que me gusta (*Estela comunicación personal, 14 de julio de 2021, Tututepec, Oaxaca*).

⁶¹ En noviembre de 2021 la madre de Juana falleció. Era ella, en conjunto con su hermana E. quienes se encargaban de proveerles de cuidados y atenciones a sus padres.

⁶² Se abordará con mayor detalle en el apartado de *La Funcia*.

De esta forma, el trabajo de cuidado que Estela canaliza hacia las infancias en la comunidad está relacionado también con el hecho de no ser *madre*, y tener *el tiempo disponible* para dedicarle a otros espacios y personas. El tiempo que las interlocutoras dedican a cada uno de los elementos del circuito ampliado del trabajo tiene un nexo con la cantidad de hijos y personas a su cuidado que tengan, pues derivado de ello destinan las actividades en las que se ordenará su vida, por ejemplo, entre más pequeños estén los hijos, estos requerirán de mayor cuidado y atención (Benería et al., 1992, p. 153), como es el caso de Sarahi, y en su contraparte, estará Estela, quien no tiene hijos, o Silvia, cuyos hijos realizan ciertas labores en el hogar de forma autónoma y no requieren de una atención constante.

Aunque es difícil disociar el trabajo doméstico del trabajo de cuidado, trataré de conceptualizar al segundo como las acciones realizadas para el mantenimiento del hogar (propio y ajeno) y que tiene que ver con el aseo y administración del espacio (Carrasco et al., 2011, pp. 31–39).

El caso de Balbina y Sarahi lo ejemplifica de buena forma. Sarahi ha moldeado su vida y actividades en torno a las labores domésticas y de cuidado para sus hijos, al ser pequeños, requieren toda su atención, tanto por las labores destinadas al interior de la unidad doméstica como cocinar, lavar, limpiar, entre otras, así como por los compromisos escolares que se adquieren en la formación educativa de sus hijos. De la misma manera, el embarazo de Sarahi y el periodo postparto implican momentos de disminución de carga de tareas para *ella*, pero no para su madre, Balbina, quien después de los dos embarazos de su hija se dedicó a atenderla tanto a ella como a los recién nacidos.

El circuito del trabajo que realizan las interlocutoras se compone por labores de cuidado y vigilia que realizan fuera de sus unidades domésticas, como las que menciona Silvia. Implica una extensión en red, etaria y de carga genérica, en donde a las mujeres jóvenes les corresponde cuidar a los y las adultas mayores, especialmente cuando se trata de sus padres. Este cuidado se traduce no solo en el acompañamiento, sino en la realización de otras actividades, como es el caso de Balbina, quien además de acompañar a su madre, cuida y mantiene los espacios que habita al *ayudarla* en la comida, al barrer y hacer sus compras si es necesario. De la misma forma, estas actividades se repiten con su hija, Sarahi, quien se

encarga de las actividades domésticas en su hogar donde co-reside con su hija e hijo de 6 y 3 años respectivamente.

Sin embargo, el caso de Balbina ejemplifica el destino de la vida completa al cuidado y servicio de otros. Su situación se replica, con sus matices, en la vida de las demás interlocutoras, a través de la cual, las mujeres cuidan en sus primeros años de vida a sus hermanos y hermanas (sobre todo si se es la hermana mayor), después de los hijos propios (u otras infancias), de la pareja, y finalmente, cuidan de sus padres, sus suegros y/o sus nietos (Fagetti, 1995, p. 304).

El trabajo de cuidados se convierte en una constante en la vida de las interlocutoras, cuya intensificación o disminución dependerá del arreglo familiar de la unidad doméstica de las mujeres, su edad, la cantidad de hijos (o personas a su cargo) y la edad de estos: entre más jóvenes o ancianos sean las personas a quienes se tiene que cuidar, mayor será el tiempo destinado a estas. La carga de estas actividades está relacionada con el ciclo vital de la unidad familiar, por lo regular, mientras se tenga al cuidado a infantes y personas adultas mayores, el trabajo doméstico y de cuidados aumentará considerablemente y será el eje para destinar tiempos a otras actividades, incluyendo las remuneradas.

3.2.3 El trabajo remunerado

[E]ra esa cuestión ¿no? De que si trabajas tienes dinero, si no, no. Entonces por eso ahora digo, si yo quiero comprarme esto o yo quiero tener el otro, pues ahora sí que *tengo* que trabajar, hay que echarle ganas para tener lo que uno quiere [...], yo creo que por eso la manera de estar ocupada todo el tiempo, de no estar sin hacer nada... Además de que a mí sí se me hace un poco aburrido como estar nada más como sentada y a veces viendo nomás a mi mamá lo que hace (*Estela, comunicación personal, 3 de agosto de 2021, vía aplicación de mensajes WhatsApp*).

La construcción de la *productividad* como parte identitaria de las mujeres en la comunidad conserva un nexo importante con el trabajo remunerado⁶³, que responde a una

⁶³ Observo al trabajo remunerado como aquel cuya principal característica es proveer de una entrada monetaria a las personas. Este puede ser realizado desde distintos espacios (la cocina, la sala, una oficina, entre otros) y

necesidad de diversificar las actividades remuneradas mediante las cuales se pueda garantizar la entrada de dinero. Esto inicia desde las infancias de las interlocutoras, en donde aprenden a *colaborar* en el ingreso de las familias al prestar su fuerza de trabajo para aumentar la producción (ya sea en la cosecha o a través de la venta de algún producto como tortillas o tamales). Al crecer, y encontrarse algunas en condiciones económicas favorables, el *hábito* de continuar trabajando permanece.

Cada una de las interlocutoras desempeña sus actividades de acuerdo con las condiciones, tanto estructurales como personales, que les *permitieron* obtener remuneraciones económicas:

Sí, me levanto, hago mi desayuno, me baño y ya me vengo a abrir mi negocio, pues como *se presta para que yo haga los quehaceres de ama de casa*, pues estoy *al mismo tiempo* atendiendo y haciendo las labores de ama de casa [...] [Yo me dedico a] el negocio, mi negocio de la miscelánea, pues. Yo tengo una máquina de coser y yo cosía, cosía pues hacía remiendos, que me traían mis vecinas les hacía costuras, remiendos. Más que nada porque yo no, cómo te diré, no soy sastre. Entonces sí me traían costuras y yo eso hacía, mi, como antes de la pandemia mis hijos estaban en la escuela y yo iba a la escuela, a R. [su hijo menor] le llevaba de almorzar, ya me apuraba porque la otra andaba en el Cecyte, hacía la comida para que cuando ellos llegaran ya hubiera comida y entre haciendo mis labores de ama de casa igual cosía 2-3 costuritas que tenía, luego mi esposo sembraba plátanos, el traía plátanos y salía yo a vender plátanos, y as (*Silvia, comunicación personal, 6 de junio de 2021, San Pedro Tututepec, Oaxaca*).

Una situación similar ocurre con las actividades desempeñadas por Juana:

Ahorita me dedico más a [lavar] la ropa. A veces ellos [las personas para quienes lava] me hablan por teléfono, voy los días, martes y miércoles, ellos ya me hablan al celular [de su hermana]. Que, si quieren cosas, ellos me hablan “Juanita esto hay que hacer ¿puedes venir?”, “Sí”, les digo, todo bueno, y ya, me voy. Puros trabajos de aquí [en la comunidad] y ya llevo a la casa y ya. Entro [a trabajar] a veces a las 11, a las 12, a la 1, y rápido lavo, en la lavadora rápido y ya. A veces lavo, barro, hago la comida [para quienes la contratan]. (*Juana, comunicación personal, 14 de marzo de 2021, Tututepec, Oaxaca*)

Y por Sarahi:

Bueno, después de que salí del Cecyte, eh, pues me puse a trabajar, ya no quise estudiar, mis papás me insistieron, pero pues yo ya no quise, empecé a trabajar aquí en un *ciber*, ahí me puse a trabajar, ahí estuve por un año, ya después me salí porque me junté con mi pareja y me embaracé, ya de mi embarazo todo bien bonito porque mis papás me apoyaban, mi pareja

no necesariamente obtiene prestaciones sociales para los y las trabajadoras (división entre el trabajo *formal* e *informal*) (Sánchez, 2015, p. 60) (Pérez, 2005, p. 46).

también ¿verdad? Y ya pues, todo bien padre [...] (Sarahi, comunicación personal, 1º de agosto de 2021, vía mensajería instantánea WhatsApp).

Los extractos presentados permiten entender la dimensión genérica del trabajo remunerado. Como establecen Benería, Roldán (1992, p. 72) y Fortunatti (2019, p. 39), los aprendizajes de las mujeres, que equivalen prácticamente a toda su vida, son utilizados como fuerza de trabajo en el mercado, lo que les permite trabajar remuneradamente por ello. Lo anterior se observa a través de la enseñanza del bordado y tejido, pasado de generación en generación, el aprendizaje de la elaboración y venta de las tortillas y el pan, lo que además implica una diversificación de las actividades aprendidas y vendidas en el mercado para compaginarlas con sus tiempos de trabajo de cuidado y trabajo del hogar.

De esta forma, si las interlocutoras se insertan en empleos fuera de su hogar, como es el caso de Sarahi, terminan por involucrarse en actividades que también se encuentran segmentadas, puesto que el aprendizaje y realización de las actividades del hogar suele ser *tedioso y repetitivo*, son *aptitudes* aprovechadas por los empleadores al caracterizar a las mujeres por ser “menos inquietas” que los varones y “pueden quedarse sentadas” tiempos extensos, como lo es el trabajo en *ciber* de Sarahi o la atención en una miscelánea de Silvia (Benería et al., 1992, p. 72).

No obstante, todas, sin excepción han dedicado (o dedican) un espacio de sus vidas al trabajo remunerado de la *vendimia*, es decir, las interlocutoras se insertan en la economía del pequeño comercio a través de la venta de distintos productos: Silvia y Estela por medio de sus misceláneas, Juana con la venta del pan que hace su hermana, Balbina con los pasteles o postres que vende y Sarahi con la venta de tiras bordadas en punto de cruz. Este tipo de actividades *sostiene* a su unidad doméstica y además, representa un ingreso a la par de lo que realizan las parejas.

El trabajo no solo se configura como un bien económico, sino como uno social, en el cual el rol de proveeduría económica lo ostentan los varones: los hombres trabajan y las mujeres *ayudan* (Jiménez, 2015, p. 191).⁶⁴

3.3 El trabajo de cuidados comunitario: Las funcias

[N]osotros aquí acostumbramos a decir funcia cuando se muere una persona, vamos a acompañar al doliente. Vamos a acompañarlo todo el día, toda la noche, para nosotros eso es una funcia. Entonces, luego, cuando a los nueve días que se entierra esa persona, volvemos a ir otra vez, o sea, también se reza toda la semana si es que se muere alguien, a los nueve días volvemos a ir, que se hace de vuelta una función donde toda la gente del barrio del pueblo se reúne a acompañar al difunto (*Refugia, comunicación personal, 7 de junio de 2021, San Pedro Tututepec, Oaxaca*).

La funcia es un acompañamiento que se realiza cuando alguien muere en la comunidad, aunque no necesariamente se congregan todas las personas del pueblo, la asistencia es importante, sobre todo por parte de familiares o personas que conocen a la familia del o los dolientes.⁶⁵

Su origen no se encuentra definido, pero algunas personas en la comunidad sostienen que era una práctica de la población negra que se extendió hasta las zonas indígenas y mestizas:

Mira, según que la funcia es una palabra negra. Ellos dicen la funcia, es la funcia, la funcia es una palabra de convivencia cuando la gente se moría, pero para ellos era convivencia pues, la funcia, la junta, cuando se junta la gente, eso es lo que, para ellos, bueno, eso me platicó un señor del Ciruelo, de Pinotepa Nacional hacia abajo (*Leobardo, comunicación personal, 25 de junio de 2021, San Pedro Tututepec, Oaxaca*).

Este evento se realiza en la casa de los familiares de quien falleció, las personas suelen enterarse por el repique de campanas en la iglesia. Esta acción conlleva al murmullo y la pregunta comienza “¿Quién murió?” Al enterarse, las personas que lo deseen asisten a la misa católica y posteriormente a la casa de la familia del doliente, en donde *se ofrece* a los y

⁶⁴ Las personas realizan prácticas corporales en las que se enfatizan algunos sentidos que remiten a divergencias genéricas, así, se asocia la *fuera* como una característica “masculina” que hace a los hombres *aptos* para el trabajo “pesado” (Sabido, 2016, p. 67).

⁶⁵ El término doliente se utiliza para nombrar a la persona que sufrió la pérdida de alguno de sus familiares.

las asistentes música, comida y bebida, mientras que quienes asisten *otorgan trabajo*, acompañamiento y un *cumplimiento*, que por lo regular representa dinero en efectivo (lo que esté en las posibilidades económicas de las personas).

Retomar el concepto de la funcia no solo es importante porque todas las interlocutoras han participado de una, sino porque representa de forma clara el nexo entre el trabajo generizado y racializado de las mujeres en la comunidad. La funcia es un espacio y una actividad que reproduce normativas *feminizadas* y *masculinizadas*⁶⁶ y que, de acuerdo con Aníbal Quijano (2013), puede ser clasificado como un trabajo en términos de reciprocidad, puesto que es un trabajo que no tiene un nexo directo con la relación capital-salario, el trabajo aquí *se paga* con trabajo, cuidado y acompañamiento, en espera de que cuando llegue el momento, esta acción sea devuelta.

Al enterarse de la muerte de alguien en la comunidad, las personas allegadas comienzan a llegar con la familia de los dolientes, las primeras actividades consisten en el saludo, dar el pésame y el acompañamiento, después de esto, quienes asisten ofrecen *trabajo* para apoyar en todo el proceso de la funcia, que consiste principalmente en las siguientes actividades: preparar y repartir la comida, cortar la leña, servir agua o bebidas alcohólicas y la limpieza de tinajas y trastes que se han ensuciado.

Estas labores se encuentran sexualmente diferenciadas, las mujeres son quienes se encargan de ubicarse en las cocinas y preparar los alimentos, mientras que los varones cortan la leña o preparan la zona para el fogón. Estas actividades también presentan una división etaria, en la que las mujeres jóvenes o adultas son quienes se mantienen activas y trabajando durante la funcia, las personas ancianas o niños cumplen mayoritariamente un rol de acompañamiento.

En la funcia, las mujeres se convierten en las encargadas de las actividades domésticas extrapoladas en un espacio “público” (la casa de otra persona y en conjunto con la comunidad), son quienes se encargan de preparar la comida para quienes asisten. La funcia

⁶⁶ Aníbal Quijano define la reciprocidad como “el intercambio de trabajo y fuerza de trabajo que no pasa por el mercado” (Quijano, 2013, p. 151).

permite la reproducción de normativas de género, pero con espacios para tejer redes de solidaridad entre la comunidad, en especial entre las mujeres, quienes saben que al aportar con su trabajo, este será devuelto en el momento necesario (Jiménez, 2015, p. 193).

Este momento de dolor para quienes han sufrido la pérdida se convierte en el *acuerpamiento* de la tristeza por parte de los demás. Las mujeres en las cocinas se apropian del espacio para hacerlo un lugar de gozo y libertad femenina, un sitio de socialización y de “creación de vínculos” con otras mujeres. En estos recovecos se *construyen* las “obligaciones sociales” entre unas y otras, ahora no solo en términos de la funcia, sino de la receta que se comparte, la ayuda que se presta, el bordado que se enseña. Las cocinas en las funcias son los espacios donde la normativa y la ruptura se presentan con claridad (Jiménez, 2015, pp. 203–204).

Esta práctica también representa un *cuidado colectivo* en el que se acuerpa el dolor y se acompaña a quienes sufrieron la pérdida. El trabajo doméstico y de cuidados que se realiza a través de las funcias es indisociable en este punto, pues este acompañamiento marca la reciprocidad de una relación que *no se paga* en términos de la relación capital-salario, sino con trabajo y cuidado.

La funcia como un *trabajo racializado* se expresa con tres características principales: la solidaridad-comunitariedad, el componente étnico-cultural y su desarrollo en entornos precarizados. La solidaridad se enmarca en la reciprocidad, como expresé en el párrafo anterior, existe un conocimiento *comunitario* en el cual las personas se comprometen con otras, a través del trabajo, a un acuerpamiento del dolor de los demás cuando sea necesario.

Por otro lado, como mencionó Leobardo durante una entrevista, la funcia proviene de una conjunción entre las tradiciones y costumbres mixtecas con la experiencia negra en Tututepec, lo que hace visible el componente étnico-cultural. La persistencia de la funcia está relacionada, además, con el esfuerzo comunitario, con la herencia y el aprendizaje de la práctica de diversas generaciones de la población en la comunidad.

No obstante, el hecho de que esta práctica continúe en el pueblo está ligado también con los altos costos que representa afrontar la muerte de un ser humano y el acceso a servicios

funerarios en la zona. Afrontar la muerte de alguien de forma comunitaria tiene que ver, además, con las condiciones precarizadas en las que la población vive, en las cuales se *necesita* de la ayuda de los demás para los actos rituales y/o religiosos necesarios.

De igual forma, la noción de este trabajo racializado tiene que ver con *la construcción del otro trabajo*, del que sí es pagado en términos monetarios y que sí es reconocido como tal. Este *otro trabajo* se asocia con el salario, con esquemas mercantilizados (horarios, oficinas, uso de tecnologías de la información, entre otros) y con la producción de “valor” útil para el mercado. Si se observa a partir de la óptica de un espectro, la reciprocidad se articula con las dinámicas del Estado y el mercado, de esta manera, la reciprocidad implica *otra* normativa en la que se espera que en algún momento *el trabajo que se da*, se retribuya de regreso (Quijano, 2013, 161).

Así, la racialización de la función está profundamente relacionada con la coexistencia de “formas de producción y distribución social de la riqueza” (Viveros, 2007, p. 18) que no son normativas, o que al menos no encajan con la noción de un “trabajo blanco”. Esta idea permite comprender la “continuidad histórica de las formas de racialización” en las que se construyen de forma opuesta las dinámicas de empleo y remuneración reconocidas (Viveros, 2007, p.23).

Este engranaje se mezcla con las particularidades de un trabajo racializado sexualmente diferenciado:

La mujer está en la cocina preparando la comida, ella está cortando la carne está componiendo el pollo para preparar la comida, preparar los chiles va a preparar el guisado, mandan el maíz al molino mandan el maíz, o también nosotras las mujeres lavamos el maíz, vamos al molino, regresamos molemos y hacemos las tortillas, ya las mujeres empiezan a cocinar, así que esté lista la comida y empiezan a servir para repartirles a otras personas que están ayudando. Esa es la labor de nosotras las mujeres. El hombre, *cuando va el hombre*, va a ayudar porque va a rajar leña o el hombre va a rajar leña, va también al molino, porque como lleva tambos grandes, también él va al molino con el maíz a que lo muelan, o él también lleva a moler el chile lleva a moler la cebolla el tomate todos los ingredientes que lleva, eso es lo que hace el hombre y también chupar (beber alcohol) [risas] (*Refugia, comunicación personal, 7 de junio de 2021, San Pedro Tututepec, Oaxaca*).

De esta forma, la función se convierte en un trabajo llevado a cabo mayoritariamente por mujeres, lo que marca la extensión de las labores domésticas y de cuidados de las

interlocutoras en un continuum del trabajo dentro y fuera de sus unidades familiares. Como se aprecia en el testimonio de Refugia, la funcia es un espacio que los hombres pueden evadir, y que se mantiene gracias a las mujeres que deciden participar, en donde tejen solidaridades y afectos ante la pérdida de un miembro en la comunidad.

Así, a través de la observación y participación en las funcias, comprendo que en estas existen procesos de reproducción de órdenes de género que, a su vez, dialogan con los espacios de ruptura en la norma (la libertad de las mujeres ganada a través de la cocina, una actividad *feminizada*). La cocina y el disfrute, el acompañamiento y la reciprocidad aparecen en la repetición de lo que se espera de *ellas* como *mujeres*.

Finalmente, aunque algunas teóricas han asumido el mundo de los afectos como uno primordialmente femenino y los movimientos feministas ha lanzado consignas como “no es amor, es trabajo no pagado” (Federici, 2018) (Pérez, 2019),⁶⁷ considero que existen espacios, como las funcias, en donde los afectos desplegados por las mujeres se expresan mediante las actividades para acurracar el dolor de otras personas, y sí, es trabajo no pagado, pero también es amor.

⁶⁷ Bajo ningún motivo demerito las aportaciones de los movimientos feministas, ni de las teóricas de la economía feminista. Sin embargo, creo que es necesario repensar la agencia de las mujeres en términos de la *decisión* de dar afectos y utilizarlos de forma política (o no).

Reflexiones finales

A lo largo de esta investigación se abordó el nexo que existe entre el trabajo y los arreglos familiares. De igual forma, se retomaron las particularidades del trabajo realizado por las mujeres en San Pedro Tututepec. Así, durante la tesis el análisis se desarrolló en torno a dos configuraciones principales de las actividades de las mujeres: el ámbito genérico y el racial de las labores llevadas a cabo por las interlocutoras en San Pedro Tututepec.

En primer término, era necesario mostrar a los y las lectoras el sitio en donde se realizó el trabajo de campo, por ello aposté por la etnografía como método para una descripción de San Pedro Tututepec. La importancia de esto radica en entender que las particularidades racializadas del trabajo no solo se gestan a través de la relación que se sostenga con el capital-salario, sino también en los espacios en donde *ese* trabajo tiene lugar, sitios donde la infraestructura en telecomunicaciones no es la óptima, en donde el acceso a servicios de salud es precario y donde los empleos informales se convierten en la constante para la población.

Pero ¿esta contextualización repercute de la misma forma entre hombres y mujeres en la comunidad? No. La forma en que esto incide en el trabajo de las personas en Tututepec tiene diversas aristas, por ejemplo, el arreglo familiar que sostienen los y las integrantes de las unidades domésticas.

El tipo de arreglo que mantengan (que es variable con el ciclo vital de las personas) repercute en la cantidad y el tipo de trabajo que realicen dentro y fuera de sus hogares. Las interlocutoras reflejan cómo su trabajo las ha configurado en un devenir *mujeres productivas-buenas mujeres*, que, a su vez, marca las pautas para los roles que ejecutan dentro de sus familias, como esposas, hijas, madres, abuelas, hermanas, entre otras.

Lo anterior no implica subjetividades estáticas en torno al trabajo, por el contrario, incluso en el devenir “buena mujer”, las interlocutoras hallan espacios de disonancia que les permiten crear relaciones más equitativas con sus parejas. En el caso de Estela, por ejemplo, nos muestra las negociaciones que ha establecido con su pareja para una distribución más equitativa de las tareas domésticas y remuneradas.

Silvia y Juana, por su parte, han encontrado formas de significar sus labores domésticas y remuneradas a partir de la importancia que ellas le han otorgado a su trabajo a través de su familia y los entornos fuera del hogar, del tejido de amistades y reciprocidad en las funcias. De igual forma, Sarahi y Balbina asumieron actividades y roles que probablemente no esperaban en sus vidas, sobre todo ante la migración de los varones de su hogar. Pese a ello, decidieron apostar por un camino solidario entre las dos y las redes de mujeres que las apoyan, principalmente sus familiares y amigas.

Estas características terminaron por delimitar un *continuum* del trabajo en sus vidas, en el cual las interlocutoras han encontrado formas de significarlo y apropiarse del producto de sus actividades a través de escalas de valores que no lo miden necesariamente en términos monetarios y que permiten apostar por otras formas de medición de uso del tiempo y el trabajo.

Así, este *continuum* consta de diversas dimensiones que componen un circuito que inicia con la previsión de actividades al comenzar cada día: el circuito ampliado, el cual nos permite entender al trabajo como un eje central en la vida de las interlocutoras. Cada día, cada mañana, se designa la serie de actividades programadas y orientadas a la subsistencia de la unidad doméstica, las cuales no solo se miden en términos monetarios, sino también en los cuidados, en las labores domésticas y en la reproducción de la vida.

Los elementos que componen este circuito, responden al trabajo de cuidados, al trabajo doméstico, al trabajo remunerado y al descanso. Los primeros tres elementos han sido ampliamente teorizados (Rubin, 1986) (Benería, 1981) (Federici, 2018) (Carrasco, 2011); no obstante, el descanso *generizado* es uno de los puntos que no ha sido *tan* ampliamente discutido fuera de las aportaciones en los estudios sobre el uso del tiempo (Damián, 2011) (Moral et al., 2014).

Aunque estas autoras han generado amplias discusiones en torno a las aportaciones del trabajo doméstico al Producto Interno Bruto y a la medición del tiempo dedicado a las actividades remuneradas y no remuneradas por parte de hombres y mujeres, sus aportaciones se han expresado en análisis cuantitativos de una visión macrosocial. Por ello considero

necesario ampliar el análisis incluyendo las formas en que también el descanso es diferenciado no solo de forma genérica, sino también etaria, racial y en términos de clase.

El descanso, en este sentido, cambia la misma concepción del ocio, porque incluso en los pequeños espacios que tienen las interlocutoras para “no realizar” tantas actividades, optan por habitar lugares para cuidados hacia los padres, hermanos e hijos o hacia la comunidad (la funcia). De esta forma podría decirse que hay una resignificación del *descanso*, no como una alienación del trabajo, sino como un elemento indisociable del mismo que permite mantener la energía y disposición para continuar con las labores cotidianas.

Así, el arreglo familiar determina en buena medida al trabajo realizado por las personas en la comunidad, y a su vez, se configura conforme al ciclo de vida de ellas, y, de esta forma, las cargas de trabajo se diferencian en la infancia, en la adolescencia, en la vida adulta, cuando se es madre (que a su vez depende de cuántos hijos se tenga y la edad de éstos), si se vive con pareja, o si quien es el compañero migra en busca de otras oportunidades laborales, en cuyo caso la migración adquiere un carácter fundamental en la carga de trabajo de las mujeres, especialmente de aquellas que se quedan en la comunidad.

La migración se convierte en un proceso diferenciado para hombres y mujeres, en donde por lo regular, los varones en su rol de proveedor son quienes abandonan el núcleo familiar para buscar nuevas oportunidades laborales y mejor remuneradas para el sostén de la unidad doméstica, pero cuando esto ocurre, el arreglo familiar se transforma y por supuesto, también la participación de las mujeres tanto en su hogar como en la comunidad.

Durante el proceso migratorio, las mujeres adquieren un papel fundamental para la administración y sobrevivencia de los miembros del hogar que se quedan. Aunque este elemento suele reforzar los roles de género del hombre proveedor y la mujer dedicada a las labores domésticas, también permite ver que son ellas quienes ajustan sus vidas para el máximo aprovechamiento de las remesas en las necesidades vitales de los integrantes de sus familias, en especial, cuando tienen hijos e hijas.

Una situación similar ocurre con la maternidad. Esto no lo expreso solo en los términos en los que las interlocutoras se convierten en madres, sino en las expectativas que

genera la maternidad en ellas, especialmente, desde la observación a sus progenitoras. Las madres suelen marcar pautas de comportamiento para las hijas, *socializan* los saberes internalizados que, a su vez, la descendencia reproduce en sus unidades domésticas. Si asociamos la maternidad con el cuidado, este es un trabajo que para las mujeres nunca acaba.

Incluso cuando las mujeres no se convierten en *madres biológicas*, como Estela, ejercen el cuidado de otras formas, como *madres sociales* en la comunidad, a través del cuidado y procuración de otras infancias mediante el juego, la enseñanza y la interacción cotidiana que se tiene entre las mujeres y las niñas y niños en la comunidad.

El cuidado en este contexto se amplía hacia la comunidad y se convierte en un *trabajo de cuidados comunitario* en la función. Esta representa la expresión conjunta del trabajo racializado y generizado en un mismo espacio. Puesto que, dentro de estas, el trabajo *se paga* con trabajo, se convierte en una actividad en la que se acuerpa el dolor a través del trabajo y el acompañamiento a la familia de quien ha perdido a un integrante.

El trabajo, entonces, no solo adquiere valor en términos económicos y/o monetarizados, sino en términos sociales. El trabajo se construye con la otredad, con la identificación no solo de lo que las interlocutoras hacen, sino de lo que *los* otros hacen, el trabajo ordena e identifica lo que le corresponde a cada quien en la comunidad (Sabido, 2016, p. 74).

Es importante reconocer que todo el proceso de investigación y su culminación se desarrolló durante la pandemia por SARS-COVID 2 y esto trajo consigo retos para mí en todo sentido, así como lo hizo con las interlocutoras y la comunidad. A través de la observación logré apreciar que muchos de los procesos de cuidados, en especial hacia adultos mayores e infancias, se adelantaron o intensificaron, puesto que, a inicios de la pandemia, durante el segundo semestre del 2020, se replegó a las personas mayores hacia sus hogares para evitar su exposición a las multitudes y ello derivó en un cuidado *adelantado* por parte de sus hijos e hijas (con mayor énfasis en estas últimas), sobre todo en el aprovisionamiento de alimentos.

Una situación similar ocurrió con las infancias en edad escolar debido a que no asistían de forma presencial a sus centros educativos. En el caso de Juana, su hijo tuvo que retrasar un año escolar para ingresar de forma presencial al preescolar, mientras que los hijos de Silvia se vieron más involucrados en las labores remuneradas que realizaban sus padres, y con ello, un reordenamiento del arreglo familiar, pues la hija mayor se encontraba en la Ciudad de Oaxaca al inicio de la pandemia y decidió regresar con su familia para continuar con sus estudios a la distancia. Estos dos puntos representan una veta interesante para analizar cómo la pandemia reordenó a los arreglos familiares e incidió en los procesos migratorios.

Finalmente, es en esta intersección entre lo que unas y otros hacen, donde germina el género como una categoría que jerarquiza y marca las diferencias en torno a la percepción sexualizada de las personas. Es en este recoveco donde se gestan las expectativas puestas sobre las actividades que diferencian genéricamente a los cuerpos.

Referencias

- Acosta, Félix (1995), "Participación femenina, estrategias familiares de vida y jefatura femenina de hogar: los problemas de la jefatura declarada", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 10, núm. 3, pp. 545–568.
- Anders, Ferdinand, Maarten Jensen y Luis Reyes (1992), *Crónica mixteca. El rey 8 Venado, Garra de Jaguar y la dinastía de Teozacualco-Zaachila*, México D.F., Fondo de Cultura Económica.
- Anderson, Jeanine (2020), "Cuidados multiculturales" en Batthyány K. (coord.), *Miradas Latinoamericanas a los cuidados*, México D.F., Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), Siglo XXI Editores, pp. 63–92
- Arias, Patricia (2014), "La etnografía y la perspectiva de género: nociones y escenarios en debate" en Oehmichen C. (ed.), *La etnografía y el trabajo de campo en las ciencias sociales*, México D.F., Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, pp. 173–194.
- Arizpe, Lourdes (1978), *Migración, etnicismo y cambio económico*, México D.F., El Colegio de México.
- Arteaga, Catalina (2007), "Pobreza y Estrategias Familiares: Debates y Reflexiones", *Revista Mad. Revista del Magíster en Análisis Sistemico Aplicado a la Sociedad*, núm. 17, pp. 144–164.
- Bartolomé, Miguel (2003), "En defensa de la etnografía: aspectos contemporáneos de la investigación intercultural", *Revista de Antropología Social*, núm. 12, pp. 199–222.
- Becker, Gary (1987), *Tratado sobre la familia*, Madrid, Alianza Editorial.
- Benería, Lourdes (1981), "Reproducción, producción y división sexual del trabajo", *Revista Mientras Tanto*, núm. 6, pp. 47–84.
- Benería, Lourdes y Martha Roldán (1992), *Las encrucijadas de clase y género*, México D.F., El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica.

- Bourdieu, Pierre (2006), *Argelia 60 Estructuras económicas y estructuras temporales*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Brunet, Ignasi y Carlos Santamaría (2016), "La economía feminista y la división sexual del trabajo", *Culturales*, época II, volumen IV, núm.1, pp. 61–86.
- Carrasco, Cristina (2003), "La sostenibilidad de la vida humana: ¿un asunto de mujeres?", en M. León (comp.), *Mujeres y trabajo: cambios impostergables*, Porto Alegre, Veraz Comunicação, pp. 5-25.
- (2006), "La economía: una apuesta por otra economía", en M. Vara (comp.), *Estudios sobre género y economía*, Madrid, Ediciones Akal, pp. 29–62.
- (2011) "La economía del cuidado: planteamiento actual y desafíos pendientes", *Revista de Economía Crítica*, núm. 11, pp. 205–225.
- Carrasco, Cristina, Cristina Borderías y Teresa Torns (2011), "Introducción. El trabajo de cuidados: antecedentes históricos y debates actuales", en Cristina Carrasco, Cristina Borderías y Teresa Torns (eds.), *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas*, Madrid, Catarata, pp. 13–96.
- Castañeda, Martha (2012), "Etnografía Feminista", en Norma Blazquez, Fátima Flores y Maribel Ríos (coords.), *Investigación Feminista. Epistemología, metodología y representaciones sociales*, México D.F., Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades-UNAM, pp. 217–238.
- Castillo, Giovanny (2013), *Cultura, identidad e interetnicidad: aproximación conceptual a las dinámicas de la pesca artesanal entre los afroamericanos de la Costa Chica*, México D.F., Universidad Autónoma Metropolitana, ensayo para obtener el diploma de especialización.
- Castillo, Jénifer, Dulce Galarza y Rocío González (2015), "Resiliencia en familias monoparentales con jefatura femenina en contextos de pobreza", *Revista Científica Guillermo de Ockham*, vol. 13, núm. 2, pp. 45-54.

- Cervantes, Roberto (1984), "La Costa Chica: indios, negros y mestizos", en Margarita Nolasco (ed.), *Estratificación étnica y relaciones interétnicas*, México D.F., Instituto de Antropología e Historia, pp. 37–50.
- Comas-d'Argemir, Dolors (2019), "Cuidados y derechos. El avance hacia la democratización de los cuidados", *Cuadernos de Antropología Social*, núm. 49, pp. 13–29.
- CONEVAL (Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social) (2020), "Medición de la pobreza. Pobreza a nivel municipio 2010-2020", texto completo, URL: <https://www.coneval.org.mx/Medicion/Paginas/Pobreza-Municipio-2010-2020.aspx>, última consulta enero de 2022.
- Cooper, Jennifer (2004), "Preguntas frecuentes en torno al estudio del género y economía", *Economía Informa*, núm. 324, pp. 5–11.
- Correa, Carlos (2013), *Procesos de socialización familiar y relaciones raciales en El Ciruelo*, Oaxaca de Juárez, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, tesis de maestría.
- Curiel, Charlyne (2020), "El binomio mujeres-cocina: Experiencias de Oaxaca", *Cuadernos Del Sur. Revista de Ciencias Sociales*, año 25, núm. 49, pp. 3–18.
- da Gloria, María (2000), "Él siempre me ha dejado con los chiquitos y se ha llevado a los grandes... Ajustes y desbarajustes familiares de la migración", en Dalia Barrera y Cristina Bazán (eds.), *Migración y relaciones de género en México*, México D.F., Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, pp. 87–117.
- Damián, Araceli (2011), "El tiempo en el análisis del bienestar y la pobreza", *Renglones Revista arbitrada en Ciencias Sociales y Humanidades*, núm. 62, pp. 45-69.
- Data México (2021). "Villa de Tututepec. Municipio de Oaxaca", texto completo, URL: <https://datamexico.org/es/profile/geo/villa-de-tututepec?redirect=true>, última consulta febrero de 2022.
- de Barbieri, María (1991), "Los ámbitos de acción de las mujeres", *Revista Mexicana de*

Sociología, vol. 53, núm. 1, pp. 203–224.

de Marinis, Natalia (2019), *Desplazadas por la guerra. Estado, género y violencia en la región triqui*, Ciudad de México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Publicaciones de la Casa Chata.

de Oliveira, Orlandina y Brígida García (2012), "Familia y trabajo: un recorrido por las diversas perspectivas de análisis", *Estudios Sociológicos*, 30, pp. 191–211.

Díaz, María (2003), *Queridato, matrifocalidad y crianza entre los afroestizos de la Costa Chica*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Elson, Diane (2010), "Gender and the global economic crisis in developing countries: A framework for analysis", *Gender and Development*, vol. 18, núm. 2, pp. 201–212.

Fagetti, Antonella (1995), "Los cambiantes significados de la maternidad en el México rural", en Soledad González y Vania Salles (coords.), *Relaciones de género y transformaciones agrarias*, México D.F., El Colegio de México, pp. 301–337.

——— (2000), "Mujeres abandonadas", en Dalia Barrera y Cristina Bazán (eds.), *Migración y relaciones de género en México*, México D.F., Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, pp. 119–134.

Federici, Silvia (2018), *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*, Madrid, Traficantes de Sueños.

——— (2013), *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*, Madrid, Traficantes de Sueños.

——— (2012) "Notas sobre género en "El capital" de Marx", texto completo, URL: <https://vientosur.info/notas-sobre-genero-en-el-capital-de-marx/>, última consulta: febrero de 2022.

——— (2010), *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación primitiva*, Madrid, Traficantes de Sueños.

Fortunatti, Leopoldina (2019), *El arcano de la reproducción. Amas de casa, prostitutas,*

obreros y capital, Madrid, Traficantes de Sueños.

García, Susana (2013), "Algunas dificultades recurrentes en el uso y análisis de la entrevista en la investigación cualitativa", XII Congreso Nacional de Investigación Educativa, Guanajuato, México.

Geertz, Clifford (2003), *La interpretación de las culturas*, trad. de Alberto L. Bixio, Barcelona, Gedisa.

González, Mercedes (1997), "Hogares de jefatura femenina en México: Patrones y formas de vida", XX Congreso Internacional de la Sociedad de Estudios Latinoamericanos, Guadalajara, México.

——— (2006), "Recursos domésticos y vulnerabilidad", en Alejandro Agudo y Mercedes González (coords.), *Perspectivas antropológicas de los hogares con Oportunidades*, México D.F., Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, pp. 45–85.

González, María (2009), "Composición doméstica y arreglos familiares en Tlalmille: un acercamiento a las condiciones de salud de las mujeres", *Boletín de Antropología Americana*, núm. 45, pp. 169–186.

Guber, Rosana (2004), *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*, Buenos Aires, Editorial Paidós.

——— (2011), *La etnografía. Método, campo y reflexividad*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Guimarães, Nadya A., Helena Hirata y Anne Posthuma (2020), "El cuidado: sus formas, relaciones y actores. Reflexiones a partir del caso de Brasil", en Nadia Guimarães y Helena Hirata (comps.), *El cuidado en América Latina: mirando lo casos de Argentina, Brasil, Chile, Colombia y Uruguay*, Buenos Aires, Fundación Medifé Edita, pp. 75–118.

Gutiérrez, Diana (2020), "“Mi destino fue hacer tortillas y gracias a eso me siento bien”. Agencia y conocimientos femeninos alrededor de la producción de tortillas", *Cuadernos*

Del Sur. Revista de Ciencias Sociales, año 25, núm. 49, pp. 19–39.

Hellebrandová, Klára (2014), "El proceso de etno-racialización y resistencia en la era multicultural: Ser negro en Bogotá", *Universitas Humanística*, núm. 77, pp. 145–168.

Himmelweit, Susan (2011), "El descubrimiento del “trabajo no remunerado”: consecuencias sociales de la expansión del término “trabajo”", en Cristina Carrasco, Cristina Borderías y Teresa Torns (eds.), *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas*, Madrid, Catarata, pp. 199–224.

Hintze, Susana (2004), "Capital social y estrategias de supervivencia. Reflexiones sobre el “capital social de los pobres”", en Claudia Danani (comp.), *Política social y economía social. Debates fundamentales*, Buenos Aires, Editorial Altamira, Fundación OSDE, pp. 143-166.

INAH (Instituto Nacional de Antropología e Historia) (2002), "Soy el negro de la costa... Música y poesía afromestiza de la costa chica", recurso completo, URL: <https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/disco%3A27>, última consulta: marzo de 2022.

Jiménez, Nuria (2016), "Espacios y luchas femeninas. Usos y apropiaciones espaciales en la Costa Chica", *La Ventana*, núm. 44, pp. 142–186.

——— (2015), "Solidaridades femeninas y espacios comunitarios: prácticas femeninas en la Costa Chica de Oaxaca", *Iluminuras*, vol. 16, núm. 40, pp.184–217.

Juárez-Acevedo, Verónica (2020), "Cocinas comunitarias en Juchitán de Zaragoza: el trabajo de las mujeres en la base de la vida", *Cuadernos Del Sur. Revista de Ciencias Sociales*, año 25, núm. 49, pp. 87–106.

Lagarde, Marcela (2005), *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, México D.F., Universidad Nacional Autónoma de México.

Lison, Carmelo (2000), "Informantes: in-formantes", *Revista de Antropología Social*, núm. 9, pp. 17-26.

- López, Rafael y Selene Gaspar (2010), "Mujer, hogar y trabajo. Arreglos familiares, pobreza y apoyos sociales", en Consejo Nacional de Población (CONAPO), *La Situación Demográfica de México 2010*, México D.F., Consejo Nacional de Población (CONAPO), pp. 71–88.
- Lugones, María (2008), "Colonialidad y Género", *Tabula Rasa*, núm. 9, pp. 73–101.
- Marcos, Sylvia (2010), *Cruzando fronteras: Mujeres indígenas y feminismos abajo y a la izquierda*, Chiapas, Universidad de la Tierra Chiapas.
- McGloin, Colleen y Nichole Georgeou (2015), "'Looks good on your CV': The sociology of voluntourism recruitment in higher education", *Journal of Sociology*, vol. 52, núm. 2, pp. 403-417.
- Mies, María (2019), *Patriarcado y acumulación a escala mundial*, trads. Paula Martin y Carlos Fernández, Madrid, Traficantes de Sueños.
- Moral, Teresa del, Marta Mier, y Terán Rocha (2014), "El uso del tiempo entre los miembros de hogares indígenas y no indígenas", en Brígida García y Edith Pacheco (eds.), *Uso del tiempo y trabajo no remunerado en México*, México D.F., Colegio de Mexico, pp. 325–380.
- Muñoz, C. D. (2000). "Impacto de la migración en la estructura y dinámica de los hogares", en Dalia Barrera y Cristina Bazán (eds.), *Migración y relaciones de género en México*, México D.F., Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, pp. 157–181.
- Murillo, Soledad (1996), *El mito de la vida privada. De la entrega al tiempo propio*, Madrid, Siglo XXI.
- Olivera, Mercedes (2019), "La exclusión de las mujeres de la tierra. Una mirada en el espejo de la economía feminista", en Natalia Quiroga y Patricio Dobrée (comps.) en *Luchas y alternativas para una economía feminista emancipatoria*, Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), Buenos Aires, pp. 269–283.
- ONU Mujeres (Organización de las Naciones Unidas-Mujeres) (2018), *El trabajo de*

cuidados: una cuestión de derechos humanos y políticas públicas, Ciudad de México, ONU Mujeres.

Peralta, Julia (2000), *Entre modernidad y tradición. Un estudio sobre la división sexual del trabajo en una zona rural en el centro de México*, Suecia, Uppsala University, Department of Economic History.

Pérez, Amaia (2019), *Subversión feminista de la Economía. Sobre el conflicto capital-vida*, Madrid, Traficantes de Sueños.

—— (2012) "Prólogo", en ONU Mujeres, *La Economía Feminista desde América Latina. Una hoja de ruta sobre los debates actuales en la región*, República Dominicana, ONU Mujeres, pp. 13-22.

—— (2006), "Amenaza tormenta: la crisis de los cuidados y la reorganización del sistema económico", *Economía Crítica*, núm. 5, pp. 7–37.

—— (2005), "Economía del género y economía feminista, ¿conciliación o ruptura?" *Revista Venezolana de Estudios de La Mujer*, vol. 10, núm. 24, pp. 43–64.

Pessolano, Daniela (2016), "Economía de la vida. Aportes de estudios feministas y de género", *Polis Revista Latinoamericana*, vol. 15, núm. 45, pp. 191-209.

Picchio, Antonella (2001), "Un enfoque macroeconómico “ampliado” de las condiciones de vida", Conferencia Inaugural de las Jornadas Tiempos, Trabajos y Género, Santiago de Chile.

Quecha, Citlalli (2015), "Migración femenina e incidencias en la crianza: el caso de una población afrodescendiente en México", *Alteridades*, vol. 25, núm. 49, pp. 93–108.

Quijano, Aníbal (2013), "El Trabajo", *Argumentos. Estudios críticos de la sociedad*, año 26, núm. 72, pp. 145–163.

Ramos, Teresa (2018a), "Mujeres del campo chiapaneco: sus respuestas ante la crisis del campo mexicano y sus nuevas condiciones laborales", en Alain Basail, Inés Castro, María L. de la Garza, Teresa Ramos y Mario Valdez (coords.), *Raíces comunes e*

- historias compartidas: México, Centroamérica y El Caribe*, México, Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), pp. 69–84.
- (2018b), "Ruralidades, cultura laboral y feminismos: una trama compleja" en Teresa Ramos (coord.), *Ruralidades, cultura laboral y feminismos en el sureste de México*, Chiapas, Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, pp. 11–32.
- Reiter, Rayna (1975), "Men and women in the South of France: Public and Private Domains", en Rayna R. Reiter (ed.), *Toward an Anthropology of Women*, New York, Monthly Review Press, pp. 252-282.
- Robichaux, David (2007), "Sistemas familiares en culturas subalternas de América Latina: una propuesta conceptual y un bosquejo preliminar", en David Robichaux (comp.), *Familia y Diversidad en América Latina. Estudios de casos*, Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), pp. 27–75.
- Rubin, Gayle (1986), "El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política", *Nueva Antropología*, vol. VIII, núm. 30, pp. 95–145.
- Sabido, Olga (2016), "Cuerpo y sentidos: el análisis sociológico de la percepción", *Debate Feminista*, núm. 51, pp. 63–80.
- Saenz, María (2016), "Cuando el trabajo reproductivo es trabajo productivo. El trabajo doméstico en discusión", I Jornadas Nacionales de Investigación En Ciencias Sociales de La UNCuyo, Mendoza, Argentina.
- Salas, Renato y Mario Pérez (2007), "Transformaciones socioeconómicas en la unidad doméstica campesina de San Miguel, Oaxaca", *Economía y Sociedad*, vol. XII, núm. 20, pp. 223–243.
- Sánchez, Marina (2015), "De la reproducción económica a la sostenibilidad de la vida: La ruptura política de la economía feminista", *Revista de Economía Crítica*, núm. 19, pp. 58–76.

- Santiago, María (2004), *La participación local en procesos productivos sustentables: estudio de caso en tres comunidades de la costa de Oaxaca*, Oaxaca, Instituto Tecnológico de Oaxaca, tesis de doctorado.
- Scott, Joan (1996), "El género: una categoría útil para el análisis histórico" en Marta Lamas (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México D.F., Programa Universitario de Estudios de Género UNAM, pp. 285–302.
- Segato, Rita (2007), *La Nación y sus Otros. Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de Políticas de la Identidad*, Buenos Aires, Prometeo.
- Sen, Amartya (1992), Sobre conceptos y medidas de pobreza, *Comercio Exterior*, vol. 42, núm. 4, pp. 310-322.
- Talpade, Chandra (2008), "Bajo los ojos de Occidente: academia feminista y discurso colonial", en Liliana Suárez y Rosalva A. Hernández (eds.), *Descolonizando el Feminismo: Teorías y Prácticas desde los márgenes*, España, Cátedra, pp. 112–161.
- Tepichin, Ana (2009), "Desigualdades de género y pobreza femenina", en Ana M. Tepichin (coord.), *Género en contextos de pobreza*, México D.F., El Colegio de México, pp. 11–34.
- Tijoux, María y Simón Palominos (2015), "Aproximaciones teóricas para el estudio de procesos de racialización y sexualización en los fenómenos migratorios de Chile", *Polis Revista Latinoamericana*, vol. 14, núm. 42, pp. 247–275.
- Valdivieso, Francisco (2017), *Mujeres y hombres en la movilización por el reconocimiento constitucional de los pueblos negros-afromexicanos en la Costa Chica de Guerrero y Oaxaca*, Ciudad de México, Universidad Autónoma Metropolitana, tesis de doctorado.
- Viveros, Mara (2007), "Cuestiones raciales y construcción de Nación en tiempos de multiculturalismo", *Universitas Humanística*, núm. 77, pp. 13–31.
- West, Candace y Don H. Zimmerman (1987), "Doing Gender", *Gender and Society*, vol. 1, núm. 2, pp. 125–151.

Zavala, Lilia (2011), "Transformaciones y diversidad en los arreglos familiares. Mesa 1: Estudios Demográficos", 7º Congreso Internacional de Investigación Social, Hidalgo, México.